

morena



8

Jul-sept, 2023

# Conciencias

Pensar la TRANSFORMACIÓN

## EL HUMANISMO MEXICANO

Andrés Manuel López Obrador · Magdalena Galindo  
Adrián Velázquez Ramírez · Xóchitl López Molina  
Fernando Buen Abad · Ismael Carvalho Robledo  
Gabriel Vargas Lozano · Blanca Montoya





# ARTE

## OCTAVIO SÁNCHEZ OROPEZA: EL COLOR DEL HUMANISMO

El camino de la transformación no es sencillo, pues sembrar en la conciencia del pueblo la confianza en un porvenir más justo, igualitario y democrático requiere de múltiples esfuerzos, pero sobre todo del convencimiento pleno de que ese futuro sólo puede alcanzarse con la participación consciente y activa de todos y todas. «Sólo el pueblo puede salvar al pueblo y sólo el pueblo organizado puede salvar a la nación».

Durante los oscuros años neoliberales, el individualismo, la lógica de la competencia y el culto a la propiedad y el consumo fueron promovidos como valores universales, resucitando aquel viejo lema antihumanista que sostiene que «el hombre es el lobo del hombre», enemigo acérrimo de los otros miembros de su propia especie. La educación, la cultura, el arte, la economía y la política fueron trágicamente sometidas a esos criterios, y dejaron de ser concebidas como derechos para convertirse en mercancías a disposición de quien pudiera pagarlas. Pero siempre, en todas partes, hay quien resiste a la mezquindad y el egoísmo de los que desprecian al pueblo y aborrecen su deseo de libertad y justicia.

El trabajo de Octavio Sánchez Oropeza ha sido uno de esos focos de resistencia, esfuerzo creativo que busca recuperar lo mejor de nuestras tradiciones y restituir al pueblo el protagonismo perdido. Por eso los hombres y mujeres de la ciudad y el campo, quienes con su sacrificio cotidiano mantienen en pie este país de raíces milenarias; los niños y niñas que estudian, juegan y ríen, confiados en las oportunidades que promete el mañana; y los bosques, ríos, campos, montañas, calles y ciudades, escenarios diversos de la casa común que habitamos, son los elementos que dan sentido a una obra artística que busca colaborar a su manera en la revolución de las conciencias; recordándonos en cada trazo y armonía cromática que lo que nos hace genuinamente humanos es poner al servicio del bienestar común toda nuestra creatividad, fuerza, inteligencia. Ésa ha sido siempre la esencia del humanismo mexicano, el fundamento ideológico de nuestras transformaciones sociales, por ello resulta venturoso poder acompañar este número de *Conciencias* con el trabajo de un artista plástico que, desde hace más de 20 años, nos invita a reconocer la riqueza de nuestra cultura, nuestros valores comunitarios y nuestra historia.



## EL HUMANISMO MEXICANO: NUESTRO MODELO Y HORIZONTE

Desde el 1 de diciembre de 2018, la Cuarta Transformación comenzó una etapa de reconstrucción nacional cuyo objetivo principal es consolidar un estado de bienestar en el que todos y todas puedan tener las condiciones, derechos y garantías que les permitan alcanzar una vida digna. Con ese propósito, se han hecho esfuerzos para alcanzar un país de paz, seguridad y justicia, en donde la voluntad popular sea parte esencial del ejercicio de gobierno, y en el que se combata decididamente la desigualdad social y económica, pues, como dijera José María Morelos y Pavón, en 1813, es fundamental que se «moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el jornal del pobre».

Desde la Independencia hasta nuestros días, ése ha sido siempre el itinerario político del pueblo mexicano, decidido a dar vida a un proyecto de nación en beneficio de las mayorías. De suerte que insurgentes, liberales, revolucionarios o protagonistas del cambio verdadero son sólo diversas denominaciones que expresan un mismo anhelo histórico, una continuidad ideológica que durante más de 200 años ha inspirado luchas, construido liderazgos populares, alcanzado victorias, asimilado derrotas y resistido los embates de las fuerzas conservadoras que, ayer y hoy, aborrecen cualquier cosa que ponga en peligro el proyecto de país que ellas defienden, el de los privilegios, la violencia, la ignorancia y la rapiña.

Hablar de humanismo mexicano es intentar aprehender en un concepto la riqueza cultural, moral y política de nuestras luchas populares; condensar en dos palabras una multiplicidad de experiencias que, sin embargo, requieren ser pensadas en conjunto para encontrar en ellas el elemento común a todas, eso que revela la particularidad de la *vía mexicana* en la búsqueda universal por alcanzar el interés supremo de los pueblos y la humanidad. Hablar de humanismo mexica-

no es, entonces, dar nombre a los principios ideológicos de nuestras transformaciones sociales, explicadas siempre desde su lugar y su circunstancia, sin pretender asimilarlas a experiencias y denominaciones que, pese a su relevancia global y su posible semejanza con nuestras transformaciones, son expresión de luchas, experiencias, pueblos e ideas ajenas. Ni socialismo del siglo XXI, ni marxismo-leninismo: humanismo mexicano. Ésa es nuestra apuesta, nuestro modelo, por eso resulta tan necesario explorar sus orígenes históricos, filosóficos y políticos, en busca de sus raíces culturales y su continuidad en los hechos e ideas de miles de hombres y mujeres que han apostado, durante siglos, por un México más justo, libre, soberano.

Por todo ello, este número de *Conciencias* pretende ser una invitación a reflexionar sobre la singularidad de nuestro humanismo, un recorrido histórico y conceptual en torno a sus protagonistas, su desarrollo ideológico y sus manifestaciones políticas; pero también un esfuerzo por demostrar cómo la Cuarta Transformación representa sus causas y se esfuerza por alcanzar sus objetivos. Nuestros autores y autoras analizan la herencia humanista de nuestras civilizaciones milenarias (ésta que aún subsiste en las formas de organización comunitaria de los pueblos originarios), pero también la que existe en las ideas revolucionarias que han dado soporte a las cuatro transformaciones y al actuar político de quienes las han protagonizado, como si se tratara de un esfuerzo por evidenciar la brújula ético-política de quienes, con sacrificio y compromiso militante, nos esforzamos por construir un país en el que sea el cuidado de la vida humana, no la frivolidad del consumo y la ganancia, el criterio fundamental de toda acción social y política.

# morena



## MORENA

Presidente: Mario Delgado Carrillo  
Secretaria general: Citlalli Hernández Mora

## INSTITUTO NACIONAL DE FORMACIÓN POLÍTICA

Presidente: Rafael Barajas Durán  
Coordinador general: Oscar Lemus

## REVISTA CONCIENCIAS

Consejo editorial:

Armando Bartra, Atilio Boron, Blanca Montoya, Consuelo Sánchez, Elvira Concheiro,  
Fernando Buen Abad

Editores: David Antonio Pérez Nava y Patricia Legarreta  
Corrección: Carlos López  
Diseño editorial: Manuel Pedrozo  
Apoyo técnico: Iván García  
Arte: Octavio Sánchez Oropeza (Orizaba, Veracruz)

Sitio web: [www.revistaconciencias.mx](http://www.revistaconciencias.mx)  [/concienciasmx](https://www.facebook.com/concienciasmx)  
[www.infpmorena.mx](http://www.infpmorena.mx)

Las autoras y los autores ceden a la revista *Conciencias* del Instituto Nacional de Formación Política los derechos de reproducción y distribución de sus artículos para su divulgación en todos los países del mundo, en formatos impreso y digital; sin embargo, la responsabilidad por lo expresado en los artículos, reseñas y obras visuales es estrictamente de ellos.

Distribución gratuita.  
Prohibida su venta.





# Contenido

## EL HUMANISMO MEXICANO

**4**

LA CUARTA TRANSFORMACIÓN  
ES HUMANISMO MEXICANO

**ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR**

**8**

LA BATALLA POR EL  
HUMANISMO MEXICANO

**MAGDALENA GALINDO**

**14**

¿QUÉ ES EL HUMANISMO  
MEXICANO?

**GABRIEL VARGAS LOZANO**

**22**

LA FUERZA TRANSFORMADORA  
DEL HUMANISMO MEXICANO

**BLANCA MONTOYA**

**31**

RAZONES DEL HUMANISMO MEXICANO

**ADRIÁN VELÁZQUEZ RAMÍREZ**

**36**

LA RADICALIDAD DE  
NUESTRO HUMANISMO

**XÓCHITL LÓPEZ MOLINA**

**45**

MORAL Y HUMANISMO EN LA CUARTA  
TRANSFORMACIÓN DE MÉXICO

**FERNANDO BUEN ABAD**

**51**

CONSIDERACIONES SOBRE EL  
HUMANISMO MEXICANO

**ISMAEL CARVALLO ROBLEDO**

# La Cuarta Transformación es humanismo mexicano

Andrés Manuel López Obrador

La política es, entre otras cosas, pensamiento y acción; y aun cuando lo fundamental son los hechos, no deja de importar cómo definir, en el terreno teórico, el modelo de gobierno que estamos aplicando. Mi propuesta sería llamarle *humanismo mexicano*, porque tenemos que buscar un distintivo. Humanismo mexicano no sólo por la frase atribuida al literato romano Publio Terencio de que nada humano nos es ajeno, sino porque, nutriéndose de ideas universales, lo esencial de nuestro proyecto proviene de nuestra grandeza cultural milenaria y de nuestra excepcional y fecunda historia política.

Ahora bien: ¿cuáles son los principios políticos, económicos y sociales del humanismo mexicano que postulamos y que inspiran a la Cuarta Transformación? Trataré de explicarlo de manera breve. En lo político, no aceptamos el derrotismo, estamos a favor de lo que expresó el padre de nuestra patria, Miguel Hidalgo y Costilla: «El pueblo que quiere ser libre lo será»<sup>1</sup>; y de igual manera, en el terreno de la democracia, consideramos básico actuar como el insigne presidente Francisco I. Madero, que en el Plan de San Luis llamó al pueblo de México, el 20 de noviembre de 1910, a tomar las armas contra la dictadura porfirista porque, según sus convicciones, México estaba gobernado por una tiranía «que ha pretendido —sostenía— justificarse a sí misma con el beneficio de la paz y de la prosperidad material; pero esa paz no descansa en el derecho, sino en la fuerza, y esa prosperidad sólo beneficia a una minoría, no al pueblo ni a la nación»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Benito Juárez, *Flor y látigo: ideario político liberal*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México, 2005, p. 26

<sup>2</sup> Francisco I. Madero, *Plan de San Luis Potosí*, 1910



De este criterio se desprende también nuestro fundamento de política económica, pues sostenemos que el progreso sin justicia es retroceso. Nuestra tesis es que no basta el crecimiento económico, sino que es indispensable la justicia. En la nueva política económica, moral y social que hemos aplicado desde el principio de nuestro gobierno, se ha desechado la obsesión tecnocrática de medirlo todo en función de indicadores de crecimiento que no necesariamente reflejan las realidades sociales. Nosotros consideramos que lo fundamental no es cuantitativo sino cualitativo, es decir, la distribución equitativa del ingreso y de la riqueza, pues el fin último de un Estado es crear las condiciones para que la gente pueda vivir feliz y libre de miserias y temores. Por otra parte, más allá del simple crecimiento económico, es fundamental desterrar la corrupción y los privilegios para destinar todo lo obtenido y ahorrado en beneficio de la mayoría del pueblo y, de manera específica, en beneficio de los más pobres y marginados.

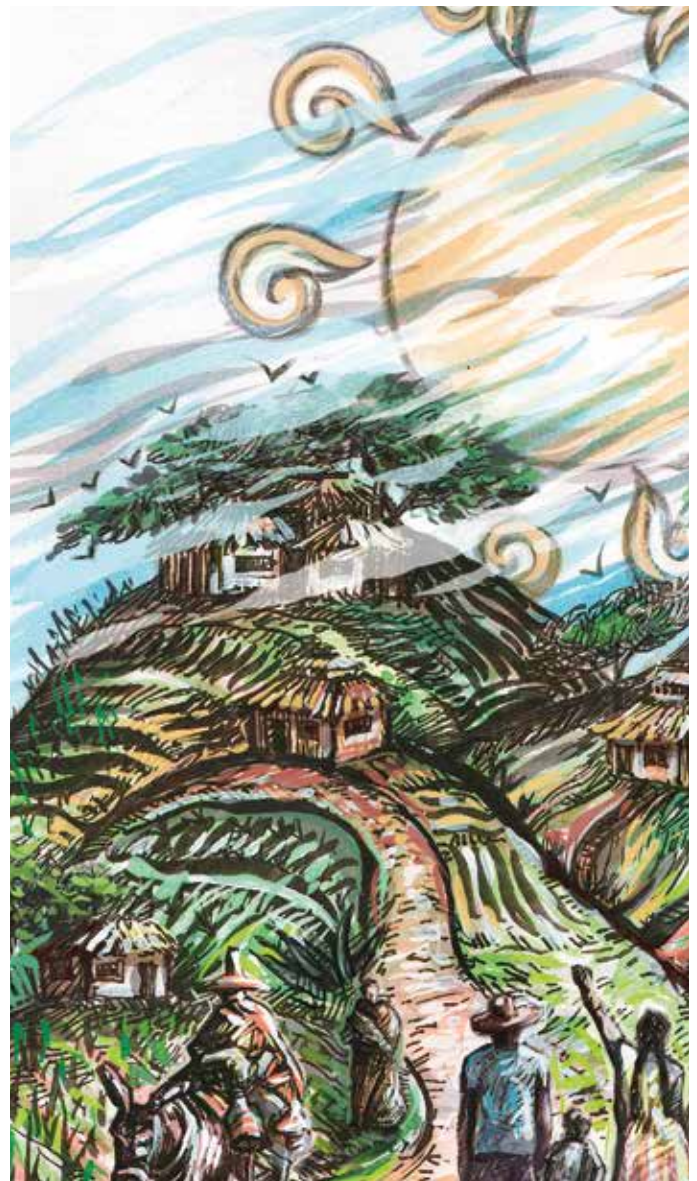
La estrategia central del gobierno en el terreno de la política social descansa en respetar, atender y escuchar a todas y a todos, pero otorgando preferencia a los pobres y humillados. Siempre dijimos que «por el bien de todos, primero los pobres». Esta frase debiera ser la esencia de la actividad política, porque es sinónimo de humanismo y una forma distinta de entender la importancia del poder, cuyo ejercicio, como lo he dicho muchas veces, sólo es puro y virtuoso cuando se pone al servicio de los demás. Por si fuese poco, atender a los más pobres es también ir a la segura para contar con el apoyo de muchos cuando se busca transformar una realidad de opresión y alcanzar el ideal de vivir en una sociedad mejor, más justa, igualitaria y fraterna. ¿Quién defiende realmente a un gobierno democrático? El pueblo, básicamente el pueblo. Ricardo Flores Magón dejó muchas enseñanzas y tenía una frase que me gusta mucho y la repetí y la repetí y la sigo repitiendo; decía: «Sólo el pueblo puede salvar al pueblo», y otro oaxaqueño, el presidente más grande que ha tenido México, el mejor presidente en toda la historia, Benito Juárez, un indígena zapoteco, decía: «Con el pueblo, todo; sin el pueblo, nada». Por eso, ¿quién respalda la Cuarta Transformación?: el pueblo. Por eso nunca, jamás, vamos a traicionar al pueblo.

Algo básico y esencial, sobre todo para los jóvenes, es que nada se logra sin amor al pueblo. Quizá en otros tiempos se podía fingir, simular, ir en campaña a pedir votos, abrazar a la gente y luego llegar al cargo y olvidarse del pueblo, pero ahora ya no. El consejo a los jóvenes es que, si quieren dedicarse al noble oficio de la política, no olviden que lo principal es tenerle profundo amor al pueblo, querer al pueblo, nada se logra sin amor al pueblo. En 1937, el presidente Lázaro Cárdenas decía que le mortificaba conocer el verdadero fondo moral de muchos servidores públicos al observar en sus semblantes el

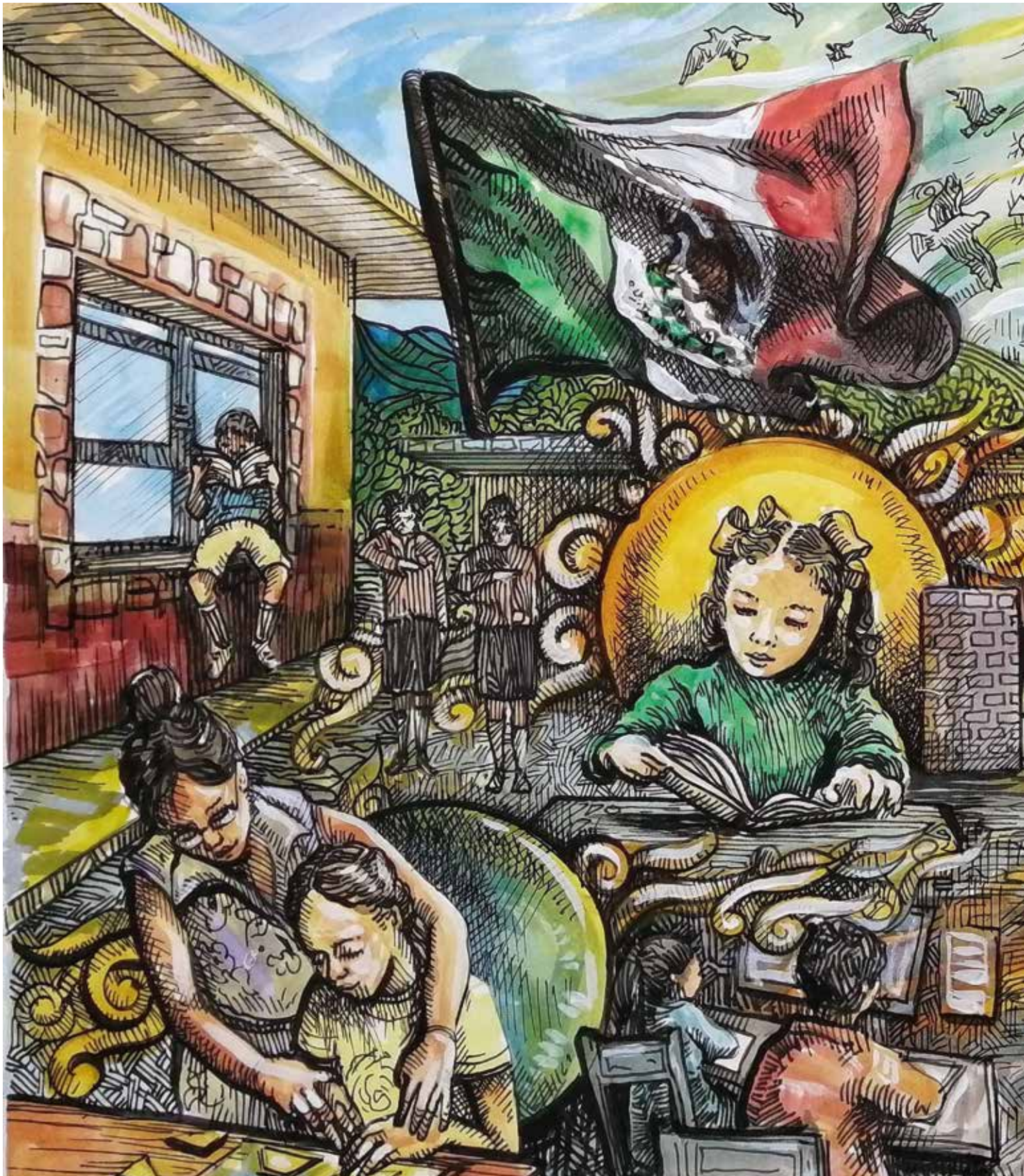
disgusto que les causaba la demanda de auxilio o de justicia de la gente pobre. Ésa es la tragedia interminable de nuestro propio pueblo.

Pues bien, sin ese sincero sentimiento, nada bueno se puede hacer en la vida y menos en la política, que, contrario a lo que se suele pensar, es uno de los oficios más nobles y de la más alta jerarquía espiritual. Que se escuche bien y lejos. La auténtica política es profundamente humana en su fundamento, en su esencia y, sobre todo, cuando se practica en bien de los demás y, en especial, de los pobres.

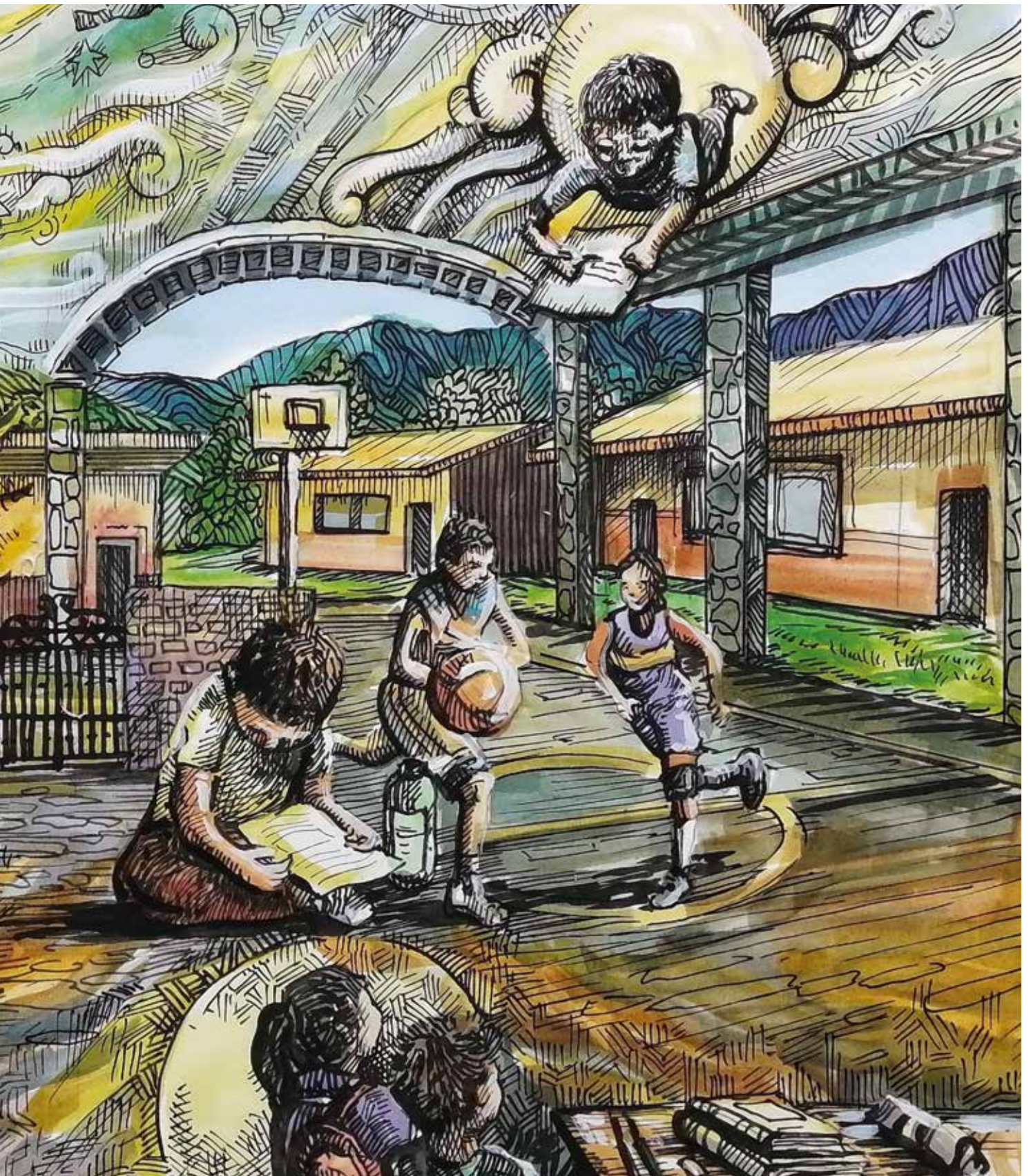
Amigas, amigos entrañables. Sigamos haciendo historia. Continuemos impulsando el cambio de mentalidad, la revolución de las conciencias. Hagamos realidad y gloria el humanismo mexicano. ¡Que viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!













# La batalla por el humanismo mexicano

**Magdalena Galindo**

*Nada de lo humano me es ajeno*

TERENCIO

Es evidente, para cualquiera que de buena fe analice el ejercicio de gobierno de la 4T, que éste responde a un conjunto de principios que respaldan las políticas aplicadas, así como el discurso y las acciones realizadas a lo largo de estos cinco años. Sin embargo, era necesario darle a este proceso un nombre que englobara esos principios que en conjunto no sólo son una guía para la acción, sino que implican una visión del mundo, una filosofía. El 27 de noviembre de 2022, al final de una marcha multitudinaria, el presidente Andrés Manuel López Obrador propuso el término *humanismo mexicano*, que expresa la orientación general de la Cuarta Transformación y a la vez se vincula a una larga tradición del pensamiento progresista en México y el mundo.

## **LA POLITIZACIÓN MASIVA**

Antes de abordar el contenido del humanismo mexicano y su expresión en la 4T, quiero referirme a lo que el propio López Obrador ha llamado uno de los objetivos de su movimiento: la revolución de las conciencias. Numerosos historiadores y políticos, así como militantes de la izquierda, han señalado que el movimiento estudiantil-popular de 1968 significó un parteaguas en la historia de México, y es que, en efecto, esa movilización formó cuadros que dieron lugar al surgimiento de la insurgencia sindical, al movimiento urbano-popular que se reprodujo en diversas ciudades del país, a la multiplicación de las tomas de tierras y de las coordinadoras campesinas, así como



a la fundación de partidos que iniciaron el largo y accidentado camino hacia la democracia. También, al resurgimiento de la guerrilla rural y a la aparición de la guerrilla urbana. Ese cambio radical da señales de que el 68 provocó una politización masiva entre los mexicanos, que no sólo se mostró entre los participantes directos del 68 sino que abarcó a muy amplios sectores.

Sin menospreciar las tareas de organización y formación política que tienen suma importancia, hay que reconocer que sólo los movimientos sociales, como se ve en el ejemplo del 68, consiguen una politización masiva. Todavía es temprano para afirmar que ya hemos vivido una revolución de las conciencias, pero es indudable que el movimiento de López Obrador y estos años de gobierno han comenzado a producir una politización entre los mexicanos. Ciertamente, ésta no ha desembocado con la misma amplitud en términos de organización, pues se ha dado en forma difusa, pero en aquella manifestación en contra del desafuero de López Obrador (la más grande que ha habido en la historia de México), ya se observaba que no participaban contingentes organizados por sindicatos o facultades de estudiantes u organizaciones sociales, sino lo que únicamente puede englobarse con la palabra *pueblo*. Por eso, no es raro que López Obrador se refiera siempre al pueblo, no a las organizaciones, ni a la izquierda, sino al pueblo, porque esa característica de aquella manifestación se repite hasta hoy en las comunidades y ciudades que visita el presidente.

Esa politización masiva y los profundos cambios que hemos vivido en estos años permiten afirmar que, en efecto, tal como postula la Cuarta Transformación, estamos viviendo un momento histórico que ha puesto en marcha una revolución pacífica, bajo un conjunto de principios, políticas y acciones a los que puede darse el nombre de humanismo mexicano.

## PRINCIPIOS, POLÍTICAS Y ACCIONES

En cuanto al contenido del humanismo mexicano, pueden nombrarse algunos de los principios que lo caracterizan, como el de «por el bien de todos, primero los pobres»; o bien, hechos como el otorgamiento de la más alta prioridad al combate a la corrupción o la separación del poder económico y el poder político; o la defensa de la independencia y la soberanía de la nación. Todo eso forma parte de esa concepción, la cual se materializa en políticas aplicadas por la actual administración, sobre todo los programas sociales. Como un conciso recordatorio, sin detenerme en el contenido y características de cada uno, sólo mencionaré las acciones más destacadas:

- Pensión para adultos mayores
- Pensión a personas con discapacidad
- Becas para el bienestar Benito Juárez a estudiantes pobres de kínder, primaria, secundaria y preparatoria
- Jóvenes Escribiendo el Futuro, para estudiantes de educación superior
- Jóvenes Construyendo el Futuro, para que jóvenes de entre 18 y 29 años trabajen como aprendices
- Sembrando Vida, para habitantes rurales con el fin de aplicar recursos a sistemas agroforestales que incluyen la milpa. Abarca a 17 estados de la república
- Programa Nacional de Reconstrucción 2019
- Programa de Mejoramiento Urbano
- Tandas para el Bienestar
- La Escuela es Nuestra, para recuperar la infraestructura educativa
- Producción para el Bienestar y Bienpesca
- Por una mejor vivienda

Se calcula que en el proyecto de presupuesto de egresos 2024 se asignarán a los programas sociales más de 700 mil millones de pesos. Y con ello hay que decir que los programas sociales,

que tienen como objetivo dar apoyos a sectores de la población marginales o en situación de vulnerabilidad, cumplen una finalidad económica que es dar impulso al mercado interno, decaído de manera extraordinaria durante los años del neoliberalismo por la orientación de nuestra economía hacia el exterior y, sobre todo, por los toques salariales y por la llamada austeridad neoliberal que sólo se aplicaba precisamente a los programas sociales. Esas políticas significaron un empobrecimiento sin precedentes del conjunto de la población trabajadora y, en consecuencia, implicaron la pérdida de poder adquisitivo que redundó en la caída del mercado interno. Realidad que, por cierto, también afectó a los dueños de pequeñas y medianas empresas, que son quienes emplean a la mayor parte de los mexicanos.

Con todo ello, puede afirmarse que el gasto público dedicado a los programas sociales, así como los aumentos al salario mínimo que se han impulsado durante el actual sexenio (lo que también se ha reflejado en los incrementos a los salarios contractuales), son los factores más relevantes que explican el hecho sorprendente del crecimiento de la economía, así como la salida de la pobreza de 10 millones de personas, hecho realmente excepcional, sobre todo después de haber sufrido la dolorosa pandemia de la covid-19. Además, hay que mencionar la atenuación de la desigualdad escandalosa a la que había conducido el neoliberalismo. Estas políticas y acciones constituyen una de las formas de concreción del humanismo mexicano; es el principio de «por el bien de todos, primero los pobres» convertido en decisiones y acciones del gobierno federal.

También hay que mencionar, pensando en los trabajadores, en la prohibición del *outsourcing*, hecho de enorme importancia para las condiciones de vida y de trabajo de millones de mexica-

nos, que además constituyó un abierto rechazo a la nefasta Reforma Laboral de Felipe Calderón, continuada por Peña Nieto. Esto es la esencia del humanismo que guía a la administración de López Obrador.

### UNA POLÍTICA HUMANISTA

Hay otro terreno del que se habla poco, pero que tiene gran importancia y expresa igualmente el humanismo mexicano. Me refiero al terreno político, y fundamentalmente al compromiso asumido por López Obrador y cumplido cabalmente hasta hoy, es decir, la convicción de no reprimir ninguna manifestación ni movilización social, incluidas las de oposición. Además, hay otras acciones que, si bien son simbólicas, tienen un alto significado, como el pedir perdón a nombre del Estado mexicano a los sobrevivientes de la represión: a la Liga 23 de Septiembre o la visita a las cárceles del Campo Militar Número 1, donde se recordó a las víctimas ahí encarceladas, o el trabajo de la Comisión de la Verdad y Justicia sobre el caso Ayotzinapa. Otra línea importante ha sido el respeto irrestricto a la libertad de expresión, de la que la derecha y los medios de comunicación corporativos han hecho un uso abusivo, no sólo por la red de insultos y calumnias en contra del presidente de la República (algo que habría sido severamente castigado en otros tiempos), sino por multiplicar las noticias falsas y llevar adelante campañas permanentes contra prácticamente todas las acciones gubernamentales.

Estas líneas, y en general las acciones de comunicación, sobre todo *Las Mañaneras* en las que López Obrador hace incursiones a la historia de México y reconoce las luchas del pueblo mexicano (así como a los héroes y políticos que han construido este país y han representado al pueblo), están propiciando una reevaluación de la política, tarea que antes podía verse como imposible en los tiempos en que los mexicanos, durante décadas, identificaron a la política y los políticos como el terreno de la corrupción y la demagogia.

### SOLIDARIDAD FRENTE AL INDIVIDUALISMO

Hay otro aspecto que también se vincula al concepto de humanismo. En el terreno ideológico, el planteamiento central del neoliberalismo fue el individualismo, en el que el éxito se postuló como el fin único de las personas en tanto individuos, identificando el éxito con la posibilidad de acumular dinero. Por tanto, sólo los ricos son exitosos, o sea, *winner*s, no *loser*s. Esta religión del éxito impulsa naturalmente a la competencia y acrecienta la necesidad de combatir al otro para poder sobresalir. Esa ideología no explícita, pero sí impulsada por el discurso público y los medios, caló hondo en la sociedad mexi-

cana. Por eso tiene relevancia que ahora el discurso de la 4T exalte lo colectivo, las comunidades, el pueblo, frente al individualismo neoliberal. Este reconocimiento a lo colectivo forma parte esencial del humanismo mexicano

No menos importantes son los cambios en la política exterior, gracias a los cuales se ha decidido apoyar a los gobiernos progresistas de América Latina, renovando una política de asilo a los perseguidos por regímenes autoritarios, y se ha buscado una política de cooperación y respeto a la soberanía de México frente a Estados Unidos. Ante la migración, en especial, se impulsa, aunque no siempre se tenga éxito, una línea que combata las causas de la migración masiva que hoy caracteriza al mundo.

Finalmente, otro puntal importante de esta nueva y antigua ideología es la concepción actual de la cultura que no se centra sólo en la llamada alta cultura, esto es, en la comunidad de artistas plásticos, escritores, músicos, cineastas, es decir, en los profesionales de las artes, sino que reconoce las culturas de los pueblos originarios y de las comunidades populares. Al revés de lo que propagan los medios y asumen muchos profesionales de la cultura, no se ha abandonado a la alta cultura; al contrario, se han destinado recursos mayores que en administraciones pasadas (como en el caso del cine), pero también se han impulsado las expresiones culturales de las comunidades y se ha buscado la incorporación de niños y jóvenes a las actividades culturales.





## EL HUMANISMO MEXICANO EN CIFRAS

La orientación general del gobierno de López Obrador, con las transformaciones que hemos vivido en estos años y que en conjunto significan una revolución pacífica, son ya en sí mismas la caracterización del régimen. Para delinearlo con mayor claridad, mostrando con ello las prioridades que caracterizan al actual gobierno, podemos recurrir a cifras contantes y sonantes. Se trata del Presupuesto de Egresos de la Federación. Desde 2020 hasta el proyecto para 2024, el gasto público ha dado prioridad a cinco rubros: salud, bienestar, Pemex, Comisión Federal de Electricidad y educación. Otro rubro que ha estado entre los de mayor monto son defensa y seguridad. Pero como analizar los presupuestos de los cinco años nos alejaría del tema central, que es el modelo del humanismo mexicano, sólo enlistamos los montos asignados a los rubros prioritarios en el proyecto del Ejecutivo para 2024.

1. Salud: 1 billón 834 mil 352 millones
2. Bienestar: 519 mil 813 millones
3. Pemex: 573 mil 4 millones
4. CFE: 505 mil 289 millones
5. Educación: 406 mil 876 millones

Las cifras del presupuesto, en el que se establecen las prioridades reales de un gobierno, demuestran que para esta administración los dos objetivos fundamentales son mejorar las condiciones de vida de la población y rescatar los recursos naturales más importantes de la nación. Especial atención merece la línea de fortalecimiento del Estado, que busca otro de los principios del humanismo mexicano, la separación del poder político y el poder económico. Los datos del presupuesto confirman el discurso de la 4T y en particular del presidente López Obrador; es decir, en los hechos se comprueba que el principio «por el bien de todos, primero los pobres» rige decisiones concretas.

## ESTADO NACIONALISTA

Este brevísimo análisis nos lleva a arriesgar una caracterización del gobierno de la 4T como populista y nacionalista. Se entiende que López Obrador rechace el término de populismo, porque hay en curso toda una campaña, no sólo en México, sino en la derecha internacional, para denostar el populismo, al que procuran identificar con el autoritarismo y hasta con los regímenes dictatoriales. A este concepto le atribuyen un contenido únicamente demagógico, pues según estas campañas el populismo perjudica finalmente a quienes dice defender. Incluso en Estados Unidos, numerosos periodistas y analistas han creado el término de populismo de derecha para caracterizar al gobierno de Donald Trump, lo que al mismo tiempo

insiste en el falso planteamiento de que el populismo es sólo demagogia.

En realidad, el gobierno de Trump se ubicó en el neofascismo por el autoritarismo general que lo caracterizó, y apostó por el favorecimiento real al gran capital y el ultranacionalismo agresivo, del que forma parte esencial el racismo expresado en la identificación de un grupo social como el enemigo principal, que en el caso del nazismo alemán fueron los judíos y ahora, en el régimen estadounidense, son los migrantes. Sin embargo, Estados Unidos no es el único país en el que está apareciendo el neofascismo, pues al parecer ésta es la forma de gobierno y de ideología con la que se quiere sustituir al neoliberalismo, ante la incapacidad de éste para resolver la crisis estructural del capitalismo que padecemos desde los años setenta hasta la actualidad, y que es la crisis más larga y profunda que ha vivido el capitalismo en su historia.

Para evitar la caracterización de neofascismo y en cambio proponer el oxímoron que significa hablar de un populismo de derecha, el argumento fundamental es que Trump, como otros de su estirpe, no sólo tiene un discurso que habla de los trabajadores y afirma buscar su mejoría, sino que en efecto cuenta con el apoyo de las masas. Pero hay que destacar que también el nazismo expresó un discurso dirigido a las capas pobres y contó con el apoyo de contingentes de trabajadores y clases medias.

En sentido estricto, en el análisis de la ciencia política, el populismo no es un discurso demagógico, sino una forma de Estado con medidas concretas, reales, para favorecer a los sectores populares, lo cual no implica necesariamente una ruptura con el capitalismo; no es socialista ni comunista, pero significa una diferencia abismal con el neoliberalismo o el neofascismo. Si se mira un poco en la historia de México, podría afirmarse que el gobierno de Lázaro Cárdenas puede ser tipificado como populista. En ese mismo sentido, el gobierno de López Obrador también puede caracterizarse como populista y nacionalista, sobre todo si acudimos al contenido teórico clásico y no a las tergiversaciones actuales de la derecha, con las cuales estos grupos han querido combatir a los gobiernos progresistas de América Latina, aplicándoles el término de populistas y vaciando el significado del concepto.

## LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

Independientemente de la caracterización del gobierno de López Obrador y de la 4T, es indiscutible que la filosofía que lo sostiene es ese conjunto de principios, políticas y acciones a la que el presidente ha llamado humanismo mexicano.

En las condiciones actuales, es crucial que ese humanismo pueda continuar marcando el futuro inmediato. Hasta

ahora, Andrés Manuel López Obrador ha realizado una gran tarea al establecer las bases, cimientos y estructuras de esta revolución pacífica, pero es indispensable que esa tarea tenga continuidad y profundización, para que, como dice Claudia Sheinbaum, abonemos a la construcción del segundo piso de la 4T, siempre bajo la ideología del humanismo mexicano.

La tarea no es fácil, porque si bien ya se han establecido transformaciones muy importantes, no ha sido posible dismantelar del todo el sistema de poder neoliberal construido a lo largo de muchas décadas. Hoy, en un análisis de la correlación de fuerzas, podemos ver que Claudia Sheinbaum y Morena en su conjunto tienen una aprobación en el pueblo mexicano que supera con mucho margen a los partidos de la derecha y a la hoy precandidata del Frente Amplio, lo cual anuncia un triunfo en las elecciones de 2024. Sin embargo, es evidente que la derecha —o si se quiere englobarlos, los sectores conservadores o neoporfiristas— todavía posee importantes bastiones de poder.

Hasta ahora, mucho se ha dicho acerca de que lo que vivimos es la confrontación entre dos proyectos de nación. Pero no están del todo delimitados. Es cierto que la 4T, con la ideología del humanismo mexicano, posee un proyecto de nación claramente definido, ese que López Obrador ha puesto en marcha; sin embargo, no se puede afirmar lo mismo del PRIAN, pues en todo caso podemos decir que tienen un proyecto de gobierno neoliberal que busca restituir los privilegios y espacios para la corrupción y regresar a la situación de sometimiento, superexplotación y represión de la inmensa mayoría del pueblo trabajador, sin olvidar que ese proyecto de gobierno también incluye la entrega de los recursos naturales y humanos de la nación a la explotación de las transnacionales extranjeras.

Esa derecha que pretende derrotar a la 4T tiene todavía el control de los medios de difusión corporativos que desde hace décadas, de manera permanente, instrumentan intensas campañas en contra de López Obrador y, en tiempos más recientes, contra Morena y la Cuarta Transformación. En esa cruzada, incluyen críticas, calumnias y noticias falsas. Todo eso a través de campañas financiadas por organizaciones civiles que utilizan *bots*, encuestas y por supuesto *fake news* desplegadas en miles de emisiones y redes sociales. Su influencia no puede menospreciarse.

Además, en ese lado se ubican amplios sectores de la gran burguesía que, como clase dominante, posee la fuerza de sus grandes capitales, lo que implica la capacidad de decisión sobre la producción y la economía en general. Sectores, por cierto, no sólo detentadores de privilegios y ganancias obtenidas de la explotación de los trabajadores, sino también vinculados a las distintas formas de corrupción, sea por evasión de impuestos o por compra de influencias. Por eso, no podemos olvidar el carácter protagónico del empresario Claudio X. González, quien se inscribe en una tendencia que ya se ha visto en varios países y se caracteriza por el esfuerzo de la burguesía por asumir el ejercicio directo del poder, sin la intermediación de los políticos. Hoy, en México, es evidente que la gran burguesía no sólo ha promovido la alianza electoral del Frente Amplio sino que se ha colocado a la vanguardia de las fuerzas conservadoras.

Un tercer bastión de la derecha es el Poder Judicial, cuya corrupción se muestra en la frecuente liberación o favorecimiento de delinquentes de altos vuelos, miembros de la delincuencia organizada, políticos o empresarios. Todavía más grave es el hecho de que, en un actuar eminentemente político en contra del gobierno de López Obrador, la Suprema Corte de Justicia, especialmente,

ha establecido un contubernio con los otros participantes de la derecha para, por medio de amparos o acusaciones de inconstitucionalidad, asumir abusivamente el papel de colegisladora a través del ejercicio *de facto* de un derecho de veto a las decisiones del Congreso. Generalmente, a través de pretextos sobre el procedimiento, ha invalidado las leyes del Poder Legislativo (como en el caso de la Ley Eléctrica) o las acciones del Poder Ejecutivo (como en el reparto de los libros de texto). Con ese proceder, además, nulifica en los hechos la mayoría que los ciudadanos, a través de su voto, le otorgaron a la coalición política Juntos Hicimos Historia.

Entre las instituciones alineadas a la derecha, que combaten abiertamente al presidente de la República y a Morena, las más significativas son el Instituto Nacional Electoral y el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación, que desde su fundación hasta ahora nunca han asumido el papel de árbitros sino, al contrario, han favorecido abiertamente al PRI y al PAN y han llegado a validar el fraude electoral o a censurar al titular del Poder Ejecutivo.

Finalmente, está la política imperial a la que hemos visto utilizar la estrategia del golpe blando, con mayor o menor éxito, en contra de los gobiernos progresistas de América Latina. Basta mencionar rápidamente los casos recientes de Bolivia, Ecuador, Venezuela, Brasil, Argentina o Perú. También, en el terreno internacional, hay que destacar que en los años recientes ha habido un avance significativo de la derecha extrema en el mundo, la cual adopta hoy políticas que ya señalan la presencia de un neofascismo que se multiplica en Europa y América

Con todo este poder de la burguesía y el imperialismo, es evidente que bajo las normas de la democracia formal las fuerzas de la derecha tienen que valerse de los partidos, y en las circunstancias actuales, con el desprestigio del PAN, PRI



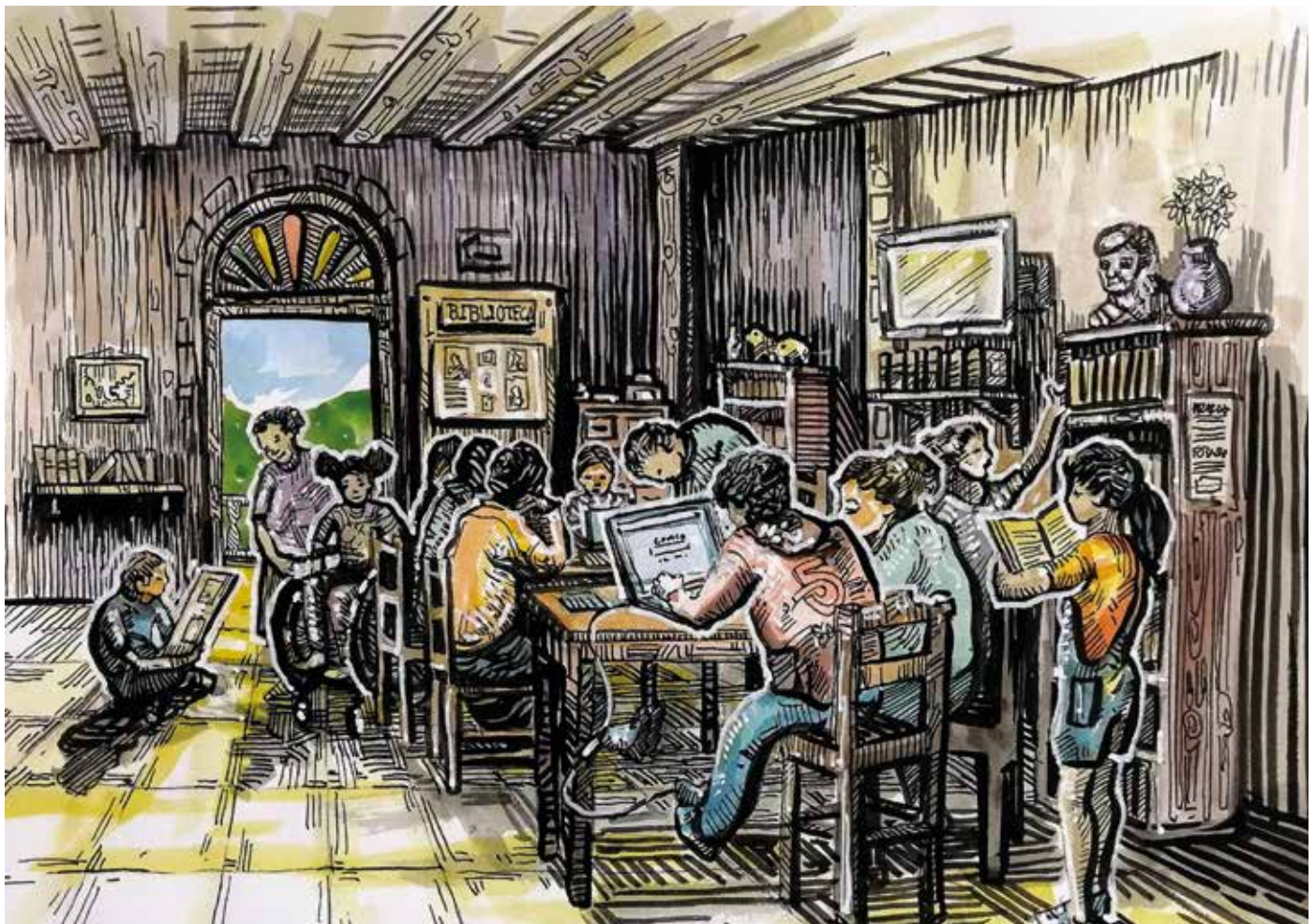
y PRD, es muy probable que no puedan remontar el rechazo de los ciudadanos. No obstante, tampoco puede desconocerse el peso que hoy tienen los medios de comunicación y las redes sociales, espacios que facilitan la manipulación.

Ante esta correlación de fuerzas, es evidente que dos aspectos cobran particularmente relevancia. Por un lado, la unidad de las fuerzas populares; no sólo se trata de las fuerzas en el interior de Morena y los partidos aliados, sino del pueblo en general. Ahí juega un papel relevante la izquierda toda, la cual está obligada a reconocer dónde está el poderoso enemigo de las causas populares para no confundir el blanco de sus críticas. Morena y sus aliados pueden cometer errores, en especial en la elección de los miles de candidatos que disputarán cargos de representación popular en las próximas elecciones, pero por encima de esos errores tiene que estar el combate al conservadurismo. Un regreso de la derecha al poder significaría no sólo la reimplantación del neoliberalismo (con su cauda de devastación de las condiciones de vida del pueblo trabajador y el entreguismo de los recursos naturales y humanos a la ex-

plotación del capital transnacional), sino también el retorno de esa actitud violenta, con espíritu de revancha y endurecimiento de la represión. Por eso la unidad no es un postulado abstracto, sino la necesidad de un compromiso concreto.

### LA LUCHA IDEOLÓGICA, CAUSA CENTRAL

En la batalla que estamos viviendo, la lucha ideológica ocupa un lugar central, pues hoy la tarea de intelectuales, académicos y cuadros políticos es clarificar la situación, desmontar las falsedades de la derecha, caminar al lado del pueblo en unidad, a pesar de todas las contradicciones y diferencias. En esa perspectiva, es fundamental la profundización de lo que se ha englobado con el título de humanismo mexicano. Estamos viviendo un momento histórico en el que la izquierda no tiene derecho a equivocarse. La consigna hoy tiene que ser «ni un voto a la derecha», así como el rechazo a la abstención que igualmente la favorece. Hay que cerrar el paso al regreso del neoliberalismo.



# ¿Qué es el humanismo mexicano?

## ITINERARIO DE UN PROYECTO HISTÓRICO NACIONAL

**Gabriel Vargas Lozano**

El 27 de noviembre de 2022, el presidente de la República, Andrés Manuel López Obrador, pronunció en el Zócalo de la Ciudad de México un discurso mediante el cual celebró el cuarto año de su gobierno. En él, consideró que «aun cuando lo fundamental son los hechos, no deja de importar cómo definir, en el terreno teórico, el modelo de gobierno que estamos aplicando. Mi propuesta sería llamarle humanismo mexicano, no sólo por la frase atribuida al literato romano Publio Terencio, de que nada humano nos es ajeno, sino porque, nutriéndose de ideas universales, lo esencial de nuestro proyecto proviene de nuestra grandeza cultural milenaria y de nuestra excepcional y fecunda historia política». Esta declaración ha motivado el interés por profundizar qué es lo que se ha entendido por humanismo y, en particular, qué puede entenderse entonces por humanismo mexicano.

Antes de abordar la cuestión que nos interesa, es importante destacar que el concepto *humanismo* es polisémico y se requiere tener presentes sus diversos significados para no caer en confusiones.

### **HUMANISMO EN GENERAL**

Se puede hacer una definición general del humanismo que podemos llamar *humanismo genérico*. Este humanismo comprende todas las actividades y concepciones que buscan fortalecer a los seres humanos frente a las que los perjudican. Así, podríamos caracterizar como humanismo las actitudes y creencias que defienden a los seres humanos frente a otras que los dañan, desde una concepción teórica y práctica. De este modo, la creación de una cultura por parte de los pueblos ori-



ginarios podría llamarse humanista, ya que con ella buscaron explicar cómo era la vida, de dónde venimos y hacia dónde vamos. De igual manera, humanista sería la defensa de los individuos y los pueblos frente a cualquier atentado en contra de su vida o integridad. Humanista también sería la protesta en contra de las guerras, la esclavitud y el racismo o en contra de los gobiernos dictatoriales. En este último caso, por ejemplo, se puede hablar del sentido humanista de la Revolución Mexicana.

## HUMANISMO CLÁSICO

Existe también el *humanismo clásico*, como el sostenido por Marco Tulio Cicerón (Arpino, 106-43 a. C.), quien en su discurso *Pro Archia Poeta*, pronunciado en el año 62 a. C., hiciera una defensa del poeta A. Licino Archias, a quien se acusaba de no ser ciudadano romano para privarlo de los privilegios correspondientes. En su defensa, Cicerón, además, reforzó su argumentación vinculando la poesía y la literatura con una filosofía moral que fue llamada *humanitas*.

## HUMANISMO RENACENTISTA

Siglos más tarde, el discurso de Cicerón fue descubierto por Francesco Petrarca (1304-1374), quien es considerado padre del humanismo, y más tarde esa pieza oratoria fue reivindicada por el canciller de Florencia, Coluccio Salutati (1331-1406) —discípulo de Giovanni Boccaccio (1313-1375)—, otro de los más importantes representantes del renacimiento italiano, quien diferenció el saber humanístico frente al saber de la naturaleza. Éste es el remoto antecedente de la división moderna entre ciencia natural, ciencia social y humanidades.

El *humanismo renacentista* surge entonces como respuesta a las profundas transformaciones que se llevaban a cabo a partir del siglo XIII, las cuales implicaron el desplazamiento del teocentrismo por un antropocentrismo. Se trató de la conformación de una nueva «figura del mundo» (concepto utilizado por Luis Villoro en su libro sobre el Renacimiento) que surgió a causa de los descubrimientos geográficos (como el descubrimiento de América); el renacimiento de las artes y la literatura y la extensión del latín como *lingua franca*. De ese humanismo renacentista se desprenden dos ramas:

1. Una que llamaremos *seudohumanismo*
2. Otra denominada *humanismo incluyente*

Distingo estos dos tipos de humanismos a partir del reconocimiento o no de los derechos humanos de los indígenas y de los pueblos originarios de América.

Un ejemplo de estos dos humanismos puede ser representado por el debate que se llevó a cabo en Valladolid, España, en 1550 y 1551, entre Bartolomé de las Casas, quien defendió los

derechos de los pueblos originarios siguiendo las tesis de Francisco de Vitoria (1483-1546)<sup>1</sup>, y las tesis sostenidas por Ginés de Sepúlveda<sup>2</sup>. Los debates giraron en torno a la humanidad de los indígenas y el derecho de España a dominarlos.

De acuerdo con lo que hemos establecido, resulta contradictorio adjudicar a Ginés de Sepúlveda el calificativo de humanista; al suyo le llamo *seudohumanismo*, principalmente a causa de su negativa a reconocer la condición de seres humanos a los indígenas con el fin de legitimar lo ilegítimo, es decir, justificar el menosprecio y la opresión de los pobladores originarios de América y de México, en particular. En otras palabras: si por humanismo se entiende seguir la tradición renacentista y clásica grecorromana, entonces todos los que participen de ella son humanistas incompletos; en cambio, si a ese humanismo se agrega la defensa de los indígenas, reivindicaríamos una concepción más incluyente y justa. Si hacemos la distinción, quedarían más claros los alcances y límites de esta concepción<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Fraile dominico, escritor y filósofo que fundó lo que se llamó la Escuela de Salamanca, a través de la cual expuso diversas teorías como el derecho de gentes o la guerra justa.

<sup>2</sup> Se puede encontrar en YouTube un interesante video en donde se representan las dos posiciones.

<sup>3</sup> Si se hace esta distinción, es conflictivo calificar al primer obispo de México, Juan de Zumárraga (1468-1548), como el primer humanista por el simple hecho de haber traído a nuestro país la primera imprenta de América y haber sido nombrado «defensor de los indios», pues también es famoso por ser el primer inquisidor de la Nueva España, labor gracias a la cual condenó a muchos indígenas por considerarlos idólatras, entre ellos a Carlos Ometochtzin, quien fue quemado vivo el 30 de



El *humanismo mexicano*<sup>4</sup> tiene una de sus raíces en el humanismo incluyente; sin embargo, si consideramos el humanismo genérico, tendríamos que concluir que su raíz primigenia es el humanismo que prevalecía y prevalece hasta hoy en muchas de las concepciones y prácticas sostenidas por los pueblos originarios de México.

### PRIMERA RAÍZ DEL HUMANISMO MEXICANO

El origen de nuestro humanismo mexicano puede ser hallado en las concepciones del mundo y la vida sostenidas por los pueblos originarios en su vida cotidiana, a través de sus len-

---

noviembre de 1539 en la Plaza Mayor de la Ciudad de México. Además, Zumárraga es conocido por haber destruido miles de códigos aztecas. Su caracterización de humanista, desde nuestro punto de vista, queda sumamente cuestionada.

<sup>4</sup> Quien acuñó el concepto de *humanismo mexicano* fue el filósofo Rafael Moreno Montes de Oca (1922-1998). Sus escritos, de 1956 a 1985, fueron compilados en forma póstuma por Norma Celia Durán Amavizca en el libro *El humanismo mexicano. Líneas y tendencias*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1999

guajes, costumbres y formas de entender la vida en esta tierra durante más de 500 años.

De acuerdo con Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, en *El pasado indígena*, «el hombre ya estaba presente en nuestro país hace 35,000 años»<sup>5</sup>, pero las diferencias empezaron a gestarse hace 7,000 años con la domesticación del maíz. Luego se fueron conformando diversas áreas culturales hasta llegar a la que se conoce como Mesoamérica. En esta última sobresalió la dominada por los mexicas, quienes se encontraban en la cumbre del poder cuando llegaron los conquistadores españoles. Fue por ello por lo que éstos convirtieron a México-Tenochtitlan en el centro a partir del cual se fue dominando todo el territorio. Sin embargo, en Mesoamérica surgieron muchas y muy importantes culturas, como la maya, la olmeca o la tolteca, entre otras; aunque fue en México-Tenochtitlan donde se encontraron documentos que fueron claves

---

<sup>5</sup> Alfredo López Austin, *El pasado indígena*, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 19





para el entendimiento de sus cosmovisiones. Probablemente, tendríamos hoy una visión más completa si sus códices y documentos no hubieran sido objeto de destrucción por parte de los colonizadores, quienes efectuaron estos actos para sustituir la cultura indígena por la hispanocristiana.

Durante siglos, la cultura indígena fue sometida a múltiples deformaciones y fue hasta el siglo XX que comenzaron a desvelar sus formas de pensar y actuar originales. Uno de los más importantes investigadores de nuestros antepasados fue el gran historiador Miguel León Portilla (1926-2019), quien publicó, en 1956, la primera edición de su libro *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, el cual ha sido traducido a múltiples

lenguas. En esta obra, como en muchas otras, León Portilla realiza no sólo traducción de los códices y toda una labor hermenéutica de interpretación de la concepción del mundo de los mexicanos, sino también las reflexiones de los sabios (*tlamatinime*), entre los que sobresalen Ayocuan Cuetzpaltzin, Tochiuhcintzin Coyolchiuhqui o Nezahualcōyotl (1402-1472), nacido en Texcoco en 1402, y quien dejó un poema en el que hace una reflexión filosófica sobre la condición del hombre:

*¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?*

*No para siempre en la tierra:  
Sólo un poco aquí.*

*Aunque sea de jade, se quiebra,  
aunque sea de oro, se rompe,*

*aunque sea plumaje de quetzal, se desgarrá.*

*No para siempre en la tierra:  
sólo un poco aquí.*

Los estudios que se han hecho a partir de la década de los sesenta del siglo pasado, han permitido un rescate antropológico del pensamiento, la vida y las costumbres de los pueblos originarios, así que podemos decir que toda su cultura es una raíz esencial del humanismo mexicano, como lo es también otra cultura poco estudiada en nuestro país, la africana, que requiere todavía una investigación similar.

## SEGUNDA RAÍZ

Durante la Colonia predominó, en los hechos, la opresión en contra de los indíge-





nas; sin embargo, existieron sacerdotes que se opusieron a esta situación y abogaron por un trato más humano, influidos por filósofos como Erasmo de Róterdam y Tomás Moro<sup>6</sup>. Dentro de los humanistas coloniales que tuvieron una obra importante, se suele citar a Vasco de Quiroga (1470-1565), fundador de los hospitales de pueblo e influido por la obra de Tomás Moro; sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), quien no sólo fue una escritora y filósofa fuera de serie (véase, por ejemplo, su *Primero sueño*), sino también una defensora de la mujer («hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin saber que sois la ocasión de lo mismo que culpáis»), y quien ofreció su vida por cuidar a los enfermos de una epidemia que azotó a la Ciudad de México; sus biógrafos la llamaron *el Fénix de América* y la *Décima Musa*.

<sup>6</sup> Véase Mauricio Beuchot, *Historia de la filosofía en el México colonial*, Herder, Barcelona, 1996

Otro ejemplo de humanismo incluyente fue el llevado a cabo por los jesuitas, quienes habían sido expulsados de América por el rey Carlos III, en 1767. Entre éstos tuvo un lugar especial Francisco Javier Clavijero (1731-1787), quien publicó en 1780 su libro *Historia antigua de México*, en donde exalta la cultura y civilización indígenas para rebatir así la idea que se tenía en Europa de que los pueblos originarios de América se encontraban en el salvajismo. Desde mucho antes, en el viejo continente se había desarrollado una ideología eurocéntrica cuyo objetivo era sostener la inferioridad de los conquistados para pretender legitimar su dominio.

En suma, lo que ocurrió en el fondo fue la imposición de una cultura totalmente distinta a la preexistente. La colonización implicó un cambio de lenguaje, religión y costumbres; sin embargo, como hemos dicho, los pueblos originarios contaban con una tradición milenaria y, por tanto, muchos de ellos resistieron hasta la actualidad, lo cual no deja de ser un fenómeno destacable<sup>7</sup>. Pero como todos

<sup>7</sup> En la actualidad, se hablan 68 lenguas indígenas en México. Las más frecuentes son náhuatl (22.4 %), maya (10.5 %) y tzeltal (8.0 %). De cada 100 personas de tres años y más que ha-

sabemos, ocurrió también el mestizaje, que tuvo como consecuencia la mezcla de muchas expresiones culturales.

## ORÍGENES DE LA TERCERA RAÍZ: LA INDEPENDENCIA

Tenemos entonces una raíz indígena y otra que proviene de algunos frailes que durante la Colonia se posicionaron a favor de sus derechos. Pero a principios del siglo XIX se originó el movimiento de Independencia. En efecto, a partir de la invasión de las tropas de Napoleón a España, en 1808, se presentó la posibilidad de la independencia de las colonias latinoamericanas y en especial de México. En torno a este momento histórico, Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón fueron representantes señeros del humanismo mexicano. Ambos tuvieron una importante influencia de los filósofos de la Ilustración francesa<sup>8</sup>. Hidalgo (1753-30 de julio de 1811) no sólo inició la Guerra de Independencia, sino también declaró la abolición de la esclavitud y de los privilegios en Gua-

blan alguna lengua indígena, 12 no hablan español (INEGI, 2022).

<sup>8</sup> Véase Luis Villoro, *El proceso ideológico de la Revolución de Independencia*, UNAM, México, 1983; también, Adolfo Sánchez Vázquez, *Rousseau en México*, Grijalbo, México, 1969





dalajara. Por su lado, Morelos también tuvo una intervención destacada en la Guerra de Independencia, pero además organizó el Congreso del Anáhuac, en Chilpancingo, Guerrero, en 1813, en donde pronunció su discurso inaugural denominado *Sentimiento de la nación*, en cuya redacción colaboró Miguel Quintana Roo. Gracias a este documento, en 1814 se declaró la primera constitución de México, en Apatzingán, en la cual fue declarada la soberanía popular bajo la influencia de la filosofía de Juan Jacobo Rousseau.

## LA CONSOLIDACIÓN DEL HUMANISMO MEXICANO

A partir de ese momento se desató una lucha sobre la forma social y de gobierno que adoptaría la nueva nación. Se confrontaron los conservadores, que deseaban mantener las estructuras sociales de la Colonia, frente a los liberales, que querían construir un país que se pareciera a los desarrollados en Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Éste fue un proceso en que florecieron una serie de creaciones artísticas, literarias, filosóficas y culturales que conformaron el humanismo mexicano. Este humanismo ha luchado desde sus orígenes hasta la actualidad en contra de las tendencias deshumanizadoras y, al mismo tiempo, a favor de la consolidación de un México soberano e independiente.

## LA LUCHA POR LA NACIÓN

En la época de la guerra entre liberales y conservadores, en el siglo XIX destacó una de las figuras más trascendentales de nuestro país: Benito Juárez (1806-1872), un indígena zapoteca que demostró no sólo una voluntad de superación impresionante, sino una inteligencia superior y un gran patriotismo. Es un pilar del humanismo mexicano.

En el siglo XIX también destacan humanistas como Ignacio Ramírez, *El Nigromante* (1818-1889); Guillermo Prieto (1818-1897); Ignacio Manuel Altamirano (1854-1893), quien fue un escritor, jurista y diplomático que luchó por la educación primaria gratuita; Gabino Barreda (1818-1881), quien ubicó con claridad el momento histórico en que vivía el país a partir del triunfo de los liberales; y Justo Sierra (1848-1912), historiador, político y autor de una obra muy amplia en la que destacan dos obras fundamentales, *Juárez, la vida y su tiempo* y *La evolución del pueblo mexicano*. Sierra fue secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, así como fundador de la Universidad Nacional de México. Su subsecretario fue Ezequiel A. Chávez, quien también tuvo una obra destacada y fue rector de la Universidad Nacional de México. Además, Sierra también alentó la fundación del Ateneo de la Juventud, espacio en el que al correr de los años figuraron artistas como Manuel M. Ponce, escrito-

res como Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, pintores como Diego Rivera y filósofos como Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña.

Antonio Caso (1883-1946) fue un filósofo que formó numerosas generaciones de jóvenes que a la postre destacarían en diversos ámbitos; así mismo, publicó una amplia obra en la que sobresale su ensayo titulado *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. En 1933, Caso tuvo una fuerte polémica con Vicente Lombardo Toledano en torno a la implantación de la educación socialista y la autonomía universitaria<sup>9</sup>.

Por su lado, José Vasconcelos (1882-1959), escritor y filósofo muy conocido, fue creador de una amplia obra filosófica, histórica y política, pero también fue un elogiado visionario que impulsó la creación de la Secretaría de Educación Pública e impulsó las misiones alfabetizadoras. Así mismo, con el correr de los años, dio su apoyo al nazismo y desarrolló un acendrado hispanismo, por lo cual fue sumamente criticado en ciertos sectores. Como vemos, puede decirse que tuvo un lado humanista y otro antihumanista. No hay que olvidar, además, que Vasconcelos dio plena libertad para que los muralistas posrevolucionarios (Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco) dejaran plasmadas sus grandes obras que contribuyeron a enriquecer el humanismo mexicano.

Hay que recordar que, en 1947, Diego Rivera retrató a 100 personajes de la historia de México y a él mismo como niño, en su obra conocida como *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*. En ella, la figura central es la *Catrina*, quien aparece del brazo de José Guadalupe Posada, acompañada de Manuel Gutiérrez Nájera, José Martí (cubano), Frida Kahlo, Benito Juárez, sor Juana Inés de la Cruz, Hernán Cortés, Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Ricardo Flores Magón y muchos otros que conforman el tapiz de la historia de México.

Entre los pensadores citados, sobresalen también, por su contribución en el desarrollo de la cultura mexicana, el filósofo Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), de origen dominicano, que publicara importantes obras sobre la cultura latinoamericana, como *Seis ensayos en búsqueda de nuestra expresión*, y Alfonso Reyes (1889-1959), autor de diversas obras entre las que figuran *Visión de Anáhuac*, *Cuestiones estéticas*, *Con la X en la frente*.

En la dimensión de la lucha social tiene un lugar central la Revolución Mexicana de 1910, que surgió como un movimiento del pueblo en contra de la dictadura de Porfirio Díaz. Aquí hay que destacar la lucha de Ricardo Flores Ma-

<sup>9</sup> Véase al respecto mi libro titulado *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*, Conarte/Facultad de Filosofía y Letras-UANL, México, 2005. Hay acceso libre en [www.cefiibe.org](http://www.cefiibe.org)

gón, quien fue un valiente opositor a la dictadura<sup>10</sup>. Sobre los precursores de la Revolución Mexicana se puede consultar el ensayo de Vicente Lombardo Toledano, *El sentido humanista de la Revolución Mexicana*.

En este movimiento, en su fase armada, sobresalen las figuras de Emiliano Zapata y Francisco Villa, y destaca como momento cumbre la promulgación de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Con la conclusión de su fase violenta, que arroja un saldo final de un millón de muertos, sobrevino una nueva lucha por el poder y un largo debate en torno al cumplimiento de los prometidos derechos sociales.

En la década de 1930 hay que destacar la obra soberanista del general Lázaro Cárdenas, quien expropió el petróleo, dio acogida al exilio español, fortaleció el Estado mexicano y luchó en contra del nazismo. En la filosofía, por su parte, sobresalía en esos años la obra del filósofo michoacano Samuel Ramos (1897-1959), titulada *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicada en 1934. En ella analiza la psicología del mexicano y las corrientes filosóficas que influyen en la cultura nacional. Esta obra fue muy debatida, entre otras cosas, porque habló del «complejo de inferioridad del mexicano»<sup>11</sup>, tema que sería retomado a finales de los años cuarenta por el grupo de jóvenes filósofos denominado El Hiperión, integrado por Ricardo Gue-

rra, Joaquín Sánchez McGregor, Fausto Vega, Jorge Portilla, Luis Villoro, Emilio Uranga y Leopoldo Zea. Todos ellos eran discípulos del filósofo transterrado José Gaos<sup>12</sup>. Este movimiento se interesó por definir al mexicano y lo mexicano desde la filosofía, aspecto en el que destacan las obras de Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano* (1952); *Fenomenología del relajo*, de Jorge Portilla; *Conciencia y posibilidad del mexicano*, de Leopoldo Zea, y *Los grandes momentos del indigenismo en México*, de Luis Villoro.

En el periodo del surgimiento del grupo Hiperión (1949-1952) se publicaron también obras de carácter psicológico sobre el mexicano, como las de Santiago Ramírez, y el importante trabajo de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*. Además, como parte de la tradición del humanismo mexicano, podríamos citar a poetas como Manuel López Velarde y José Gorostiza; novelistas como Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela, José Revueltas, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Agustín Yáñez y Carlos Fuentes; en las ciencias sociales, grandes humanistas como Pablo González Casanova (1922-2023)<sup>13</sup> y filósofos como Luis Villoro (1922-2014)<sup>14</sup>; pero también científicos y compositores (Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, José Pablo Moncayo) que han enriquecido extraordinariamente nuestra tradición humanística.

Después del gobierno de Lázaro Cárdenas, sobrevino un cambio de política en el Estado mexicano determinada, entre otras cosas, por la recomposición global resultante del fin de la Segunda Guerra Mundial, después de la cual nuestro país quedó ubicado como parte de la

zona de seguridad de los Estados Unidos de América, al mismo tiempo que mantuvo el presidencialismo, el estado de bienestar y un modelo de partido único que tuvo como consecuencia la corrupción de la clase política y la ausencia de una verdadera democracia, clima que generaría un escenario de descontento social cuya expresión culminante sería el movimiento estudiantil-popular de 1968, el cual reivindicó las libertades democráticas y se enfrentó a la represión efectuada por el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, quien el 2 de octubre de aquel año ordenó la matanza de la Plaza de Tlatelolco<sup>15</sup>. Este clima prosiguió hasta el gobierno de José López Portillo, quien después de una profunda crisis originada por la inestabilidad petrolera, pasó la estafeta presidencial a Miguel de la Madrid para así comenzar con el periodo de aplicación de las políticas neoliberales que estuvieron vigentes durante los próximos 36 años, lo que implicó el desmantelamiento del Estado benefactor y el traspaso de los bienes públicos a manos privadas<sup>16</sup>.

En otras palabras, el capitalismo había encontrado una salida a la crisis de 1929 mediante la transferencia de las necesidades sociales al Estado; pero en la década de los ochenta, se consideró que el Estado ya no podía sobrellevar dicha carga y, por tanto, convirtió a los bienes públicos en bienes privados. La consecuencia fue la polarización de la riqueza y pobreza en el ámbito internacional y nacional. En México, por ejemplo, se mantuvo la corrupción del Estado,

<sup>10</sup> Véase el estudio sobre Flores Magón de Claudio Lomnitz, *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, ERA, México, 2016. También, el libro de Armando Bartra, *Magón, un anarquista en la Revolución Mexicana*, publicado por el FCE, México, 2022

<sup>11</sup> Sobre este tema, Ramos aclaró que no consideraba que el mexicano fuera inferior, sino que el mexicano tenía un sentimiento de inferioridad al proponerse metas que en las actuales circunstancias no eran alcanzables. A este respecto, sostuvo que la educación tenía un papel fundamental. Mejor analizado, el tema del complejo de inferioridad lo podemos encontrar en el ensayo de Raúl Páramo Ortega, «El trauma que nos une», publicado en la revista *Dialéctica* que puede verse en [www.cefilibe.org](http://www.cefilibe.org)

<sup>12</sup> José Gaos (1900-1969) fue un destacado filósofo que se exilió en nuestro país a raíz de la derrota de la República Española, en 1939. Publicó una obra muy extensa y una de sus aportaciones fue el análisis de la filosofía mexicana.

<sup>13</sup> Autor, entre otros libros, de *La democracia en México* (1965) o *Sociología de la explotación* (1980).

<sup>14</sup> *Los retos de la sociedad por venir* (2007).

<sup>15</sup> Véase *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, así como otros libros que ha publicado la muy destacada escritora sobre diversos movimientos sociales.

<sup>16</sup> Esta estrategia económica, política e ideológica fue planeada por el filósofo Friedrich von Hayek y el *think tank* conocido como Mont Perelin Society. A partir de los años ochenta, sus principales impulsores en el mundo fueron Ronald Reagan, entonces presidente de los Estados Unidos, y Margaret Thatcher, primera ministra de Gran Bretaña.



pero se acompañó de la apertura de las fronteras a las compañías transnacionales y la dependencia de la economía con respecto a los Estados Unidos y Canadá, mediante un Tratado de Libre Comercio. Como respuesta a la implementación de este nuevo modelo, el primero de enero de 1994 surgió la rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

La implantación del neoliberalismo en nuestro país implicó, entre otras cosas, la creación de una nueva identidad llamada «América del Norte», misma que significó el abandono de la tradicio-

nal unidad de México con los países latinoamericanos. Con ello, el humanismo mexicano dejó de ser cultivado y fue sustituido por la lógica de la globalización. Sin embargo, con la llegada en 2018 de un nuevo gobierno en México, este modelo neoliberal dejó de aplicarse para dar paso al resurgimiento de nuestro humanismo. Esto a pesar de la resistencia de los sectores conservadores que dominaron el país durante más de tres décadas a través de los gobiernos del PRI neoliberal y del PAN, quienes mantuvieron y profundizaron esa estrategia hoy en crisis.

Por todo eso, la nueva situación del país, caracterizada por el gobierno de la Cuarta Transformación, representa una importantísima oportunidad de revertir el modelo neoliberal y sus consecuencias negativas, lo que significa la necesidad de acompañar la nueva transformación por una nueva estrategia humanista que, desde luego, debe implicar una justa distribución de la riqueza y el establecimiento de una auténtica democracia. Eso significaría dar un nuevo paso hacia la concreción de nuestro humanismo mexicano.



# La fuerza transformadora del humanismo mexicano

Blanca Montoya

El humanismo es una aproximación filosófica que se centra en el qué, el cómo y el para qué de la existencia humana. Si bien desde el punto de vista académico (que en occidente es eurocéntrico) se sitúa su origen en la Europa renacentista del siglo xv, la reflexión del ser humano sobre sí mismo ha ocurrido desde la antigüedad en todas las regiones del orbe y en sus diversas creencias. El confucianismo<sup>1</sup>, el budismo<sup>2</sup>, el islamismo<sup>3</sup>, el cristianismo<sup>4</sup>, los socráticos<sup>5</sup> y los prehispánicos americanos<sup>6</sup> refieren en sus doctrinas la creación, capacidades, socialización, política y moral del ser humano, así como los atributos que lo distinguen de los demás seres vivientes.

## LA HERENCIA CULTURAL DE NUESTRO HUMANISMO

La cultura de México en Mesoamérica se inicia hace 4,000 años. Es el enjambre de varias civilizaciones: la olmeca, considerada la cultura madre, la mixteca, zapoteca, maya, teotihuacana, tolteca y azteca-mexica. Esta riqueza cultural incluye

---

<sup>1</sup> AA. VV., *Confucio. El nacimiento del humanismo en China*, Fundación La Caixa, Barcelona, 2004

<sup>2</sup> Juan Manuel Corral Maldonado, *El ser humano a través del budismo*, Prezi, 2013

<sup>3</sup> Julio Gerardo Martínez, «El islam: su concepción del derecho y los derechos humanos», en *Anuario de la Facultad de Derecho*, España, 1989, p. 345-368

<sup>4</sup> Tatiana Wilmer Diestro, *La concepción del hombre en el cristianismo*, Prezi, 2014

<sup>5</sup> Carlos González, «El concepto del hombre en la filosofía», en *Humanitas. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos*, 1977, p. 29-44

<sup>6</sup> «El origen del hombre en los mitos aztecas: cosmogonía azteca», en *Cultura Azteca*, 2018



escritura jeroglífica, saberes en agricultura, arquitectura, ingeniería, astronomía, matemáticas, hierbas medicinales, enterramientos, religión, organización social, economía, política, administración pública, educación, estrategia militar, deportes, desarrollo artístico y diversidad lingüística. México es una nación pluricultural con una concepción humanística que le permitió resistir y luchar por su existencia con valores morales y espirituales a lo largo de su historia.

La cultura prehispánica mesoamericana conceptualiza al ser humano desde una cosmología en la que su origen y supervivencia están integradas al universo y la naturaleza. Según Everardo Lara, los pueblos del Anáhuac, inspirados en la réplica del universo, crearon una organización colectiva fundamentados en su concepto matemático-astronómico, es decir, el orden y origen del universo les proporcionó un principio jerárquico reflejado en su organización social y política, economía, ciencia, filosofía, ofrendas y ritos ceremoniales<sup>7</sup>.

Del mismo modo, en el imaginario indígena de América del Sur existen mitos que comprenden la existencia humana dependiente de la Pachamama, en el que *Pacha* es el universo-naturaleza-mundo, y *mama*, madre. Se concibe así que la humanidad debe cuidar a la Pachamama para que les provea de buenas cosechas para seguir viviendo. Los pueblos originarios mesoamericanos, por su parte, identifican la esencia y el ciclo vital del ser humano con el maíz dentro de un complejo mítico e histórico: dejan de ser nómadas cuando siembran el maíz, mismo que se convierte no sólo en su alimento fundamental sino en la base cultural de sus sociedades. El cultivo del maíz dio lugar a la observación de las lluvias y las sequías y a la creación

del calendario. De acuerdo con Lara, la cosmovisión mesoamericana parte de tres elementos: un patrón de subsistencia basado en técnicas del cultivo de maíz, una tradición compartida por los agricultores del territorio y una historia común que hizo posible la formación de la tradición a lo largo del tiempo.

El *Popol vuh*<sup>8</sup>, libro sagrado de la cultura maya, cuenta que los dioses formaron nuestros cuerpos y huesos con masa de maíz<sup>9</sup> <sup>10</sup> y su supervivencia depende de nuestras alianzas con los otros. Maíz significa lo que sustenta la vida. En agradecimiento, el ser humano aprendió a labrar la tierra y a darle vida con la siembra del maíz. La identidad con el maíz va más allá de su naturaleza biológica, es la base de su cultura y ésta no es variable, sino bastión de su existencia.

Los nahuas de la Sierra Negra de Puebla consideran que el consumo de maíz es uno de los elementos que distinguen a los humanos de los no humanos, pues mediante éste se crean cuerpos que, entre otras cosas, se diferenciarán por su estabilidad o falta de ella, porque su materia va fabricándose mediante una serie de acciones realizadas a lo largo de toda la vida<sup>11</sup>. Por su parte, los nahuas de Pahuatlán, en la parte occidental de la Sierra Norte de Puebla, consideran que el maíz, más allá de ser base de la subsistencia, constituye uno de los motivos mediante los cuales concebimos y nos relacionamos con el mundo<sup>12</sup>. En

<sup>8</sup> Adrián Recinos (trad., introducción y notas), *Popol vuh. Las antiguas historias del Quiché*, FCE, México, 1993

<sup>9</sup> Alberto Vázquez, «El maíz y el hombre: ¿quién inventó a quién?», en *The Huffington Post*, 2017

<sup>10</sup> Nicolás Chan Chuc, «El maíz: esencia de lo que fuimos, somos y seremos», en *Centro Geo*, México, 28 de septiembre de 2022

<sup>11</sup> Laura Romero, *Niñez, transformación y consumo de maíz entre los nahuas de la Sierra Negra de Puebla*, Universidad de las Américas-Puebla, México 2021

<sup>12</sup> Eliana Acosta Márquez, «Cuando el maíz es Itkontlakuali: el "dueño de la comida". Un acercamiento



cuanto a los ch'oles, en Chiapas, el maíz como símbolo de identidad juega un papel importante en la reproducción de la vida espiritual y material y, por tanto, es un alimento sagrado. Se autodenominan milperos, es decir, cultivadores de este grano. Llevan a cabo procesos que transmiten y socializan los conocimientos relativos a esta práctica cultural y las actividades de aprendizaje intracomunitario y familiar son espacios idóneos para la supervivencia de conocimientos culturales y educativos que pasan de generación en generación<sup>13</sup>.

La economía de los pueblos originarios es uno de los componentes más complejos de su cosmología en relación con entidades asociadas a un poder y a un dominio específico que puede estar vinculado con el agua, el sol, la tierra, el aire, los animales, las plantas o el maíz, en donde éstos no son una mercancía sino parte de la civilización. Uno de los relatos mexicanos cuenta que los dioses crearon a un hombre y a una mujer que deberían labrar la tierra y que de ellos nacerían los macehuales, quienes también tendrían que trabajar por y para ésta. Los

to a la economía ritual de los nahuas de Pahuatlán, Puebla», en *Cuicuilco*, núm. 60, mayo-agosto, 2014, p. 223-238

<sup>13</sup> José Bastiani-Gómez, «El maíz, símbolo de identidad cultural en los ch'oles. Una aproximación pedagógica», en *Revista Ra Ximhai*, vol. 4, núm. 2, mayo-agosto, 2008, p. 235-245

<sup>7</sup> Everardo Lara González, *El origen de México desde su matemática y tradición, en peligro de extinción*, Cámara de Diputados, México, 2020

gobernantes debían ser humildes, pues estaban por debajo de los gobernados en tanto tenían que llevarlos a cuestras, guiarlos y no echarlos a perder; por su parte, los gobernados tenían que cumplir con normas fundamentales que los hacían seres sociales responsables de su comunidad. La idea central expone que lo valioso de los seres humanos está en los servicios que puedan prestar. La mentira, el robo y la traición eran prácticas antisociales. En el caso de los indígenas de Bolivia, también se incluye el no ser flojos. El humanismo de la época prehispánica tiene dentro de los valores humanos el ser un constructor al servicio de su comunidad y al cuidado de la naturaleza, animado por un sentimiento de igualdad plasmado, por ejemplo, en un poema otomí de Serafín Thaaïroyh-yadi, que dice: «Somos granos de maíz de una misma mazorca, somos una sola raíz de un mismo camino»; y por amor al prójimo, en aquel poema atribuido a Nezahualcōyotl: «Amo el canto del zenzontle, pájaro de cuatrocientas voces, amo el color del jade y el enervante perfume de las flores, pero más amo a mi hermano, el hombre».

El humanismo renacentista fue un movimiento intelectual que propuso romper con la idea de que Dios es el centro del universo y con las tradiciones escolásticas medievales para colocar ahí al ser humano, retornando así a la cultura grecolatina. Esta doctrina antropocéntrica se opuso a la teocéntrica y privilegió la dignidad, racionalidad, libertad, autonomía y

capacidad de los seres humanos para transformar la historia y las sociedades, ponderando así sus valores éticos. Sus fundadores, Erasmo de Róterdam, Tomás Moro y Francesco Petrarca, entre otros, exaltaron las cualidades y las virtudes propias de la naturaleza humana que podrían darle un sentido racional a la vida; además, promovían el conocimiento y la igualdad estudiando la relación humana con el mundo.



Cuando los españoles invaden las tierras mexicanas, en 1519, sometieron violentamente a sus habitantes al Reino de España. Tenochtitlán cayó y surgió la Nueva España. Los invasores no nos consideraron humanos, sino bárbaros mercedores de los más brutales castigos, condenados a la esclavitud o al exterminio. Los frailes Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga fueron los encargados de la evangelización, pero ellos tuvieron otra percepción sobre las cualidades de los indígenas y exaltaron sus virtudes e inteligencia. En sus escritos defendían su dignidad, se oponían a la idea de su salvajismo y al robo y maltrato del que eran objeto. Ade-

más, negaban que hubiera razas superiores.

Vasco de Quiroga llegó a la Nueva España en 1531 y se sintió horrorizado por la situación en la que se encontraban los indígenas, por ello, se opuso a la esclavitud y mostró su amor por éstos. En 1532, inspirado en la utopía de Tomás Moro y en la idea del amor al prójimo del cristianismo, fundó el pueblo hospital de Santa Fe para atender a los indios en la Ciudad de



México. Éste contaba con cocina comunitaria, casa cuna, hospedaje a viajeros, clínicas, escuelas, unidades multifamiliares e instalaciones religiosas. En 1537, Vasco de Quiroga fue designado obispo de la Diócesis de Michoacán y aprovechó la oportunidad para construir otro pueblo hospital similar al de la Ciudad de México, al que llamó Santa Fe de la Laguna. Los habitantes de esta región vivían continuas revueltas por las múltiples vejaciones que sufrían por parte de los españoles, fue por eso que Vasco de Quiroga les propuso formas de organización en las que se respetaban y se conservaban las costumbres, tradiciones y políticas tarascas. Ahí todos contribuían al bien común, aunque se privilegiaba a los enfermos, pobres, discapacitados y viudas. Todos y todas aprendían a trabajar en el campo, aprendían al menos dos oficios de diversa índole y se mantenían unidas las familias. Había maestros y maestras de técnicas artesanales y con ellos se fundó una escuela para niñas. En aquel entonces y gracias a estas medidas, la región logró un desarrollo sustentable, ya que producían los alimentos que consumían, fabricaban artesanías que vendían en los pueblos vecinos, generaban empleos y disfrutaban de una buena economía. El respeto a los usos y costumbres y a la diversidad de lenguas de los pueblos purépechas, nahuas, otomíes, pirindas, pames, cuitlatecos y mazahuas que ocupaban el territorio del obispado de Vasco de Quiroga proporcionaron una vida digna e interesante. Es ésta una de las experiencias en las que se unieron lo mejor de los valores humanos de las etnias indígenas con los del humanismo cristiano español.

En resumen, el humanismo mexicano es la conjunción de los valores humanos de la cosmogonía indígena (en la cual labrar la tierra, el servicio a la comunidad, el cuidado de la Pachamama, la sustentabilidad, la igualdad concebida en la identificación con el maíz y las alianzas con los otros en la vida cultural comunitaria construían al mundo) y el humanismo renacentista, en el cual la racionalidad, libertad, autonomía y la ética podían transformar las sociedades. En términos ideológicos actuales, podría decirse que el humanismo mexicano se enmarca en el pensamiento de izquierda.

## LA FUERZA TRANSFORMADORA DEL HUMANISMO MEXICANO

El humanismo mexicano fue la inspiración y el motor de las luchas de los héroes que comandaron las transformaciones históricas de nuestra patria: la Independencia, la Reforma, la Revolución y esta Cuarta Transformación por la que transitamos, a la que hemos llamado explícitamente humanismo mexicano.

Miguel Hidalgo, José María Morelos y los insurgentes, hombres y mujeres, lucharon por la independencia del co-

lonialismo español y por la abolición de la esclavitud; Benito Juárez, por la justicia, la libertad de culto y la soberanía; Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa y demás revolucionarios y revolucionarias, por la democracia, el derecho a la tierra, la libertad, la educación y el trabajo digno que una dictadura negaba a mexicanos y mexicanas. Estos movimientos insurreccionales tuvieron que recurrir a las armas y los surcos de la tierra mexicana se anegaron de sangre. En la Cuarta Transformación, sin embargo, se lucha pacífica y democráticamente en contra de un conservadurismo plagado de corrupción, que bajo los cánones del neoliberalismo otorga la riqueza a unos cuantos, despojando a las mayorías de los derechos constitucionales que se habían alcanzado en las transformaciones anteriores y que se abocó a la entrega de los recursos nacionales a extranjeros. En el fondo, las cuatro transformaciones han luchado por los mismos ideales dentro de su contexto histórico: libertad, justicia, igualdad, soberanía, honestidad, responsabilidad y respeto a los derechos humanos, entre otros principios morales. Sin la riqueza cultural de nuestros pueblos originarios que han resistido a las invasiones, los saqueos, explotación, corrupción y al ataque neoliberal, no hubiésemos podido librar la lucha que estamos dando.

Durante 300 años, los invasores trataron de eliminar la civilización prehispánica, demolieron edificaciones y sobre ellas construyeron catedrales y obras coloniales. La invasión española, según Miguel León-Portilla, «alteró profundamente la cultura indígena y trastocó de modo particular sus formas de saber tradicional y los medios de preservación de sus conocimientos religiosos, históricos y de otras índoles»<sup>14</sup>. El uso de la fuerza bruta, la agresión sistemática, incluso el genocidio, instrumentaron un poder colonial que mediante la explotación, el despojo, la violencia y el crimen, intentó desaparecer la cultura documental, el pensamiento, idiomas y vida de los antiguos mexicanos y mexicanas. Por todo ello, según nuevamente León-Portilla, hubo quema de libros pictográficos y destrucción de templos y efigies de dioses a los cuales no se podía siquiera mencionar. Ante semejante situación, los pueblos originarios llevaron a cabo un proceso de sincretismo mediante el cual la cultura española se asimiló, adaptándola a prácticas indígenas.

Durante la época colonial se crearon mentalidades que incorporaron la idea de que los pueblos originarios estaban conformados por salvajes y que los invasores de piel blanca, fenotipo europeo, religión monoteísta y capacidad de dominio eran superiores. Se instituyó el sentido común de que nos trajeron la civilización, la cual impusieron a hierro y fuego. La

<sup>14</sup> Miguel León-Portilla, *El destino de la palabra: de la oralidad a los códices mesoamericanos, a la escritura alfabética*, FCE, México, 1996, p. 13

población indígena fue mermada, no sólo por los crímenes de los colonizadores, sino por las enfermedades que trajeron; de ahí que éstos tuvieron que traer a hombres y mujeres negras de África para hacerlas esclavas. Con estos criterios, más el poder económico que aumentaban con el saqueo y el robo de los recursos naturales y minerales del territorio invadido, se conformaron clases sociales piramidales: la clase dominante, compuesta por la población blanca; después los indígenas y, finalmente, los negros africanos. La mezcla de estos grupos dio lugar a castas entre las que se han identificado cerca de 16 combinaciones distintas: negros, mulatos e indígenas tenían el último lugar en cuanto a derechos, luego estaban los mestizos y después los españoles, siendo superiores los peninsulares, quienes estaban por encima de los blancos nacidos en América, aún más si poseían títulos nobiliarios de la monarquía europea. Es decir, dentro de la estructura económica, social y política, los blancos ocupaban los puestos privilegiados, los mestizos estaban en posiciones intermedias (aunque el color de la piel influía en el tratamiento que se les daba), los indios eran explotados y habrían de pagar tributo y los negros eran esclavos sin derecho alguno. Así se engendró profundamente el racismo y el clasismo que aún prevalece entre los sectores conservadores de las sociedades modernas.

En este contexto, la resistencia indígena significó no sólo soportar dichas pérdidas, sino rebeliones constantes que poca difusión han tenido y no han sido debidamente registradas por la historia. Según un artículo de Pablo Moctezuma Barragán, desde 1537 muchos indígenas fueron ahorcados y descuartizados por rebelarse. A partir de este momento siguieron muchos otros alzamientos: en 1540, los zapotecos; luego los cazcanes, quienes quitaron la vida al conquistador Pedro de Alvarado, en 1541;

en 1561, los zacatecos y huachichiles; en 1570, los cuachiles; y al año siguiente, los chichimecas; en 1584, los pueblos de Río Fuerte; en 1590, los acaxeos; en 1600, los guasaves; en 1602, los negros de Orizaba, quienes comandados por Yanga se liberaron; en 1608 y 1622, los yaquis; en 1616 y 1618, los tepehuanes; en 1639, en Yucatán; de 1650 a 1652, los tarahumaras; y así muchas otras sublevaciones<sup>15</sup>. En el siglo XVIII también hubo constantes levantamientos, entre ellos cabe mencionar los de algunos pueblos indios de Jalisco en contra del despojo de tierras, los cuales fueron relevantes para el proceso de conformación de una clase campesina asalariada<sup>16</sup>. Éstos y otros sucesos antecedieron a la primera transformación que Miguel Hidalgo, José María Morelos, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo, Josefa Ortiz de Domínguez, Ignacio López Rayón, Leona Vicario y Hermenegildo Galeana, entre muchos otros, iniciaron en 1810, exigiendo la independencia, la abolición de la esclavitud y la igualdad que expresa Morelos en su célebre documento conocido como los *Sentimientos de la Nación*, base de la primera Constitución de México, de 1814.

La lucha por la independencia fue sangrienta, especialmente para indios y mestizos, ya que fueron ellos quienes pusieron los muertos, pues aunque muchos criollos simpatizaban con la insurgencia, su motivación fundamental no era la libertad y la justicia, sino la posibilidad de tomar las riendas y conservar las prácticas imperiales; por ello, al consumarse la independencia, en 1821, se nombró un emperador mexicano, Agus-

tín de Iturbide, y sólo hasta 1824 México se convirtió en república con la asunción del primer presidente, Guadalupe Victoria. De cualquier forma, es importante mencionar que fue el conservadurismo de españoles y mexicanos, imbuidos de racismo y clasismo, lo que los llevó a exhibir la cabeza de Hidalgo en la plaza de Guanajuato durante diez años, sólo como escarmiento. La lucha insurgente tuvo la fuerza pluricultural de mexicanos y mexicanas que a pesar de una colonización de tres siglos preservaron sus valores, tradiciones e identidad fundamental, el maíz.

Pero después de la independencia los grupos conservadores continuaron con la explotación de los pueblos y el proceso de apropiación de las tierras; asimismo, se mantuvo intacto el poder de la Iglesia y la gobernanza de los blancos. En este contexto, en 1829 se eligió a Vicente Guerrero, hijo de afromexicano e indígena, como presidente de la República. Sin embargo, su gobierno sólo duró ocho meses, pues a pesar de los importantes avances de su proyecto popular, los conservadores lo declararon incapaz para ejercer su función y lo fusilaron en 1831. Fue entonces que se inició una época de caos político, económico y social que dominaría la vida de México durante largos años. En 1833, Antonio López de Santa Anna se convirtió en presidente por primera vez, y Valentín Gómez Farías, vicepresidente, aunque tras la ausencia de Santa Anna para combatir rebeliones en el norte del país, Gómez Farías asumió la presidencia e impulsó una serie de reformas que buscaban limitar el poder de la Iglesia y los militares. Ante esta situación los conservadores se apresuraron a exigir que Santa Anna regresara a ocupar su puesto, para así derogar las reformas progresistas y destituir a Gómez Farías.

De 1836 a 1853, México enfrentó la pérdida de la mitad de su territorio durante la Primera Intervención France-

<sup>15</sup> Pablo Moctezuma Barragán, «En la Colonia: unión de negros e indígenas fortaleció rebelión», *ContraInicia*, México, 2022

<sup>16</sup> José Rojas Galván y José Coss y León, «Despojo, resistencia y represión. Revueltas indígenas en el real de minas de Bolaños (Virreinato de la Nueva España), 1734-1783», en *Revista Humanidades*, vol. 10, núm. 1, 2020



sa (1838), la invasión de Estados Unidos (1846) y la dictadura de Santa Anna, quien fuera repetidamente presidente hasta su destitución en 1854, cuando la Revolución de Ayutla le arrebató definitivamente las riendas del gobierno mexicano. Tan sólo un año antes, en 1853, Santa Anna había tomado la determinación de desterrar a un abogado indígena zapoteca de nombre Benito Juárez, quien había sido diputado y gobernador de Oaxaca. Este hombre, ya de regreso en México y unido a la Revolución de Ayutla, sería nombrado ministro de Justicia y junto a otros liberales, como Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Ignacio Ramírez, José María Mata, José Santos Degollado, Guillermo Prieto y

Francisco Zarco, redactaría la Constitución de 1857, en la que se plasman los ideales que transformarían la estructura social, económica y política de México, buscando consolidar un Estado republicano y laico.

Cuando en 1858 Juárez se convirtió en presidente de la República, la resistencia conservadora a los cambios prometidos desató una guerra civil de tres años entre conservadores y liberales, quienes se enfrentarían a cárcel, destierro y múltiples vicisitudes. Era un nuevo enfrentamiento del pueblo mexicano frente a las lacras colonialistas que se habían inoculado en nuestra sociedad desde los tiempos de la Nueva España. Tras la guerra, cuando entraba Juárez

triumfante en la Ciudad de México, en 1861, pronunciaría aquella importante frase que nos sirve de inspiración hasta nuestros días: «Con el pueblo todo, sin el pueblo nada», lo que marcaba con claridad los principios políticos de los liberales mexicanos. Mientras tanto, los grupos conservadores continuaban en sus empeños, y en 1862 se coaligaron con las fuerzas extranjeras que iniciarían una nueva intervención militar y política, la cual lograría imponer en nuestro país, en 1864, un gobierno imperial encabezado por el austriaco Maximiliano de Habsburgo, quien tras recibir el apoyo de la élite católica se convirtió en emperador del II Imperio Mexicano, al mismo tiempo que Juárez encabezaba la resis-



tencia con el apoyo de amplios sectores populares y construía un gobierno itinerante paralelo al gobierno colonial, lo que le permitiría enfrentar a los franceses y sus aliados mexicanos hasta alcanzar derrotarlos, lo que ocurriría en el año de 1867. Esta victoria y el fusilamiento final de Maximiliano de Habsburgo, en Querétaro, marcaría la victoria definitiva de la Segunda Transformación de México, la Reforma.

Después de la muerte de Juárez, cuando era presidente de la República Sebastián Lerdo de Tejada, apareció en el escenario político un hombre fundamental de la historia nuestro país, Porfirio Díaz, quien tras la rebelión de 1876 logró hacerse del gobierno de México, lugar que mediante engaños y traiciones no abandonaría durante los próximos 34 años. Era el inicio de la última dictadura de nuestra historia. Bajo este nuevo poder conservador, el pueblo mexicano perdería el rumbo democrático y la soberanía, al mismo tiempo que el racismo se fortalecía (muestra de ello son las pretensiones de exterminio de los pueblos yaquis) y el clasismo encontraba cobijo (prueba de ello es el afrancesamiento de las élites y el entreguismo político y económico a los grupos extranjeros); asimismo, la corrupción, la falta de libertad de expresión y la represión militar fueron prácticas perennes.

Sin embargo, pese a este escenario adverso, el pueblo mexicano, asentado en su cultura secular, continuó luchando con el liderazgo de hombres y mujeres impulsores del humanismo mexicano. Los hermanos Ricardo, Jesús y Enrique Flores Magón, por ejemplo, comenzaron a publicar en 1900 el periódico *Regeneración*, en el que denunciaban la corrupción del gobierno y el Poder Judicial. En 1901, los hermanos Flores Magón convocarían al Congreso Liberal con el fin de organizarse en contra de la dictadura, lo que les valdría la persecución, la cen-

sura, la cárcel y el exilio, pues se vieron obligados a huir, en 1904, a los Estados Unidos. Ya en el destierro, en 1905, el magonismo fundó la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, presidida por Ricardo y abocada a coordinar a los liberales de México y Estados Unidos. En 1906, se publicó el Programa del Partido Liberal Mexicano, donde se establecían algunas propuestas económicas, políticas y sociales como la no reelección, la obligatoriedad de la educación básica gratuita, la jornada laboral de 8 horas, el salario mínimo y la necesidad de reparar tierras de cultivo para los campesinos. Todo esto hace de aquel Programa un antecedente inmediato de la Revolución Mexicana.

En este contexto de crítica y lucha popular, Díaz llevaba a cabo una brutal represión social cuyos ejemplos más conocidos son las huelgas de la mina de Cananea, en Sonora (1906), y en la fábrica textil de Río Blanco (1907), en Veracruz. Por todo ello, en 1910 dio inicio la Revolución Mexicana bajo la promoción de Francisco I. Madero y con el apoyo de líderes políticos como Emiliano Zapata, quien exigía tierra y libertad, y Francisco Villa, quien luchaba por la reivindicación de obreros y campesinos y abogaba por educación y protección de niños, niñas y mujeres. Todo esto es una muestra del espíritu humanista que estuvo siempre presente en la lucha revolucionaria, y frente al cual la reacción de los conservadores porfiristas provocaría el mayor derramamiento de sangre con sus sucesivas traiciones, la principal de ellas la de Victoriano Huerta, quien en 1913 asesinaría a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez, interrumpiendo así el orden democrático y empujando al país a un nuevo periodo de guerra civil que implicaría, primero, la derrota final de los usurpadores, para después dar paso al enfrentamiento de las diversas facciones revolucionarias.

Esta etapa terminaría con la victoria del bando constitucionalista, el inicio de la presidencia de Venustiano Carranza y la promulgación de la Constitución de 1917, misma que sería resultado de un proceso constituyente que convocaría a todas las facciones políticas y militares de la revolución. Sin embargo, también implicaría una época de desacuerdos y traiciones, lo que llevaría al asesinato de Zapata, en abril de 1919; del propio Carranza, en 1920; de Villa, en 1923, y de Álvaro Obregón, en 1928. Con todas estas contradicciones, que no invisibilizan los avances alcanzados, se alcanza de manera definitiva el triunfo de la Revolución Mexicana y con ella el triunfo de la Tercera Transformación.

De 1926 a 1929, una nueva irrupción de los grupos conservadores provocaba el inicio de la Guerra Cristera, la cual enfrentaría a los grupos revolucionarios con conservadores católicos, quienes se oponían a las leyes anticlericales promulgadas durante el gobierno de Plutarco Elías Calles (1924-1928). En 1934, por su parte, el general Lázaro Cárdenas era electo presidente, y su mandato traía consigo la consolidación de transformaciones exigidas por las fuerzas revolucionarias: el reparto agrario y la consolidación de nuestra soberanía, lo que se logró en parte con la consumación de la expropiación petrolera el 18 de marzo de 1938. Frente a esto, la reacción conservadora buscaría nuevas formas de organizarse políticamente, lo que llevó a la creación del Partido Acción Nacional, en 1939, como mecanismo de oposición frente a cada una de las medidas nacionalistas y revolucionarias impulsadas por el Partido Nacional Revolucionario y por el Partido Revolucionario Institucional, como se le conocería a partir de 1946.

Durante décadas, los gobiernos del nacionalismo revolucionario darían, cada uno a su manera, solución a algunas de las demandas que habían pro-



vocado la Revolución Mexicana, con el marco jurídico de la Constitución de 1917. Pese a ello, los sucesivos gobiernos priistas se fueron corrompiendo paulatinamente, lo que muchas veces provocó la censura, la debilidad de nuestro sistema político-electoral y con ello la persecución de luchadores sociales y estudiantes que en distintas épocas intentaron rebelarse y asumir posturas críticas, pero fueron reprimidos y muchas veces asesinados y desaparecidos.

### HUMANISMO FRENTE A LA BARBARIE NEOLIBERAL

Fue a principios de la década de 1980, como parte de un fenómeno social de dimensiones globales, que los conservadores mexicanos abrazaron el neoliberalismo, modelo social, político y económico fundado en la desigualdad y opresión de las mayorías, al mismo tiempo que promueve el racismo y el clasismo que son siempre característicos de las élites. Fue en este momento que, en 1988, el pueblo de México buscó elegir





democráticamente una propuesta con dimensión social que recuperara los viejos valores revolucionarios, pero se enfrentó a las corruptas estructuras políticas del priismo que funcionaban ya, en su mayoría, en favor del modelo neoliberal, lo que permitió el desarrollo de un fraude electoral que llevó a la presidencia a Carlos Salinas de Gortari, cuya presidencia espuria dio inicio formal al establecimiento del neoliberalismo en México. A partir de entonces, el PRI neoliberal y el PAN comenzaron una coalición política implícita que gobernó el país durante 36 años, llevando a cabo el mayor saqueo que el país haya registrado en toda su historia independiente. Su apoyo fueron siempre los medios de comunicación hegemónicos, pues éstos ayudaron a configurar en toda la escala social mentalidades que aceptaran el sistema depredador; se sirvieron para ello de técnicas de persuasión que el nazismo había impulsado y probado décadas antes.

Mientras esto ocurría, quienes conservaron una ideología en favor del pueblo, propia del humanismo mexicano, se aglutinaron alrededor de organizaciones políticas de izquierda. Primero, en 1989, se fundaría el Partido de la Revolución Democrática, cuyo objetivo era continuar con el cumplimiento de los ideales revolucionarios de 1910 y que enfrentaría la persecución de las organizaciones neoliberales. Durante su existencia, antes de corromperse y ser cooptado por los partidos conservadores, el PRD registró el asesinato de más de 600 militantes. En 2005, las fuerzas humanistas fueron impulsando poco a poco una revolución de conciencias alrededor de la figura y liderazgo de Andrés Manuel López Obrador, quien tras los sucesivos fraudes electorales de 2006 y 2012 se convertiría paulatinamente en el dirigente nacional de un movimiento pacífico de fuerte espíritu humanista. Hecho que, pese a intentarlo, los neoliberales no pudieron evitar ni con el baño de sangre que promovieron a partir del gobierno espurio de Felipe Calderón, quien convirtió al país en un auténtico narcoestado caracterizado por la violencia y las masacres, el robo de recursos por nacionales y extranjeros, el aumento de la corrupción y el establecimiento de un claro sistema de privilegios en favor de la oligarquía. Aun en este escenario, el pueblo siguió organizándose, movilizándose hasta lograr el anhelado despertar de conciencias.

En las elecciones de 2018, López Obrador ganó la presidencia de la República con amplia mayoría. El proyecto de nación obradorista está abocado a acabar con la corrupción, el racismo y el clasismo, a atender primero a los pobres e ir desmantelando el neoliberalismo, lo que significa procurar el desarrollo y el bienestar, defender la soberanía, los recursos naturales y la democracia. Mucho se ha avanzado en este sentido. La Cuarta Transformación, como llamamos nosotros a este proceso de transformaciones que venimos impulsando, es entonces una

expresión más del humanismo mexicano que ha demostrado siempre, durante las tres transformaciones que aquí hemos narrado, promover un actuar solidario, con un claro sentido comunitario frente a las catástrofes, y que se expresa lo mismo al impulsar formas de gobierno populares que dando asilo al extranjero perseguido por su gobierno u obligado a abandonar su tierra como consecuencia de la guerra. Este espíritu humanista nos llama también al respeto de nuestra soberanía, a auxiliar a los migrantes y a generar oportunidades que eviten que nuestros hermanos se vean en la obligación de migrar a los Estados Unidos.

El humanismo mexicano ha sido bastión *sine qua non* de nuestras transformaciones en beneficio de la patria; es estafeta de la riqueza cultural ancestral, ésa que alimentó la primera transformación de nuestro país y que subsiste en los planes, programas y proyectos que actualmente vivimos en la 4T que impulsamos. Es por eso que debemos defenderlo como fundamento ideológico de nuestro movimiento, comprenderlo como núcleo ético-político del gobierno y la transformación que impulsamos, porque de ello depende la capacidad que tendremos de dar continuidad y profundidad a esta nueva época que iniciamos en 2018 y que aún tiene un futuro promisorio por delante.





# Razones del humanismo mexicano

Adrián Velázquez Ramírez

En las reflexiones en torno al humanismo mexicano noto una asimetría en los términos que se discuten. Mientras que resulta bastante claro a qué se aspira con la reivindicación del humanismo, su identificación como *mexicano* resulta menos evidente. Incluso hay quienes señalan que, debido a la lógica universalista propia del humanismo, no tendría mucho sentido delimitarlo a un ámbito nacional, por lo que su caracterización como mexicano resultaría superflua cuando no llamadamente contradictoria. Este argumento arrastra, sin embargo, algunos sesgos que han hecho que el humanismo clásico haya funcionado como la cara amable de algunas de las más cruentas atrocidades de nuestro tiempo.

Como nos recuerda Franz Hinkelammert, «toda la colonización del mundo se realizó en nombre de intervenciones humanitarias». En efecto, en su formulación clásica, el humanismo encontró en la abstracción de las diferencias entre los grupos humanos todo su potencial, pero también todas sus limitaciones. Pues si bien esto permitió reivindicar la dignidad de la persona más allá de toda distinción cultural, de género, étnica o de clase, también ocultó e invisibilizó importantes vínculos que arraigaban lo humano a un grupo específico. Al hacer *tabula rasa* de lo humano, cualquier vínculo que uniera al individuo con su comunidad era sospechoso de servir como grillete de las cadenas de subordinación. La liberación se confundió con individualización y la expansión de un único modelo civilizatorio a todos los pueblos del mundo. No es éste un sesgo menor, pues muchas veces esos vínculos gregarios resultaban fundamentales para la propia emancipación de los sujetos implicados. Debajo de las nobles intenciones de este humanismo abstracto se escondió la legitimación de una violencia sin precedentes.

Clarificar, entonces, el vínculo entre el humanismo y lo mexicano resulta clave para no reeditar las mismas fallas del pasado.

### TESTIMONIO DE UNA PROMESA

La idea de un humanismo mexicano no implica la reivindicación de posturas xenófobas ni negar que México es parte de una comunidad internacional con la que mantenemos fuertes e innegables vínculos. Mucho menos debe impedir reconocer que en la nación mexicana coexisten una diversidad de grupos y culturas con idiosincrasias propias y que los propios imaginarios de la nación han cambiado a lo largo del tiempo. Lo mexicano no es aquí el signo de una exclusión, ni de una ficticia homogeneidad, sino de la promesa de una integración respetuosa de las diferencias.

Hablar de un humanismo mexicano tiene sentido en la medida en que intenta elevar a lo más alto del pensamiento los rasgos propios de una comunidad que, con la complejidad de su historia e incluso con sus contradicciones, forma parte del acervo cultural del mundo. Lo humano es, en efecto, una condición universal, pero ésta siempre se manifiesta de forma concreta, singularizada en los diversos pueblos y comunidades que habitan el mundo y que no son otra cosa que iteraciones de la dignidad humana.

Como expresión de una comunidad concreta, el humanismo mexicano lleva la marca de las experiencias de esa sociedad, sus tradiciones y la historia de las luchas que intentaron hacer de la justicia el principio rector de la organización social. De manera que no es casualidad que haya sido en el marco de la profunda crisis social en la que nos sumergió el neoliberalismo, que se haya dado la convocatoria a pensar una doctrina que ponga la dignidad en el centro de la convivencia colectiva. Hacía falta reinstalar la promesa de justicia y darle una orientación filosófica específica a un movimiento que ha sido capaz de convocar a todos los que coinciden en esa búsqueda.

Como proyecto total de sociedad, el neoliberalismo se empeñó en disolver todo vínculo con lo común, imponiendo al individuo-consumidor como único principio de realidad y única racionalidad válida. Todo lo que valía la pena en el mundo debía convertirse en mercancía, pues el mercado era la mejor manera de hacerlo circular y de definir quién sí y quién no puede acceder a ellas. Pero aún después de casi cuatro décadas en la que el neoliberalismo intentó moldear nuestra convivencia, persistieron los emblemas de la comunidad. Debilitada, saqueada, violentada, la nación siempre encontró valientes portavoces, hombres y mujeres que no cesaron en señalar el agravio, la injusticia y la indiferencia ante la realidad en la que vivían las grandes mayorías populares.

En medio de la devastación colonial, intérpretes como Bartolomé de las Casas o el *Tata* Vasco de Quiroga abogaron por la dignidad natural de los indígenas y señalaron que aquélla convertía en aberrante algunos aspectos de la estructura colonial, como el trabajo forzado y el comercio de gentes. Pero no se trataba sólo de mostrar compasión, sino de reconocer lo bello de su arte, lo noble de sus tradiciones y, sobre todo, su capacidad para conducir sus asuntos comunes, es decir, su predisposición para la política y la democracia.

El humanismo mexicano trata entonces de reconocer lo humano en las diferencias y no a pesar de ellas. Esta necesaria actualización del humanismo clásico es también el resultado de un proceso de aprendizaje. Para usar un ejemplo de nuestra propia historia, este aprendizaje puede esclarecerse en las diferencias que existen entre la reforma agraria propuesta por Ponciano Arriaga a mediados del siglo XIX y la que surgió de la lucha revolucionaria de 1910. El célebre potosino identificó bien que sin tocar la distribución de la tierra la emancipación del pueblo mexicano sería imposible, pues, en efecto, «ese pueblo no puede ser libre, ni republicano, y mucho menos venturoso, por más que cien constituciones y millares de leyes proclamen derechos abstractos, teorías bellísimas, pero impracticables en consecuencia del absurdo sistema económico de la sociedad»<sup>1</sup>.

Para poner remedio a esta situación, Arriaga tomaba el modelo de pequeña propiedad y proponía extenderlo a todo el territorio nacional. Ello implicaba acabar con el latifundio, pero también con la propiedad comunal de los núcleos agrarios, indígenas y campesinos, quienes debían abandonar sus formas de organización para convertirse en individuos propietarios de sus parcelas. La solución al problema del reparto de tierras quedaría postergada varias décadas más, y cuando por fin llegó su hora ésta adoptaría una modalidad diferente que motivó la participación de estas comunidades en el movimiento popular de la Revolución Mexicana. En efecto, el reconocimiento constitucional de la propiedad comunal marcaba que el reparto agrario se debía hacer reconociendo la forma de vida y organización de estas comunidades y no haciendo *tabula rasa* de ellas.

Por eso, cuando proponemos una «modernidad forjada desde abajo» es porque rechazamos de manera tajante la imposición de un único modelo de civilización. Por el contrario, se reivindica un proyecto de nación que, respetuoso de la diversidad de formas de vida que se anudan en la nación mexicana, trace una organización que permita el goce común de

<sup>1</sup> Ponciano Arriaga, «Voto particular sobre el derecho de propiedad», en Enrique Martínez y María Isabel Abella (eds.), *Obras completas*, vol. IV. *La experiencia nacional 2*, DDF/Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, México, 1992, p. 271-272



los grandes beneficios que nos ofrece nuestra contemporaneidad, sin que ello signifique sacrificar nuestra identidad y tradiciones. Tiene sentido hablar de un humanismo propiamente mexicano, pues representa la búsqueda por construir un camino propio, una rama singular en el heterogéneo árbol de la historia universal.

## EL SECRETO DE LA NACIÓN

La reivindicación del carácter mexicano de nuestro humanismo no resulta superflua ni demagógica; por el contrario, señala al sujeto concreto que empuña las banderas de la justicia y la fraternidad. Negar la centralidad que tiene para nosotros pertenecer a esta «comunidad de comunidades» que llamamos México nos impide conectar con el principio fundamental del cual se desprenden consecuencias políticas importantísimas para nuestro movimiento, pues la pertenencia mutua a esta comunidad es lo que nos convoca a buscar formas de organización más justas y a establecer la solidaridad con los más humildes como principio de convivencia para así asegurar que todos los grupos sociales vivan en condiciones de dignidad.

Sobre la nación se ha dicho y escrito mucho. Cierta tendencia común progresista ha tendido a ver en ella el eco diferido del Estado o bien una simple coartada ideológica para disimular los conflictos de clase. Sin embargo, con estas explicaciones quedan en la obscuridad amplios fenómenos que son apresuradamente clasificados como parte de la superstición de las masas. Argumento que, no sin cierta pedantería, sólo busca justificar la existencia de una vanguardia presuntamente ilustrada capaz de explicarle a la masa la verdadera esencia de su explotación. La historia de la nación mexicana nos revela, sin embargo, una mayor complejidad en torno a la formación de una conciencia nacional. A los procesos de construcción *desde arriba* se les debe sumar la fuerza creativa del pueblo y sus procesos de apropiación, traducción y sincretismo que determinan un proceso imposible de controlar desde el Estado y sus instituciones. También los movimientos populares que recurrieron sinceramente a los símbolos patrios en su afán de lucha nos muestran que el amor a la nación ha sido factor de avance y progreso.

¿Cuándo empieza la nación mexicana? ¿Cuáles son los hechos que la precipitan? Son preguntas que deberán responder los historiadores. Para nosotros, lo importante aquí es que ese nombre señala la existencia de un grupo que se concibe como un *nosotros* y que en consecuencia asume la necesidad de actuar como conjunto articulado. Por cierto, la conciencia de la necesidad de actuar como un grupo y buscar la concordia de fuerzas, no quiere decir que nación signifique unanimidad, sino simplemente que existe una voluntad de encarar juntos

un mismo destino que, por compartido, nos obliga a dirimirlo colectivamente y en apego a los valores democráticos.

Una comprensión que no sea condescendiente a los sentimientos y el espíritu del pueblo resulta clave para entender al humanismo mexicano. Reparemos un momento en una de las frases fundamentales que nos organizan como movimiento y que marca el fruto más noble del humanismo mexicano: «Por el bien de todos, primero los pobres». Esta frase —que tiene el enorme mérito de sintetizar lo que en realidad es una compleja postura frente a la vida en común— merece que nos detengamos un poco en ella. ¿Por qué sería que el bienestar de un sector de la sociedad puede presentarse como interés general? ¿De qué está hecho ese vínculo que hace que el destino de los más humildes se convierta en índice del progreso de la sociedad como un todo?

La respuesta a estas preguntas tendría que empezar afirmando que lo que define a una sociedad son las redes de interdependencia que nos vinculan a unos con otros en una misma unidad colectiva<sup>2</sup>. La conciencia nacional es conciencia de esta mutua pertenencia que nos obliga a cuidar a todos y a todas, pues el mal de unos es el pesar del resto. Parafraseando al poeta veracruzano, Díaz Mirón, ninguna clase social podrá gozar de lo superfluo mientras otras carezcan de lo indispensable.

Desde esta perspectiva, el humanismo mexicano debe entenderse como una doctrina de la cooperación social, pues reconoce que la mutua pertenencia nos convoca para que entre todos garanticemos una vida digna a cada uno de los grupos que forman parte de la nación mexicana<sup>3</sup>. Si el nacionalismo es tan fuerte en esta tierra es porque hechos trágicos le han enseñado al pueblo mexicano las consecuencias y riesgos de la falta de unión y concordia social. La herencia funesta y persistente de la estructura colonial, invasiones extranjeras, la pérdida de la mitad del territorio, guerras civiles y, más recientemente, la expansión del crimen organizado, nos han enseñado el supremo valor de la fraterna unión. Y como la misma experiencia histórica demuestra, esa unión no puede tener otro fundamento que la justicia.

En las primeras décadas del siglo xx el constitucionalista socialista Herman Heller afirmaba que la idea de nación era el puerto del que partían las tendencias más socializantes de aquellos días. En efecto, las diferentes nacionalizaciones, que por esa época representaban una verdadera innovación social y jurídica, permitieron sacar de la lógica capitalista recursos e industrias que resultaban estratégicos para asegurar las con-

<sup>2</sup> Un desarrollo sobre esto puede encontrarse en mi texto titulado «El obrador colectivo», en *Intervención y Coyuntura*, febrero de 2022

<sup>3</sup> Adrián Velázquez Ramírez, «De la mano invisible del mercado a la solidaridad social», en *Sentido Común*, núm. 8, enero-febrero, 2023

diciones de vida de los pueblos. En muchos casos fue el Estado el que asumió la gestión de los recursos nacionalizados a través de la instalación de empresas públicas; pero, en otros, las nacionalizaciones emprendidas permitieron constituir la propiedad social y fueron comunidades o asociaciones obreras las que se encargaron de gestionarlos y poner estos recursos a disposición del común. En cualquiera de estas dos vías, la nación, en tanto expresión jurídica y constitucional de la mutua pertenencia, reclamó para sí derechos muy especiales, pues en ese *nosotros* está el mandato de velar y asegurar la vida digna a todos los grupos sociales.

Volviendo a nuestra historia y al reparto agrario, podemos confirmar la afirmación de Heller por el gran servicio que prestó la redacción del artículo 27

constitucional, en México. Con el problema del reparto de tierras en el horizonte, el Constituyente del 17 dejó asentado en aquel artículo que la propiedad *originaria* de las tierras y aguas correspondía a la nación, la cual «ha tenido y tiene el derecho de transmitir el dominio de esos bienes en favor o no de los particulares, constituyendo así la propiedad privada». La nación es el elemento que explica la propiedad privada y como tal conserva el derecho de revertir esta concesión, pues el compromiso con el bien común compromete a cumplir con obligaciones superiores en aras del bien común. La fuerza del argumento constitucional radica en que reconoce la importancia que tiene la vida en común para la validez y legitimidad del derecho y las instituciones públicas.

## EL HUMANISMO MEXICANO Y LA POLÍTICA

Recapitemos un momento. Dijimos que el humanismo mexicano expresa la toma de conciencia de los lazos de interdependencia que vinculan nuestros destinos personales a una misma suerte colectiva. Además, decíamos que, debido a esto, el humanismo mexicano es una doctrina de la cooperación social, pues el hecho de la mutua pertenencia a una misma sociedad nos convoca a unir esfuerzos para mejorar las condiciones materiales y espirituales de todos los grupos sociales, empezando por los más postergados. Dentro de este marco, la política debe ser entendida como la práctica encargada de traducir los principios del humanismo mexicano en acciones y medidas concretas.





Al ser doctrina de la cooperación, el humanismo mexicano está comprometido con la práctica política, pues no se complace con la contemplación de la realidad, sino que todo su sentido y pertinencia está enteramente determinado por la capacidad de incidir en ella, moldeando y perfeccionando la organización social para que responda a los principios de justicia, dignidad y bienestar colectivo. Desde este punto de vista, el humanismo mexicano aspira a servir como la fundamentación ética de la política, en tanto práctica que asume la responsabilidad de servir eficazmente a sus principios.

La función que viene a cumplir el humanismo mexicano es, entonces, la de servir de orientación y reflexión sobre la práctica. Ofrece, por ello, un espacio de encuentro y convergencia para las militancias que, procediendo de tradiciones y sectores sociales diversos, coinciden en su postura general. En este sentido, el humanismo no puede ser un pensamiento dogmático que demande la uniformidad de las conciencias, ni tampoco letra muerta para ser recitada ante un auditorio. El humanismo mexicano es una filosofía viva, un pensamiento en movimiento; anclado firmemente en una postura ética, pero también abierto a las exigencias que le plantea la política y su búsqueda de eficacia.

Hasta nuestros días la distribución liberal-burguesa de los saberes ha fomentado la separación entre filosofía y práctica. Separación que se sostiene en una determinada institucionalidad, aquella que recluye la filosofía al saber experto y a la lógica de los diplomas y certificados. El humanismo mexicano tensiona esa distribución al asumirse como un saber intelectualmente vigoroso, pero consciente de que la única manera de cumplir con sus objetivos es hacerse cuerpo en el pueblo, pues sólo así puede acompañar su movimiento.

Si se quiere establecer un vínculo entre filosofía y práctica, es decir, entre humanismo mexicano y política, hay que estar consciente de que esto no ocurrirá en el vacío y que hay que establecer los lugares para ello y propiciar los momentos de encuentro. Desde luego no será fácil, pues la política es siempre energía telúrica y deja poco lugar para la pausa. Al ser acción colectiva, requiere organización y disciplina para instrumentalizar las decisiones. La reflexión sistemática, la discusión de ideas, por el contrario, suelen demandar calma e implica coquetear con la duda y arriesgarse a la ponderación. La tendencia a la fragmentación de los saberes corre con ventaja, pero de lograr una articulación adecuada entre ambos momentos saldremos fortalecidos.

### LAS TAREAS DE LA MILITANCIA

Del papel que aspira a cumplir el humanismo mexicano dentro del movimiento se derivan dos tareas primordiales para la militancia, sobre las cuales deberíamos profundizar y reflexionar: organizar y representar<sup>4</sup>.

La organización es la infraestructura de la política y casi todos los problemas sociales pueden ser abordados como problemas de organización. Por ello, es necesario que nuestra militancia asuma su papel como agente que favorezca la organización libre del pueblo. La comunión de intereses y objetivos entre grupos comunes —ya sea por habitar un mismo lugar o profesar una misma profesión o por tener un determinado interés temático o de activismo— presta un enorme servicio al movimiento. Si el humanismo mexicano nos demanda asegurar la cooperación social con ciertos principios éticos, cuanto más organi-

zado esté el pueblo más fácil será hacer inteligibles esas demandas, reivindicaciones y agendas. La organización popular es el órgano sensible del movimiento, pues nos permite estar presente en los territorios y saber cuáles son las necesidades y anhelos de todos los que confían en que este movimiento puede ser la herramienta de transformación que mejore su realidad.

Para que cumplan con este papel, las organizaciones del pueblo deben converger en el movimiento, pero también tener cierto grado de autonomía, pues sólo así podrán asegurar su legitimidad y liderazgo como parte orgánica de sus comunidades o sectores. Para la dirigencia política y para quienes quieran ocupar puestos de representación, esto implica una constante labor de diplomacia y de acercamiento. De nada nos servirá alentar procesos de organización popular si luego nuestros representantes no se toman el trabajo de tomarlas en cuenta en las tareas de gobierno ni logran hacer llegar su agenda a las instancias en las que se toman decisiones.

Para quienes asuman la tarea de dirigencia o representación debe estar muy claro este permanente acercamiento que deben tener con las organizaciones populares. Su tarea es ensayar puntos de síntesis y proyección que permitan que los intereses de las grandes mayorías se traduzcan en decisiones de Estado con efectos vinculantes. Por supuesto que este proceso no es automático, quienes asuman como dirigentes deben saber cuándo negociar y cuándo ser intransigentes; cuándo conciliar, pero también enfrenar y vencer resistencias. Estas tareas sólo pueden realizarse con eficacia si se construyen puntos de encuentro; el humanismo mexicano, como doctrina y orientación del movimiento, puede ofrecer ese espacio de convergencia, diálogo y reflexión conjuntos.

<sup>4</sup> Para otro abordaje sobre estas tareas, ver «La política en el movimiento nacional y popular», en *Sentido Común*, México, 10 de febrero, 2023

# La radicalidad de nuestro humanismo

## HISTORIA DE UN CONCEPTO FUNDAMENTAL DE LA FILOSOFÍA MEXICANA

Xóchitl López Molina

Una de las críticas recurrentes a los especialistas en filosofía es que no hemos realizado esfuerzos significativos para abordar problemáticas nacionales. Lamentablemente, esta afirmación devela el desconocimiento de la labor de un grupo sólido de académicos que, desde hace tiempo y en diversas universidades del país, han dedicado tiempo y esfuerzo al estudio de la filosofía mexicana, corriente en la que hemos dedicado especial atención al humanismo mexicano, considerado uno de sus temas fundamentales. Su enfoque no sólo representa una valiosa contribución al ámbito filosófico, sino que también se propone comprender y abordar las realidades y desafíos específicos de nuestra sociedad.

El humanismo no surgió en México con la llegada de los europeos a América, ya que encontramos un fuerte sentido de humanismo entre los pueblos originarios, especialmente mexicas y mayas, quienes incorporaron en su pensar aspectos humanistas significativos. Al explorar este concepto, descubrimos que va más allá de lo que conocemos como humanismo clásico, de modo que para comprenderlo es crucial examinar su origen, surgimiento y las diversas manifestaciones del humanismo. Con frecuencia, por ejemplo, se sostiene que el humanismo surgió durante los siglos XIII, XIV y XV como una reacción en contra del ámbito religioso, pero esa es una visión simplista, pues la división entre lo humano y lo religioso no es tan fácil de identificar, y tampoco es adecuado sostener que lo humano es intrínsecamente positivo y que cualquier conexión con lo religioso es negativa. El humanismo requiere una comprensión más profunda y matizada donde se reconozcan las diversas influencias.

Cuando estudiamos a profundidad la Independencia de México podemos hallar ciertos elementos que no necesaria-



mente armonizan con la narrativa convencional. Según ésta, los principales antecedentes de nuestro movimiento independentista están en la Revolución Francesa y la Ilustración inglesa, así que las ideas revolucionarias del siglo XVIII se consideran legado exclusivo de franceses e ingleses. Sin embargo, documentos escritos por frailes mexicanos procesados por la Inquisición muestran de forma explícita que ellos no seguían las ideas de Jean-Jacques Rousseau, sino a Santo Tomás de Aquino, una revelación que debe generar un debate más profundo acerca de las ideas independentistas y la manera en que surgieron los anhelos revolucionarios de la época; que nos exige retroceder en el tiempo hasta comprender mejor uno de los momentos más trascendentales de nuestra historia. Para comprender completamente este periodo necesitamos remontarnos hasta los orígenes del humanismo.

La filosofía mexicana se presenta como una tendencia dentro de la filosofía universal, preocupada fundamentalmente por los presupuestos filosóficos arraigados en México y por las conexiones a nivel nacional desde el siglo XIX, y a una

perspectiva más profunda de lo que muchos pensadores desde el siglo XVI hasta el XIX consideraban propiamente mexicano. Porque, contrario a la creencia común de que el concepto de lo mexicano se originó en el siglo XIX, es importante destacar que personajes como sor Juana Inés de la Cruz ya usaban esta noción en el siglo XVII; incluso, podríamos remitirnos a pensadores notables como Antonio Rubio (1548-1615), autor de *Lógica mexicana*, que sería estudiada por diversos intelectuales europeos, incluido René Descartes. Su título remite a los estudios de los frailes del siglo XVI, quienes decidieron denominar «mexicano» al náhuatl, lo que muestra que el concepto de *lo mexicano* tiene raíces profundas en la lengua y la cultura de los pueblos originarios.

### EVALUACIÓN CRÍTICA DEL HUMANISMO

La concepción, desde hace tiempo difundida, según la cual el Renacimiento es una época luminosa que salvó a la

humanidad es una perspectiva simplista. En realidad, existió otra faceta del Renacimiento, conocida como los *Studia Humanitatis*, que consistió en estudios sorprendentemente no igualitarios. Por eso Carmen Rovira, una de las representantes de la filosofía mexicana en la última etapa del siglo XX, insistió en la diferencia entre el humanismo renacentista italiano y el humanismo del siglo XVIII en México. Según ella, mientras el humanismo italiano quería una dignificación del hombre en abstracto (que en la práctica llevaba a establecer diferencias entre los hombres), el humanismo mexicano se enfrentó *de facto* con la existencia de un «otro» que no existía en Europa: el indígena. Esto llevó a algunos pensadores a defender una cultura que no era la propia, como el caso de los jesuitas criollos del siglo XVIII.

Lo que Rovira demuestra es, entonces, que para hablar de humanismo mexicano necesitamos remontarnos al menos hasta la ruptura del siglo XVI, la cual se produjo cuando la perspectiva del humanismo europeo (que no era una, sino muchas) llegó a México.

En este punto se tomó la decisión sobre el destino de



los indígenas, esto es, el porvenir de aquellos seres humanos (o no humanos) que se encontraban en América, una problemática que aún persiste en nuestros días y que es el origen de la discriminación y el racismo que con frecuencia aún enfrentamos en México. Sus raíces están en las concepciones del siglo XVI, las que negaban la humanidad a los indígenas, y comprenderlas nos permitirá entender por qué en la actualidad aún se cree que hay humanos diferentes a otros.

Las definiciones del humanismo son tan amplias que nos vemos en la obligación de precisarlas. Para hacerlo, podríamos comenzar analizando la historia del concepto de humanismo en Europa, pero esto implica gran complejidad debido a varios problemas. En primer lugar, enfrentamos un problema temporal, ya que no estamos hablando del humanismo en una época específica, pues lo mismo podemos centrarnos en el primer Renacimiento del siglo XIII o extendernos hasta mediados del siglo XVIII; y eso sólo si nos referimos al humanismo clásico, ya que también podríamos hablar de las tendencias humanistas del siglo XX. No es un proceso uniforme. En segundo lugar, surge el problema del espacio, es decir, la región geográfica, política y cultural donde se ubica dicho humanismo. Esta ubicación influye en los principios básicos. Por ejemplo, existen fuertes discusiones sobre las diferencias entre el humanismo italiano, la cultura francoborgoña y el humanismo en España. Finalmente, si a esto añadimos que hasta la fecha no parece haber una clara división entre el concepto de humanismo y el de Renacimiento (con todas las dificultades que eso implica), debemos ser conscientes de que enfrentamos una de las problemáticas más importantes del mundo moderno.

Es importante destacar que las visiones más reconocidas e influyentes sobre el Renacimiento, las que presentan esta época como el nacimiento de una luz que trajo la verdad al mundo, fueron moldeadas en gran medida por Jacob Burckhardt<sup>1</sup>. Su concepción sostiene que el Renacimiento marca el principio de la Edad Moderna, caracterizada por el individualismo, el descubrimiento del hombre y la naturaleza, la liberación de la religión y la moral vinculada dogmáticamente a la Iglesia, así como con la creación de un nuevo sentido de belleza inspirado por el arte clásico. Para Burckhardt, el hombre renacentista es un individuo desenfrenado y orgulloso, irreligioso y amoral, un ser dotado de prepotente individualidad, una humanidad que se siente superior y se ha hecho superior en el bien y en el mal. Para él, el hombre del Renacimiento es el iniciador de una modernidad que lucha contra la barbarie medieval.

Sin embargo, no podemos olvidar que Jacob Burckhardt es un autor del siglo XIX que nos ofrece una interpretación

del humanismo en el siglo XIII. Es decir, estamos recibiendo una interpretación de una época por parte de un alemán de otra época que intenta dar forma a un Renacimiento, sólo para terminar afirmando: «Nosotros somos herederos de estos renacentistas, nosotros tenemos esta verdad». Esto nos obliga a reflexionar sobre quién se beneficia de que creamos en la narrativa del Renacimiento como un renacer glorioso del hombre y del individuo como fundamento de la sociedad. Es crucial entenderlo, porque hay un claro intento de establecer, por parte de un alemán, la superioridad de su propia cultura, lo que a su vez nos debe llevar a cuestionar su objetividad y universalidad o, como decían Enrique Dussel y otros pensadores latinoamericanos, su concepción eurocéntrica del mundo.

A cierta Europa le resulta conveniente promover una interpretación del pasado que la coloca como heredera de esa idea renacentista y de ese principio luminoso en contra de lo medieval. Por eso es muy importante tener precaución, pues los que conquistaron América, desde la perspectiva alemana, fueron los «feos», es decir, los hispanos medievales, y no hay que olvidar el conflicto que pesa en Alemania y en otras partes de Europa con respecto al poderío económico y político que España ostentó durante siglos. La manera de desafiar esa superioridad era deshaciéndose de su cultura, presentándola como ignorante y salvaje. Nosotros, en México, somos herederos de esa cultura, de modo que es necesario ser cuidadosos con esas narrativas, atentos a reflexionar sobre la veracidad de lo que nos han transmitido y dispuestos a asumir nuevos enfoques en donde, según los hechos, los medievales y lo medieval no aparecen como seres infantiles, desprovistos de valor y sumidos en la oscuridad.

En México, la apuesta está en comprender algo sencillo. Si los principales líderes independentistas fueron teólogos y sacerdotes, ¿por qué seguir considerando la Edad Media como un periodo oscurantista? Es una narrativa que no se ajusta a los hechos, pues la parte más radical del pensamiento en México, durante el siglo XVIII, estaba arraigada en la Iglesia. Teólogos y sacerdotes abrazaban y nutrían ese pensamiento radical, vinculado a un principio fundamental que se halla en el pensamiento cristiano. Por eso, en contra de ciertas interpretaciones de la historia, debemos explorar nuestra identidad mexicana para descubrir que, en el amplio desarrollo del catolicismo, no todo en éste fue negativo, e incluso es posible encontrar católicos que sacrificaron sus vidas por defender a los indios. Esa faceta fue la que retomaron durante el movimiento independentista.

Burckhardt es un hijo de la época iluminista, cuyas metáforas que remiten a luz y sombra dan paso a una interpretación de la historia dividida en antigüedad, medievo y modernidad. Desde esta óptica, el Renacimiento es la luz que recurre a la

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Jacob Burckhardt, *La cultura del renacimiento en Italia*, Akal, España, 2004



antigüedad para hacer florecer al hombre moderno, enfrentándose a una Edad Media comprendida como la época de la barbarie que mantuvo a la humanidad en un atraso absoluto. Esta interpretación ha sido causa de estigmatizaciones que invisibilizan las aportaciones del medievo, así que no es raro encontrar libros de divulgación que hacen eco de la idea burckhardtiana que presenta la Edad Media como una época romántica y cabaleresca interesantemente religiosa, pero cerrada sobre sí misma y oscura, dominada por la ignorancia y la superstición. Frente a esto, el hombre renacentista descubrió de nuevo la alegría de la vida y la libertad<sup>2</sup>.

Si queremos analizar con seriedad el Renacimiento, debemos empezar por dejar de lado aquellas viejas ideas en torno a una época «gloriosa» y comenzar por ubicar esta etapa histórica en su contexto temporal. De esta manera, cuando pensemos en el «rescate de lo humano» que se propuso durante el Renacimiento, debemos asumir que no se trataba de un rescate de *todos* los humanos, sino de un grupo específico de ellos. Por eso, para aclarar el término humanismo, algunos autores prefieren llamar a la tendencia de los *Studia Humanitatis* como el «primer humanismo» o simplemente humanismo. Estos estudios se caracterizaban por el desvelo del legado de la antigüedad, especialmente literario, que definía la tarea de los estudiosos desde el siglo XI. Sobre todo, implicaban el descubrimiento y estudio de las obras de los clásicos grecolatinos, la restitución y reinterpretación de sus textos y la interpretación de las ideas y valores que contenían.

Desde esta perspectiva, el término humanismo se origina en la voz latina *humanitas*, utilizada por Cicerón y otros autores de la época clásica para referirse a los valores culturales forjados dentro de una buena educación y cultura general. Sin embargo, hay que notar que fue hasta el siglo XIX cuando el término «humanismo» comenzó a designar la devoción por la literatura de la antigüedad grecorromana y los valores que de ella se generan. Aun cuando la palabra *humanitas* apareció en el siglo XIV para referirse a quien estudiaba la literatura clásica, su equivalente en español, «humanista», no apareció hasta mediados del siglo XVI con significados similares.

Este humanismo resaltaba el estudio de la lengua y las artes clásicas, donde los humanistas eran los profesores de los estudios liberales que abarcaban historia, poesía, retórica, gramática, todo ello agrupado bajo el término de filosofía moral. Esos profesores de filosofía moral eran llamados humanistas.

Sus estudios se caracterizaban por su cultura, su dominio del latín, su aprecio por las antigüedades y su deseo de reconstrucción filológica e histórica de los textos romanos y canónicos. También se preocuparon por el método, favoreciendo la brevedad, sencillez y originalidad, al tiempo que cuestionaban la opinión común y evitaban el uso masivo de citas de autoridad.

Pero ¿quiénes eran estos humanistas? Un grupo de intelectuales que en su época tenían acceso a las traducciones, en un momento en que no existía la imprenta y los libros eran producidos por individuos recluidos en un convento, escribiendo letra por letra para reproducir una obra. Era un proceso que podía demorar años. Ahora bien, ¿quién podía permitirse pagar por esos libros? En nuestros días, sólo algunos podrían tenerlos; en ese entonces, sólo los nobles o los acaudalados comerciantes tenían el dinero suficiente para proporcionar a sus hijos ese tipo de educación. Es cuando entra en escena la naciente burguesía, pues eran los miembros de ella quienes formaban a sus hijos para convertirlos en los futuros consejeros de los reyes. Por tanto, lo que tenemos es una élite específica que estudiaba griego y latín; a diferencia de lo que ocurría entre los mexicas, donde el 100 % de los individuos estudiaban náhuatl. En Europa, menos del 10 % de la población podía leer latín, lo que demuestra que el rescate de lo humano no refería a todos los humanos (mucho menos a las mujeres, quienes en la tradición europea no entraron en el concepto de humanidad hasta el siglo XX), sino sólo a los miembros de una élite económica y política.

Guarino Veronese afirmó que sólo una educación como la proporcionada por los *Studia Humanitatis*, con un gran énfasis en el latín, era capaz de formar hombres excelentes tanto en la vida privada como en la pública. Guarino se pregunta: «Pues, ¿qué objetivo más excelente cabe concebir y alcanzar que las artes, las enseñanzas, las disciplinas que nos permiten poner guía, orden y gobierno en nosotros mismos, en nuestra casa, en la sociedad?»<sup>3</sup>. Esta cita muestra que el primer humanismo italiano buscaba formar individuos excelentes en el manejo del latín, un grupo selecto que conjuntara el amor por las letras con la dulzura del habla, la nobleza de las costumbres y el refinamiento de los modales. Con el tiempo, el humanismo se fue acercando a las personas más ilustres de la época, a aquellos con dinero e influencias prestigiosas. Se convirtió en el arte de la clase dominante, reservado para quienes podían costear una educación de calidad y buenas ediciones de libros en latín y griego. La élite recurrió a estos eruditos para elaborar escritos utilizados en el gobierno y la diplomacia.

<sup>2</sup> Es importante mencionar que pese a la recurrencia de la idea burckhardtiana, también hay autores que se asumen como defensores de la Edad Media y estudian sus aportes y contribuciones; además, muestran que el Renacimiento no es un fenómeno histórico de tipo estático. Éste es el caso de Johan Huizinga y sus obras *El otoño de la Edad Media*, Altaya, Barcelona, 1995, y *El problema del Renacimiento*, Casimiro Libros, España, 2013

<sup>3</sup> Citado por Francisco Rico, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Alianza, España, 1997, p. 35-36



Lorenzo Valla, otro autor destacado, escribió la obra titulada *Latín correcto de grado superior*. Valla describía que, a pesar de la extinción del Imperio romano, la lengua latina mantenía una fuerza política duradera. Argumentaba que el Imperio persistía donde la lengua latina impone su ley, generando una marcada diferencia entre los italianos, considerados herederos directos de Roma, y los germanos y galos, vistos como comunidades de naturaleza bárbara. Valla expresaba esta distinción de manera contundente, señalando que los italianos eran los verdaderos humanos, mientras que los demás eran bárbaros:

Grande es, por tanto, el sacramento de la lengua latina, grande es sin duda el espíritu divino que ha hecho que los extranjeros, los bárbaros, los enemigos la custodien con pía religiosidad a lo largo de los siglos, de modo que no debe ser motivo de pesadumbre, sino de alegría para nosotros, los romanos, como también de que nos gloriemos ante el orbe entero que nos escucha. Perdimos Roma, perdimos el imperio y el poder; y, sin embargo, no fue por culpa nuestra, sino del tiempo, aunque cierto es que con este espléndido continuamos reinando en gran parte del mundo<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Lorenzo Valla, «Las elegancias», en *Manifiestos del humanismo*, Península, Barcelona, 2000, p. 77-78

Esta obsesión por rescatar y preservar el latín magnífico y poderoso revela que el interés no era rescatar a todos los seres humanos, sino a un selecto grupo de poderosos. El latín excepcional se convirtió así en un distintivo de superioridad, estableciendo una jerarquía entre los que tenían el privilegio de hablarlo y los considerados menos dignos. Así, al rescatar al ser humano, no se dirigían a la humanidad en su totalidad, sino a un grupo específico.

Observemos otro ejemplo en nuestro querido Nicolás Maquiavelo, quien pertenecía a la misma época y expresaba una perspectiva similar. En su exhortación al príncipe para apoderarse de Italia, Maquiavelo rescata la grandeza de su país, distinguiéndolo como virtuoso, mientras que califica a otras naciones como bárbaras. Maquiavelo lo invita a librarse de los bárbaros pues, según dice, sus actos son vistos como productos de la ira y la violencia, por lo que advierte al príncipe:

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión, a fin de que Italia, después de tanto tiempo, vea a su redentor. [...] A todos hiede este bárbaro dominio. Tome, pues, vuestra ilustre casa este asunto, con el ánimo y la esperanza con que se toman las empresas justas, a fin de que bajo su enseña esta patria sea ennoblecida, y bajo sus auspicios se verifique lo dicho por Petrarca:

*Luchará la virtud contra la furia;  
será el combate corto:*



*pues el valor antiguo  
en los pechos itálicos no ha  
muerto*<sup>5</sup>.

Sin embargo, es en la perspectiva de Pico della Mirandola donde podemos ver la verdadera potencia del humanismo, uno en el que es el hombre el que se forja, moldea y se transforma a sí mismo:

Pero, finalmente, me parece haber comprendido por qué es el hombre el más afortunado de todos los seres animados y digno, por lo tanto, de toda admiración; comprendí en qué consiste la suerte que le ha tocado en el orden universal, no sólo envidiable para las bestias, sino para los astros y los espíritus ultramundanos. ¡Cosa increíble y estupenda! ¿Y por qué no, desde el momento en que precisamente en razón de ella el hombre es llamado y considerado justamente un gran milagro y un ser animado maravilloso? [...]

¿Quién, pues, no admirará al hombre? A ese hombre que no erradamente en los sagrados textos mosaicos y cristianos es designado ya con el nombre de «todo ser de carne», ya con el de «toda criatura», precisamente porque se forja, modela y transforma a sí mismo según el aspecto de todo ser y su ingenio según la naturaleza de toda criatura<sup>6</sup>.

El fundamento de lo humano, desde la perspectiva de los humanistas del Renacimiento, es entonces el principio de la libertad: forjarnos y modelarnos a nosotros mismos, siendo individuos libres. Es esa libertad, que nos permite errar o ser virtuosos, la que según los humanistas nos convierte en humanos.

## LA LLEGADA DEL HUMANISMO A AMÉRICA

Cuando los europeos llegaron a América trajeron dos tipos de humanismo. El que representaban aquellos que se creían todopoderosos, eruditos hablantes del latín, y los humanistas que genuinamente intentaban rescatar lo humano.

Así, entre 1550 y 1551 tuvo lugar una polémica respecto a la naturaleza del hombre americano; fue la conocida polémica de Valladolid que mostró con claridad las diversas concepciones de lo humano, pues cuando los europeos llegaron a América en 1492 se encontraron con algo que para ellos resultaba desconocido, sin nombre. Si inmediatamente hubieran nombrado a los seres del nuevo mundo como sujetos, los habrían considerado como hombres, humanos, pero para ellos eran cosas o animales. Fue un momento fundamental. Y aunque claro está que podríamos valorar negativamente a los españoles por negar el estatus de los hombres americanos, no es difícil imaginar las dudas que para nosotros significaría ver, en otro mundo, seres humanos con prácticas y culturas tan distintas a las nuestras.

Eran, pues, dos perspectivas de lo humano las que los europeos trajeron a América, fruto de dos tradiciones de pensamiento distintas. Pero habría que considerar que la decisión final en torno a cuál de las dos perspectivas se impuso no se nutrió sólo de un ejercicio racional, sino también de consideraciones políticas. En este sentido, hay que recordar que lo primero que hicieron los españoles fue poner a prueba la racionalidad de esas «criaturas», para lo cual crearon la escuela de Tlatelolco; en ella, los indígenas aprendieron latín en tres años, mientras los europeos solían aprenderlo en cuatro o cinco. Lo anterior se explica si consideramos que los indígenas educados en Tlatelolco eran los hijos de

los nobles muertos: los *tlamatinime* (los sabios del mundo mexica) y los *tlacuilos* (los que sabían escribir) habían sido asesinados, de modo que sólo quedaban sus hijos, quienes, habiendo estudiado en los calmécac, aprendieron a hablar distintos idiomas. Los mexicas, que eran conquistadores, enseñaban a los jóvenes guerreros a hablar los idiomas de los lugares que conquistaban; la suya era una comunidad poliglota. Así que cuando los españoles intentaron enseñarles latín, los indígenas lo aprendieron bien y rápido, lo que demostraba su racionalidad y el hecho de que eran tan humanos como ellos. Pero eso no convenía a la política española, así que las autoridades decidieron cerrar la escuela de Tlatelolco para evitar la enseñanza superior de los pueblos originarios.

La polémica ocurrida entre 1550 y 1551 respecto a la naturaleza del hombre americano tuvo dos protagonistas importantes: Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Ginés de Sepúlveda era el tutor de Felipe II, el hijo del rey, mientras Bartolomé de las Casas era el defensor de los indígenas. El primero argumentaba que los indios americanos (o los naturales de América, como se les llamaba en ese entonces) eran realmente animales, cuasimonos. Pero no lo afirmaba porque fuera un hombre ignorante: Ginés de Sepúlveda era un excelente traductor del griego, un erudito y uno de los más grandes humanistas de su tiempo. Su posición se fundamentaba en el hecho de que no se había podido comprobar del todo la excelencia de esas criaturas americanas, no al grado de quienes hablaban latín y seguían rigurosamente los parámetros de lo humano, que de algún modo había plasmado Aristóteles en su *Política*<sup>7</sup>.

1. Tiene que ser hombre libre. No mujer, ni esclavo, porque el hombre libre es más importante.

<sup>7</sup> Véase Aristóteles, *Política*, Gredos, España, 1988

<sup>5</sup> Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*, UACM, México, 2008, p. 283

<sup>6</sup> Giovanni Pico della Mirandola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, UNAM, México, 2009, p. 12-17







2. Debe tener política. Una política al estilo griego o español; si no, no era política.
3. Debe tener racionalidad. No cualquier racionalidad, sino la racionalidad europea.

Desde esa perspectiva, una criatura con pocas ropas, promotora de guerras como las guerras floridas, parecía un salvaje y, si lo era, era entonces un cuasimono, carente de una perspectiva realmente humana.

Ginés de Sepúlveda no era sacerdote, Bartolomé de las Casas era fraile dominico. Así que él, junto con un grupo amplio de sacerdotes, se diferenciaban tajantemente de las posturas expresadas por Sepúlveda, pues sus concepciones de lo humano eran también muy distintas. Desde su perspectiva, en el momento de la caída, es decir, el instante en que Dios expulsa a Adán del paraíso, aquel le dice: «ganarás el pan con el sudor de tu frente», nunca «ganarás el pan con el sudor de la frente del otro». Para ellos, entonces, el momento de la caída es el instante en que Dios estableció la igualdad absoluta entre todos los hombres, porque a nadie le dio la potestad para ser dueño de otro, ni siquiera para que unos fueran reyes y otros súbditos. La naturaleza del hombre, dicen estos teólogos, es una naturaleza libre e igualitaria.

La Escuela de Salamanca del siglo XVI fue heredera de este pensamiento, y gracias a ello retomó las premisas de este particular humanismo cercano al humanismo italiano, pero convertido ahora en un humanismo igualitario que al hablar de los hombres se remite no a un sector de éstos, sino a todos. Para ellos Dios no había dado la potestad, ni siquiera a Adán, de ser superior a otro, de modo que la esclavitud no era resultado de la naturaleza, sino fruto de un pacto entre los hombres. Un individuo se podía convertir en esclavo de otro, pero sólo si al peligrar su vida (ante la incapacidad de alimentarse, por ejemplo), decidía libremente someterse al dominio de otro. Puesto en términos más contemporáneos: la esclavitud era un mecanismo mediante el cual un sujeto aceptaba vender su fuerza de trabajo a otro sujeto, mediante la figura de una esclavitud que, sin embargo, era esclavitud por contrato, lo que implicaba que podía romperse.

Estos teólogos hispanos sostenían, incluso, que ningún rey, incluido Carlos V, podía reclamar para sí el dominio sobre los pueblos originarios o indígenas. Argumentaban que, dado que la esclavitud se fundamenta en un pacto social, los nativos americanos no habían decidido voluntariamente ningún contrato con el rey hispano, de modo que los monarcas europeos no podían gobernar legítimamente sobre ellos. En oposición, los líderes indígenas resultaban legítimos, pues su asunción había sido fruto de un pacto con su pueblo. Se trata de un enfoque que desafía la noción de que el poder del rey proviene directamente de Dios, al mismo tiempo que postula que cual-

quier forma de gobierno sólo es posible si es resultado de un pacto establecido con la comunidad. Dicho pacto, como resulta evidente, supone la inteligencia humana necesaria para la toma de decisiones, lo que implica sostener la racionalidad (y humanidad) de los pueblos originarios de América.

Para los teólogos de Salamanca, entonces, el hombre americano es igual a cualquier otro individuo, por eso la defensa que hacen de esta idea se basa en la posición filosófica del nominalismo, la cual critica los conceptos abstractos y sugiere que la humanidad no es un concepto abstracto, sino una manifestación individual de cada ser humano. Desde esta perspectiva, lo humano se define por las acciones de individuos concretos, y desde ahí analizamos los conceptos y definimos qué es lo humano. Desde esta postura, los indios americanos encajaron rápidamente dentro del concepto de lo humano, lo que, en términos políticos, significaba que debían ser tratados y respetados como tales.

## HUMANISMO PARA LA TRANSFORMACIÓN

La tradición del contractualismo inglés sostiene una concepción del contrato en términos individualistas, pues su objetivo es rescatar la propiedad privada: en la medida en que un individuo no es propietario de tierras, su humanidad se pone en entredicho. En cambio, los teólogos en México, que incorporaban en su pensamiento la tradición de la Escuela de Salamanca, sostenían con claridad la igualdad de todos los seres humanos; desde su posición, un indígena era tan humano como un español. Todos somos hijos de Dios y eso nos iguala y nos otorga la misma capacidad para establecer gobiernos o para destituirlos. Este humanismo fue el fundamento de la Independencia de México, y en su surgimiento influyeron muchos frailes y sacerdotes cristianos. A menudo, por ejemplo, se nos presenta una imagen de Miguel Hidalgo como un simple cura de pueblo, pero él era rector de una de las universidades más importantes de la Nueva España, el Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia, Michoacán), y como rector comprendía perfectamente la teología y estas perspectivas igualitaristas.

El humanismo mexicano es, desde sus orígenes, un humanismo radical, pues al asumir, desde su origen, la humanidad de los indígenas, dejó de ser un humanismo para una clase, de las élites eruditas, y trascendió la tradición del humanismo europeo que piensa e incluye sólo a quienes tienen tierras, a los nobles. El humanismo mexicano, fundamento de nuestras transformaciones, es un humanismo de todos y todas, y gracias a esa perspectiva teológica hemos aprendido que humanos somos todos sin importar nuestro grupo social, nivel económico o cultural. En su tiempo esa era una perspectiva radical y así lo corroboran las ideas de distintos jesuitas mexicanos del

siglo XVIII, como Francisco Javier Alegre (1729-1788), quien al pensar en la esclavitud de los africanos sostiene lo siguiente:

Los africanos no son esclavos de nacimiento, no se vendieron a sí mismos como esclavos ni fueron vendidos por sus padres, no fueron condenados a la esclavitud por ningún proceso legal, ni fueron tomados prisioneros en ninguna guerra justa. En realidad, fueron secuestrados por unas tribus belicosas y poderosas, cuya única intención fue la de vender víctimas al hombre blanco [...]. «La esclavización de ellos [...] es en absoluto injusta e inicua»<sup>8</sup>.

En ese mismo sentido, Andrés Cavo (1739-1803) sostenía que era mejor que ningún habitante del nuevo mundo se convirtiera al catolicismo y que el señorío del rey se perdiera para siempre, antes que obligar a los pueblos indígenas a lo uno o lo otro mediante la esclavitud. Por su parte, Pedro José Márquez (1741-1820) postuló un humanismo basado en las culturas indígenas «sin desdeñar [...] a los débiles o diferentes, sin distinción de lenguaje o etnicidad, un humanismo incluyente, que reconoce al otro como igual; para él un filósofo debe ser cosmopolita que se incluye como ciudadano del mundo y parte de éste»<sup>9</sup>.

Fueron estas ideas las que provocaron la expulsión de los jesuitas de México y de todas las tierras del imperio español. Los jesuitas eran radicales y defendían con fervor a la humanidad, asumiendo que a ésta la conforman todos. Ellos, desde el siglo XVIII, rescataban a los pueblos indígenas como pueblos importantes, e incluso, cuando se debatía la posibilidad de establecer una monarquía, fray Servando Teresa de Mier decía, en tono de burla: «Si buscan a alguien con sangre indígena, aquí estoy yo, nada más ni nada menos que heredero de Moctezuma». Claramente no lo era, pero era una sátira igualitarista que le permitía sostener que todos somos hijos de indígenas, por lo que cualquiera puede ser rey.

Las ideas que generaron nuestra independencia no provinieron de Europa; éstas llegaron hasta 1830 y desde los Estados Unidos. Antes que éstas tuvieron fuerza y vigencia las ideas de la Escuela de Salamanca, construidas por los teólogos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Es importante comprender este hecho, pues contrario a la creencia común, el humanismo más radical fue siempre el mexicano, promotor de una igualdad absoluta entre los hombres, sin importar la clase social

o económica. Para nuestro humanismo todos somos iguales y humanos, y aunque tras la independencia se rompió con esta perspectiva teológica, la idea de un humanismo igualitario persistió hasta el siglo XIX, XX y aún en el XXI, con filósofos contemporáneos como Ambrosio Velasco, Raúl Alcalá y León Olivé, quienes abogan por el reconocimiento político y legal de los pueblos originarios. Éste es un verdadero humanismo radical, y algo fundamental de este humanismo mexicano es que siempre ha estado enfocado hacia el republicanism, es decir, que implica un esfuerzo por rescatar a todo lo humano y a todos los humanos, con independencia de su condición política, social y religiosa.



<sup>8</sup> Arnold L. Kerson, «Francisco Javier Alegre, humanista mexicano del siglo XVIII, y la esclavitud», en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, vol. 6, 1998 p. 311-312

<sup>9</sup> Oliver Eduardo López Martínez, «Pedro José Márquez, un filósofo mexicano del siglo XVIII», en *La Jornada Zacatecas*, 16 de abril de 2018



# Moral y humanismo en la Cuarta Transformación de México

**Fernando Buen Abad**

Con sus contradicciones, toda acción política lleva en sí la filosofía real de cada sistema en que se produce. En ella están los embriones de la historia y, algunas veces, de los pueblos que han desarrollado conciencia crítica de la realidad que los rodea y conciencia proactiva sobre las tareas que tienen ante sí para transformarla. En esos embriones se identifica la sustancia en lucha de la vida moral que se requiere para una vida emancipada. No hay que tenerle miedo. Pero para algunos lo deseable es negarle a la moral todo espacio en el debate social. Les estorba porque los incomoda. No pocos tienden a la ridiculización negacionista y se esmeran en hacerse pasar por *seres superados* que prescindan de la moral porque es «vieja», «inútil», «estorbosa» o «reaccionaria». Pero el problema va por otro lado.

Andrés Manuel López Obrador ha convocado a la creación de una *constitución moral* que habrá de comportarse como una «guía de valores» para incidir en las prácticas impulsoras de la Cuarta Transformación de México. Se trata de afirmar paradigmas de conducta nuevos, dinamizados por el pueblo mexicano a contrapelo del escenario macabro y del desgarramiento social dejados por el neoliberalismo. Es una iniciativa contra el horror de la pobreza, la violencia y la corrupción naturalizados por el sistema económico burgués que ha atacado salvajemente a un pueblo multicultural y lo ha sometido a las peores canalladas de la explotación. Lo ha deprimido y humillado, lo ha despojado de educación, salud, vivienda y trabajo y, además, lo ha aplastado con el alcoholismo, la drogadicción, el machismo y la guerra mediática de los monopolios privados. La barbarie ideológica en su esplendor.

La idea de una constitución moral basada en valores democráticos, laicos y republicanos, tiene desde su base el desa-

fío de operar en el corazón de la lucha de clases, no como un paliativo cargado con buenas intenciones, sino como un programa político emancipador capaz de caracterizar, con toda precisión, las perversiones objetivas de la ideología de la clase dominante y sus expresiones concretas en el saqueo de las riquezas naturales y la riqueza producida por los trabajadores. Por eso los nuevos Porfirio Díaz ya actualizan la verborrea descalificadora (dicen que moral es un árbol de moras) y se aprestan a ridiculizar el proyecto de López Obrador y su papel como movilización de valores y acciones que se convertirán en conciencia colectiva hacia una nueva etapa histórica, política, económica y anímica objetivada en las nuevas prácticas que recuperen lo mejor de nuestra historia, pero especialmente consoliden mejores patrones de conducta dignificantes y emancipadores.

Todo eso implica arrebatarse a la oligarquía mexicana su control material y subjetivo sobre la clase trabajadora (obrero, campesino e indígena) y consolidar las bases de convivencia nacional sin opresores ni oprimidos, fortalecer la unidad de los mexicanos, redefinir el internacionalismo, reconocer la pluralidad de identidades y sus conflictos. Esta constitución moral requerirá un esfuerzo teórico y práctico para refundar la solidaridad y el respeto por las individualidades —con su intimidad— sin perder de vista su ser social irrenunciable. Debe ser fuerza de conciencia para la acción contra la corrupción inherente al capitalismo, su violencia innata y la impunidad con que se ha desplegado a lo largo de toda su historia. Moral, pues, para la honestidad, la paz y la justicia social con respeto concreto por los derechos humanos y erradicación definitiva del abuso de autoridad. Una moral de la igualdad. Por cierto, la defensa de los derechos humanos exige una base concreta con definiciones objetivas sobre la calidad de la vida humana, con salud integral, ecosistemas limpios, justicia social, dignidad y felicidad honesta. Buen vivir para todos. No es un asunto de abstracciones filantrópicas en discursos demagógicos.

Con el nombre de constitución moral no cabe el método de la coerción con leyes, por eso es fundamental entenderlo como un movimiento político de raíces humanistas, no para imponer conductas o creencias de coyuntura, sino para elevar el nivel de la convivencia basada en principios de buena vida para todos, fortalecer los valores y rescatar nuestra identidad de clase y nuestras raíces como seres genéricos cooperativos.

México necesita rebelarse contra los valores y principios inoculados por el neoliberalismo, pero también necesita liberarse de las lacras ideológicas que sobre la moral se han fabricado en ciertas aulas y en algunas deformaciones burocráticas de la política. Dicho de otro modo, liberarnos de la moral conservadora que se impone como tediosa, pétrea y absoluta. México necesita abandonar todo escapismo filosófico y vincular

el pensamiento moral a la vida, no como una simple exigencia teórica o decorativa, sino un requerimiento práctico exigido por las nuevas realidades de un país impactado por la movilización de masas que hizo de López Obrador su presidente. México necesita una moral de nuevo género, esta vez construida por sus luchas emancipadoras.

Una moral así, como motor del comportamiento social, necesita una filosofía humanista. Tal moral naciente debe ser un motor histórico, social y práctico para dinamizar la naturaleza interior de un mundo que se transforma por la *praxis* como actividad humana, con su historia y sus contradicciones. La moral también es un ser histórico que se produce social y constantemente porque es el modo de comportarse de un ser que es histórico por naturaleza. Y la ética, como estudio científico de la moral, sabe que la moral cambia históricamente.

No es inútil insistir, contra todas las concepciones ahistóricas que entienden a la moral como algo dado para siempre, que ésta tiene su historicidad que implica que cambia históricamente de acuerdo con el desarrollo social; precisamente de ese carácter histórico se desprende la necesidad de exigirnos una constitución moral para una sociedad dispuesta a terminar con los estragos del neoliberalismo y su corrupción. Constitución moral como fuerza de hábitos y costumbres de una relación colectiva libre y consciente, pero también fuerza para la crítica en política. Fuerza de anticipación donde el conocimiento sea crítica del realismo político y el conformismo que siembran ilusiones nocivas acerca de la posibilidad de realización de la justicia social y la eliminación de todas las opresiones. Crítica, por eso, también a la gestión gubernamental (incluso a las responsabilidades militares), al Estado burgués y, a partir de ello, a las consecuencias que tiene para sus pueblos y, en general, para la humanidad. Una moral en pie de lucha.

### PENSAMIENTO CRÍTICO. HUMANISMO NECESARIO

México está en condiciones de liderar un movimiento humanista de paz. Una revolución de las conciencias por la igualdad, con dignidad y justicia social. Tenemos las bases de nuestras civilizaciones prehispánicas y los motores históricos de la Cuarta Transformación. Nada menos. Entendemos con Martí que «patria es la humanidad» y anhelamos que la especie humana se pertenezca a sí misma. ¿Qué nos falta?

Por difícil que resulte para algunos pesimismo, no es absurdo exigir que el poder de la *praxis* humanista sea capaz de consolidarse como *sentido común* irrefutable o como motor moral y ético avalados por la comunidad de sentido pacifista, crítico y transformador. Es decir, por una revolución permanente de la conciencia humanista. Porque, mientras tanto, la industria bélica, es decir, el negocio de la muerte, es la



actividad productiva más dinámica del planeta.

El *humanismo revolucionario* debe ser una moral y una ética de la solidaridad en un campo de batalla plagado con emboscadas mercantilistas, individualistas, moralejas del bienestar de sectas gracias a la tragedia de mayorías; el vicio de los lujos gracias a las penurias de los desposeídos. En fin, el desprecio de una clase encumbrada en los poderes militares, económicos e ideológicos contra esa parte de la especie humana que aporta el trabajo. Uno no abandona a un compañero.

El humanismo revolucionario no se queda contemplando los fulgores idealistas de ciertas interpretaciones con resabios renacentistas ni adormecido en brazos de élites culteranas. El humanismo que nos convence y moviliza se nutre con las raíces prehispánicas y con todas las raíces profundas de las civilizaciones conocidas, preferentemente de su carácter y savia independentistas que han sido maduras por los pueblos en sus luchas emancipadoras. No nos interesa un humanismo sólo de libros, de conferencias, colecciones de arte o congresos, menos como entretenimiento intelectual. Nos afilia y compromete un humanismo para transformar el mundo con un programa revolucionario, incluso desde la ética.

No inhibe a esta toma de posición el hecho de que múltiples plumas hayan abordado el estudio y la práctica del humanismo con una suerte magnífica. Aquí no se tolera ni el arribismo ni el oportunismo. Al menos en la perspectiva que aquí se esboza, el humanismo revolucionario está llamado a superar toda acotación puramente geográfica para impulsarse, desde sus raíces de lucha social e histórica, como una corriente filosófica de *praxis* que reconoce las diversidades y les ofrece respeto irrestricto con base en un programa de igualdad (no de uniformidad) y *praxis* dignificadora.

En todas sus categorías filosóficas, el humanismo revolucionario implica contrastación concreta y siempre dinámica con la realidad objetiva y subjetiva. No extraviarse en abstracciones o misticismos alejados de las condiciones objetivas en que se debate la especie humana y no con lógica tuerta ante el saqueo, la explotación y los negocios genocidas. Asumimos que los seres humanos, ellos y ellas, hacen su propia historia, nunca de forma libre o con la posibilidad de escoger las oportunidades y condiciones. Por el contrario, las circunstancias que se imponen provienen de otras voluntades (o por el pasado) que, por cierto, suelen oprimir objetiva y subjetivamente la vida de las personas. Y recurrentemente, cuando hay iniciativas transformadoras con acentos revolucionarios, aparecen los emisarios materiales e ideológicos del pasado, se disfrazan y fabrican emboscadas a granel con frases, ropajes e histrionismos variopintos para fingir una *nueva* escena de la historia, siempre con moraleja inhumana.

Queremos un humanismo revolucionario como fuente inagotable de paz para aferrarnos a la verdad a toda cos-

ta, porque la verdad siempre es revolucionaria. No la verdad de unos cuantos poderosos; no la verdad sin escrutinio colectivo; no la verdad ambigua de silogismos místicos; no la verdad mercantilizada que sirve para esconder los hechos crudos. Pensamos un humanismo revolucionario rico por su capacidad de multiplicación. Como no es un dogma, para crecer sólo se necesita que poseamos una esperanza activa y práctica, honda y sincera, por la salvación de la especie humana y el planeta. No histrionismos, no escándalo. Es una convicción militante con programa.

Sabemos bien que hay pesimismo intoxicados con tristeza. Que a muchos les resulta inaceptable cualquier confianza en la especie humana. Que cuesta mucho fincar la comprensión del humanismo en las evidencias de las luchas humanas en todas sus expresiones. Que no se rinde. El humanismo revolucionario es una pulsión de vida. Una rebelión contra toda humillación y cuya *praxis* conduce directamente a las antípodas del pesimismo. No filantropía. Es comprensión del desarrollo humano como conciencia de especie independentista, revolucionaria y antimperialista. Humanidad pegada a la tierra por la tierra y para la tierra. Si nuestro mundo es capaz de alimentar a 12,000 millones de personas y sólo vivimos 8,000 millones, mientras casi 1,000 millones no comen lo suficiente ni en cantidad ni en calidad, eso es absolutamente inhumano.

El humanismo revolucionario debe consolidarse como *praxis* necesaria de nuestros tejidos sociales nuevos, contra cierto síndrome de inmunodeficiencia semiótica o la carencia de anticuerpos ante la dominación cultural. En un mundo que reclama paz e igualdad, donde es preciso cuidar al planeta y defender sus riquezas, sólo la revolución de las conciencias será capaz de afianzar a nuestro humanismo floreciente. Y esto no es un delirio utópico, es una necesidad.



**HUMANISMO MEXICANO: ¿PLEONASMOS INTELECTUALES?**

Constreñir al humanismo con gentilicios de coyuntura exige aclaraciones y fundamentos histórico-filosóficos sólidos y actualizados. Para eso ya contamos con una bibliografía rica que da cuenta de las más diversas contribuciones vernáculas, espíritu y forma a un filosofar lo humano no pocas veces sin tutorados exógenos.

Ese humanismo mexicano reboza contribuciones muy robustas, no incuestionables, hechas con lujo de referencias, citas y testimonios, pero que enfrenta sus desafíos más críticos en su *praxis* actual. Es un campo hipotético, reflexivo y estimulante que exige acción filosófica en pie de lucha con todas las plumas que han abordado y abordan las problemáticas del humanismo mexicano, sin tolerar el arribismo ni el oportunismo.

El asunto es tan serio que no debe encapsularse como un antojo de ocasión ni de sabihondos. Al menos aquí, el humanismo mexicano está llamado a no sucumbir en una acotación geográfica simple, porque necesitamos abrir la conciencia de su muy extensa base histórica y política para propulsar, no exclusiva ni excluyentemente, desde sus raíces prehispánicas más profundas, como la olmeca (1,200 a. C.), para impulsarla en la disputa por el sentido con una de las contribuciones filosóficas de las diversidades populares heredadas de un respeto irrestricto por la vida para un programa de igualdad y *praxis* dignificadora, sin perder un milímetro de sus contextos históricos ni la dialéctica de su desarrollo.

En todas sus categorías filosóficas, el humanismo mexicano implica constatación dialéctica y concreta de clases. Atestiguamos una crisis civilizatoria descomunal y obscena. La especie humana sufre los estragos de la dictadura del capitalismo conducida por las industrias macabras de la guerra, sus bancos y sus *mass media*.

Hay quienes ningunean la filosofía humanista revolucionaria. Por eso, hay que esgrimir las propuestas del humanismo mexicano contra el escenario grotesco de las ecuaciones hegemónicas: opresores-oprimidos, centro-periferia, víctima-victimario, colonialismo-descolonización, civilización-barbarie. Hay que dirimir las tácticas y estrategias para la defensa (y reposición) de los principios y valores humanistas que los pueblos esculpieron históricamente a fuerza de lucha para salir de los horrores padecidos en tiempos de coloniajes e imperios, guerras nazifascistas y dictaduras militares. Hay que poner a salvo los bastiones simbólicos de la igualdad, la libertad y la fraternidad de nuevo género y sin la dictadura del neoliberalismo.

Se debe consolidar la nueva carta de los derechos sociales capaz de fijar los puntos de no retorno, los frenos y los reaseguros contra el conservadurismo retardatario y los rebotes

de la barbarie. En su expresión actual, la convocatoria a desarrollar el humanismo mexicano debiera consolidarse como un movimiento amplio desde las bases que luchan por la emancipación en cualquiera de sus expresiones. Ahí se redacta un humanismo de combate que se niega a todo sometimiento por hambre, explotación, saqueo, humillaciones e ignorancia. Debería ser un movimiento con una carta de navegación rigurosa redactada con toda crudeza para que sea capaz de poner a la vista el horror cuantitativo y cualitativo que ha sembrado el capitalismo en la tierra y en la mayoría de la especie humana. Debería consolidarse como un movimiento de *praxis* filosófica abierta, plural, sin remilgos de exquisitos, sin muros de Berlín bibliográficos, sin peajes de sectas. Debe ser un movimiento filosófico abierto para la transformación del mundo. Este humanismo reclama resignificaciones urgentes y colectivas, con brújulas anchas y profundas.

Lo que hoy conviene entender por humanismo mexicano no debe encadenarse a resabios o clichés renacentistas ni clasicismos de élites culteranas. Debe haber resignificación y relecturas democratizadas en los fundamentos, en las raíces prehispánicas y en lo que tienen de rebelión independentista redactada por los pueblos en sus luchas emancipadoras.

No hay que caer en emboscadas de tono místico ni sobredosis de éxtasis metafísico. No hay que vestirse de blanco en la punta de las pirámides. Tampoco hay que ponerse sotanas ni túnicas imperiales, vengan del siglo que vengan; no abstracciones o misticismos alejados de las condiciones objetivas en que se debate la especie humana y no con lógica tuerta ante el saqueo, la explotación y los negocios genocidas inhumanamente actuales. No necesita ser un entretenimiento intelectual para tardes de lluvia y conversación bucólica, sino un programa revolucionario.

Se trata de intervenir con los instrumentos del humanismo mexicano al lado de los pueblos que nos reclaman su derecho al presente y al futuro. Intervenir las reglas de la convivencia, los pactos sociales, las revoluciones jurídico-políticas, el perfeccionamiento de la democracia, la devolución del habla al pueblo, la educación científica de calidad y emancipadora con blindajes humanistas a toda costa, así como el acceso de nuevo género, sin burocratismos, a los servicios sanitarios, la vivienda y la recreación, esta vez sin la dictadura ideológica de la mercancía ni los fanatismos del mercado.

Hay que asegurar la defensa irrestricta del planeta y de la vida digna. «Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre se diferencia de los animales a partir de que comienza a producir sus medios de vida, paso éste que se halla condicionado por su organización corporal. Al producir sus medios de vida, produce indirectamente su propia vida material» (Marx y



Engels). Ese humanismo mexicano, que deberá fundirse con el humanismo en su sentido más actualizado y amplio, por el que muchos pueblos luchan a la vista o subterráneamente, tiene el cometido de hacer ostensibles las columnas vertebrales más ignoradas, que son las ideas fundantes de civilizaciones asfixiadas por la ambición imperial y por no pocas tergiversaciones religiosas.

Debe ser una herramienta para la *disputa por el sentido* y sin esquivar contradicciones y limitaciones, sin ignorar los contextos y sin omitir sombras. Nos hace falta porque hay razones de sobra, porque el mundo demanda liderazgos intelectuales capaces de encauzar una revolución de las conciencias con bases e historia propia. Porque las aventuras neonazis destruyen la memoria para adueñarse del futuro. Y porque no podemos ser tan irresponsables de quedarnos callados teniendo semejante herencia y semejante desafío. Que no gane el silencio.

## REVOLUCIONAR EL HUMANISMO

No es lo mismo el derecho en pueblos que jamás han vivido la justicia social. En cada territorio son las condiciones objetivas las que determinan la conciencia y la práctica sobre los derechos humanos, por más organizaciones especializadas que militen. Donde reinan el analfabetismo, el hambre, el desempleo y la insalubridad, ¿qué significa la Declaración Universal de Derechos Humanos? Poco o nada.

No hay defensa de la humanidad que valga si sólo es ilusionismo —sin territorio— de buenos propósitos. Los territorios no son sólo geografía; son historia y sentido, sabores y olores generados por la lucha de clases que habita en todas las rela-

ciones sociales y todas las escalas emocionales y simbólicas. Los derechos humanos no pueden invocarse aislados del territorio ni de las tensiones semánticas de los terruños. Donde todo es corrupción, humillaciones y desprecio contra los pueblos, el discurso de los derechos humanos simplemente es palabrería de salón o engañifa de burócratas; a pesar del significado y valor histórico de la carta de los derechos humanos como herramienta opositora al proyecto nazifascista que merodeaba en tiempos de su nacimiento, el 10 de diciembre de 1948.

Ahí donde los pueblos originarios son golpeados por todas las aberraciones y privaciones impuestas por las burguesías nacionales, los derechos humanos sólo significan, paradójicamente, palabrería enemiga e ideología burguesa. El territorio pesa sobre el significado. Ahí donde los obreros son víctimas de la triple extorsión patronal, fiscal y sindical, hablar de derechos humanos es simplemente grotesco si no ofrece instrumentos reales de transformación concreta en lugar de idilios escapistas. Es la realidad la que determina la conciencia sobre los derechos humanos. Semántica en crisis.

Es imprescindible que la Declaración Universal de Derechos Humanos sea revisada con la óptica y el escrutinio que interpela el carácter individualista de los derechos, contrastándolo con su carácter social ineludible y por definición político. Es un debate obligatorio, es una asignatura pendiente e histórica que va recorriendo las décadas en busca de una consonancia semiótica territorial, es decir, geosemió-



tica, en la que se haga visible el poder crítico de los derechos humanos en los territorios y se haga visible, también, la necesidad de una carta humanista revolucionaria capaz de transformar al humanismo. En estas condiciones ya es imprescindible que todo análisis recorra, con detalle, el universo de las cajas de resonancia semántica que tiene todo postulado cuya pretensión ascienda a la generalidad de los seres humanos, de sus problemas históricos y a la urgencia de la *praxis* transformadora.

Geosemiótica significa aquí el esfuerzo teórico-práctico por caracterizar la red compleja, diversa y dinámica de la dialéctica del sentido, las leyes generales de su desarrollo en cada territorio, la red compleja y no pocas veces interconectada de los significados con que se organiza la conducta de clase cotidiana de los pueblos, sus basamentos filosóficos y sus expresiones morales y éticas.

Con el supuesto de que toda acción está precedida de un conjunto de nociones sobre la realidad y sobre lo que se pretende en el futuro, la geo-

semiótica se enraíza en la necesidad de caracterizar también localmente los modos de producción de sentido y las relaciones de producción de sentido, en las condiciones concretas en que se desarrolla. No se trata de una categoría esotérica para hacer todavía más incomprensible a la semiótica y su responsabilidad como instrumento de combate contra la ideología de la clase dominante. Se trata, por el contrario, de enriquecer el instrumental de acción o de *praxis* científica para facilitar su ascenso en las realidades concretas de cada pueblo.

Todas las tareas que sean necesarias en la lucha cotidiana por la emancipación del sentido tienen, ante la carta de los derechos humanos, un reto de urgencia crítica que compromete, de manera multidisciplinaria, a quien pretenda contribuir a orientar las luchas emancipatorias para oponerse al humanismo de las formas dogmáticas, mecanicista o esquemático con que se pretende resolver no sólo la problemática humana de nuestro tiempo sino tam-

bién la idea de un derecho separado del principio urgente de la justicia social.

Revolucionar la carta de los derechos humanos no es una utopía más cuando la pandemia ha desnudado la crueldad burguesa que atesora vacunas al ritmo del mercado y de la crueldad capitalista. Revolucionar al humanismo implica producir herramientas que muestren permanentemente el rostro de nuestros pueblos atónitos que miran, con desesperanza y rabia, la demora de su derecho a las vacunas; que miran la demora del derecho a la educación, nutrición, trabajo, vivienda y cultura emancipada. El derecho a vivir viviendo y no sobreviviendo en las condiciones inmorales en que se vive bajo el capitalismo.

Revolucionar al humanismo de los derechos humanos implica combatir el ilusionismo filantrópico con una declaración de acción concreta contra las sociedades divididas en clases, donde reina lo inhumano del modo de producción dominante y de las relaciones de producción alienantes con todos sus significados, sus medios y sus modos.





# Consideraciones sobre el humanismo mexicano

**Ismael Carvallo Robledo**

*Carissimo Delio: me siento algo cansado y no puedo escribirte mucho. Tú escíbeme siempre y acerca de todo lo que te interesa en la escuela. Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre ellos en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede no gustarte más que cualquier otra cosa. Pero ¿es así? Te abrazo*

ANTONIO GRAMSCI

I

A continuación se presenta un cuadro de clasificación al mismo tiempo histórico y filosófico sobre el humanismo, a la luz del planteamiento hecho por el presidente López Obrador en el sentido de proponer que la corriente ideológico-política, la filosofía misma de la Cuarta Transformación, ha de ser el humanismo mexicano:

La política es, entre otras cosas, pensamiento y acción; y aun cuando lo fundamental son los hechos, no deja de importar cómo definir, en el terreno teórico, el modelo de gobierno que estamos aplicando. Mi propuesta sería llamarle humanismo mexicano, porque tenemos que buscarle un distintivo. Humanismo mexicano no sólo por la frase atribuida al literato romano Publio Terencio, de que nada humano nos es ajeno, sino porque, nutriéndose de ideas universales, lo esencial de nuestro proyecto proviene de

nuestra grandeza cultural milenaria y de nuestra excepcional y fecunda historia política.

Esta propuesta, realizada en el discurso del 27 de noviembre de 2022, tiene implicaciones de profundidad considerable; parte del hecho ya de por sí problemático de que nos encontramos en medio de un proceso en marcha que, al tiempo de realizarse, se está caracterizando como parte de una secuencia de transformaciones fundamentales de la vida política nacional: la Independencia o Primera Transformación, la Reforma o Segunda Transformación y la Revolución Mexicana o Tercera Transformación.



ción; por su parte, el actual proceso ha de ser tenido como una Cuarta Transformación, que además habrá de ser encauzada desde las coordenadas del humanismo mexicano.

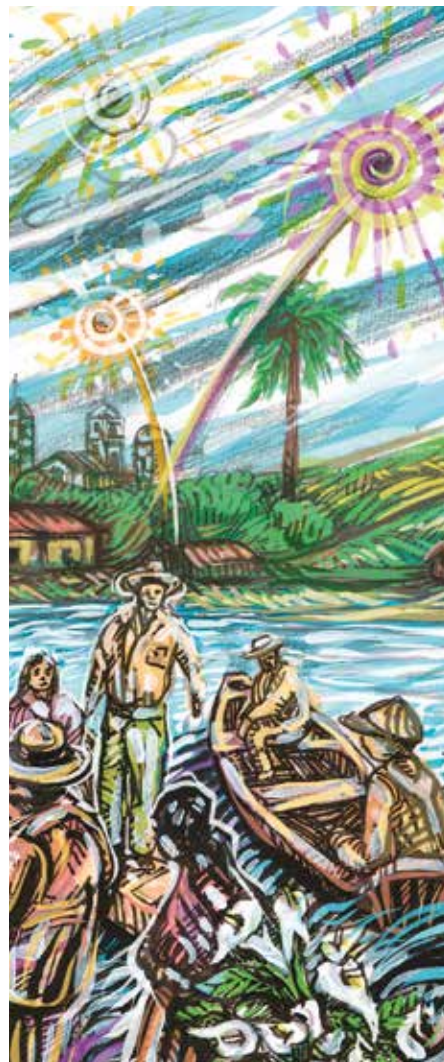
Pero si tal es el caso, ¿cuál fue el sello o cauce ideológico de las transformaciones anteriores? Pregunta de gran importancia, si lo que se busca es tener coherencia y consistencia a la hora de presentar a la 4T como eslabón, como continuidad de una serie de procesos constitutivos de la nación política mexicana. A ese respecto, habría que decir que la Independencia (1T) fue una revolución nacional patriótica, que encontró en Morelos y el morelismo, en los *Sentimientos de la Nación* y en la tendencia política manifestada en Chilpancingo, sus coordenadas ideológicas más definidas; la Reforma (2T), por su parte, fue claramente una revolución nacional liberal que halló en Benito Juárez y el juarismo, así como en las Leyes de Reforma y la obra de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano, a sus principales referentes; finalmente, la Revolución Mexicana (3T) fue una revolución nacional-popular y social, que encontró en Lázaro Cárdenas y el cardenismo (al que habría que añadir el lombardismo) y en *Los grandes problemas nacionales*, de Andrés Molina Enríquez, algunos de sus referentes teóricos fundamentales.

La Cuarta Transformación es una revolución nacional democrática, popular y populista, entendiendo el populismo en un sentido aristotélico-maquiavélico, en tanto antielitismo enderezado contra la transformación neoporfirista (oligárquica) del Estado mexicano que caracterizó a los regímenes neoliberales, según ha sido formulado por el presidente López Obrador en su libro *Neoporfirismo: hoy como ayer*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Editorial Grijalbo, México, 2014

## II

La propuesta del presidente Andrés Manuel López Obrador consiste en sostener que este proceso que estamos construyendo debe ser encauzado desde las coordenadas de un humanismo que, adicionalmente, tendría que estructurarse según criterios de estricta factura mexicana, de suerte tal que las cuatro transformaciones configuradoras de la nación mexicana tendrían que evidenciarse históricamente como vértices de una matriz desde la cual el sentido común mexicano quedaría cristalizado en función de la articulación del nacionalismo patriótico (1T), el liberalismo (2T), el





nacionalismo revolucionario social y popular (3T) y una suerte de nacionalismo democrático, populista y humanista.

Esta comprensión implica, desde luego, un análisis profundo que nos permita clarificar la identidad y articulación real de cada uno de estos elementos, sobre todo porque defender la continuidad de cada uno de estos momentos de transformación implica la reconstrucción histórica de ciertas discusiones y planteamientos de índole antropológico, filosófico y científico alrededor de lo humano, el hombre o el humanismo. Eso es lo que nos proponemos hacer ahora, así sea solamente de modo indicativo o introductorio.

### III

Si el humanismo es un término que remite a todo cuanto tiene que ver con la esencia de lo humano, debería resultar inmediatamente evidente el problema mayúsculo al que nos enfrentamos, pues esa esencia es lo más difícil de definir al hallarse siempre en dependencia directa con las circunstancias concretas desde las cuales buscamos responder la pregunta. Para determinar esas circunstancias o coordenadas, así como la correspondiente definición de humanismo, debemos identificar, primero, las dos perspectivas generales de configuración (o regiones ontológicas, para recurrir a un tecnicismo filosófico): la primera, de naturaleza biológico-evolutiva; una segunda, de naturaleza histórico-social-cultural. En cada una de estas perspectivas aparecerán criterios de definición de lo humano, de los que podremos derivar acepciones diversas de humanismo.

1. En la perspectiva biológico-evolutiva aparecen criterios que están en función del proceso de hominización o antropogénesis, a través del cual el ser humano se define según lo que tiene de específico en relación con otros ámbitos de la naturaleza, en el sentido de que la antropogénesis es el proceso de transformación progresiva biológico-evolutiva gracias al cual un linaje de primates se convirtió en humanos. Esta perspectiva es la que estudian la paleontología, la biología evolutiva y la antropología. Sin embargo, desde una perspectiva integradora, el proceso de hominización tiene que ser visto como un ensamblado de procesos de diverso tipo, los cuales incluyen transformaciones anatómico-fisiológicas, así como etológicas o conductuales, en el plano de la cultura material (fabricación de herramientas y enseres, por ejemplo) y en el intangible (el lenguaje).

Desde esta óptica, la clave de lo humano está en la dominación, mediante la técnica y la tecnología, de los materiales vivientes de la naturaleza (principalmente los animales), así como de los inertes; lo que se expresa con el concepto de producción que formula el filósofo Karl Marx, entendido como

una síntesis de la fabricación y la objetivación a través del trabajo. Con este enfoque, el trabajador (pensemos en *El trabajador* de Ernst Jünger) es la figura fundamental de lo que podríamos denominar entonces como humanismo *tecnológico*.

2. En la perspectiva histórico-social-cultural, los criterios de configuración de lo humano se dan en función del proceso de socialización histórica y cultural, es decir, lo que tiene que ver con los mecanismos de establecimiento de relaciones sociales. Esto es el ámbito de estudio de la historia, la sociología, la antropología, la economía y la psicología social; en ella identificamos tres subcategorías de definición: la moral, la social y la educativo-cultural.

a) Desde la subcategoría moral, lo humano aparece conectado al conjunto de atributos vinculados a la compasión, la bondad o la caridad, tal como ocurre cuando se dice que alguien es *muy humano*, queriendo indicar con ello que es bueno, bondadoso o solidario. En este caso, el humanismo correspondiente sería una suerte de humanismo moral, que para nuestras coordenadas culturales se expresa clara e inequívocamente con el *humanismo cristiano*, que es lo que queda magníficamente expuesto en el libro de Antonio Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, de 1919, en donde afirma que toda existencia individual se despliega en sociedad, precisamente, en tres ámbitos o momentos: el de la economía, en donde el criterio fundamental es el del cálculo utilitario en el que legítimamente nos movemos todos, regido por la divisa del «máximo beneficio con el mínimo esfuerzo»; el del desinterés, en donde el criterio fundamental no es de carácter utilitario, sino que funciona a partir del goce, aprendizaje o crecimiento que supone el tipo de relaciones en las que nos involucramos, como es el caso de la amistad o el arte; y por último, el de la caridad, en donde el criterio fundamental es el del volcamiento personal hacia los demás, sobre todo hacia los más desvalidos o necesitados, en función de una de las tres virtudes teológicas (fe, esperanza y caridad) y con arreglo a la divisa del «mínimo beneficio con el máximo esfuerzo».

b) Por otro lado, desde la subcategoría social lo humano aparece configurado en función de su oposición al individualismo, como una suerte de universalismo que se enfrenta al particularismo (vale la pena recordar que, genéricamente, la izquierda está asociada al universalismo, mientras que la derecha lo está al particularismo), en un sentido muy parecido al propuesto por Aristóteles al referirse al hombre como un animal político, es decir, como un animal eminentemente social, incomprensible en su pura y aislada individualidad. También se puede asociar este universalismo a la idea de Marx, según la cual no es la conciencia lo que determina la existencia, sino la existencia social lo que determina la conciencia.



El humanismo que se desprende de estas consideraciones puede ser conceptualizado como un *humanismo socialista*, es decir, como una oposición o negación —metodológica, si se quiere— al individualismo. De esta manera, este humanismo socialista tendría dos acepciones principales: la primera de carácter amplio o genérico, que podríamos considerar como un socialismo metodológico que se opone al individualismo como dispositivo de análisis social y antropológico, y que parte del principio de que no basta con el libre juego de individualidades aisladas, sino que es necesario el concurso de los grupos colectivamente determinados para lograr una organización social concertada. La segunda es de carácter específico-político y estaría vinculado a distintas modulaciones históricas, como la de tipo utópico (desde Platón y el cristianismo, Saint-Simon, Fourier o Proudhon), el socialismo marxista (vinculado a la crítica de la alienación resultante de la explotación capitalista), el socialismo científico de Engels, el socialismo socialdemócrata (del que hablaba Georg Lukács, cuando afirmaba que «el problema no es que te encuentres con un partido socialista, porque en realidad ya todos lo son, sino que te encuentres con un partido nacionalista»), el socialismo cristiano (el de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII), el socialismo soviético y, como perversión peligrosa e irracionalista, el socialismo nacionalista o nacional-socialismo alemán.

c) La tercera subcategoría, la educativo-cultural, es aquella en la que lo humano estaría determinado por el cultivo y acumulación de saberes de tipo enciclopédico e histórico, ya

sea desde una perspectiva profesional o por puro desinterés (en el sentido de Caso, precisamente), lo que vendría a ser la acepción original renacentista a la que principalmente, a partir del siglo XIX y gracias a la obra clásica de Jacob Burckhardt, *La cultura del renacimiento en Italia*, quedaría conectado el humanismo en tanto que proceso de educación y cultivo erudito de saberes históricos y filosóficos. De esta formulación serían ejemplo Johann Wolfgang von Goethe, Alfonso Reyes, Antonio Gramsci o Martha Nussbaum, en nuestros tiempos modernos; Cicerón o Isidoro de Sevilla, en la antigüedad; en la tardía Edad Media, Petrarca; y Bernal Díaz del Castillo y Juan José Eguiara y Eguren en nuestro periodo virreinal novohispano, durante los siglos XVI y XVIII, respectivamente.

Por esta vía, arribamos a un humanismo que podría denominarse *humanismo cultural-erudito*, que para el caso de México puede encontrar una de sus más extraordinarias expresiones en la generación del Ateneo de la Juventud de principios del siglo XX, grupo al que Antonio Caso perteneció junto a otras destacadas figuras de la época, como Alfonso Reyes y José Vasconcelos. Ellos tres representaron tres vías tentativas para discutir y definir una posible expresión de lo mexicano o hispanoamericano. Podríamos llamar a sus reflexiones una suerte de *humanismo ateneísta*, humanismo alfonsino o, si se quiere, humanismo vasconceliano. Este tipo de humanismo lo encontramos también en Antonio Gramsci, cuando en una famosa carta, en la que habla de la necesidad de hacer algo *für ewig* (para la eternidad) como ejercicio de un desinterés existencial, lo que está muy en sintonía con los argumentos de Antonio Caso:

Mi vida sigue transcurriendo monótonamente. Incluso el estudio es mucho más difícil de lo que parece. He recibido algún libro y leo en realidad mucho (más de un volumen al día, además de los periódicos), pero no me refiero a eso; me refiero a otra cosa. Estoy obsesionado (fenómeno, supongo, característico de los presos) por la siguiente idea: que habría que hacer algo *für ewig*, según una compleja concepción de Goethe que, según recuerdo, atormentó mucho a nuestro Pascoli. En suma, querría ocuparme intensa y sistemáticamente, siguiendo un plan previo, de algún tema que me absorbiera y centralizara mi vida interior. He pensado hasta ahora en cuatro temas, y ya eso es un indicio de que no consigo concentrarme; son: Primero, una investigación acerca de la formación del espíritu público en Italia el siglo pasado; dicho de otro modo, una investigación acerca de los intelectuales italianos, sus orígenes, sus agrupaciones según las corrientes de la cultura, sus diversos modos de pensar, etc. Tema sugestivo en sumo grado, y que yo, naturalmente, no podría sino esbo-



zar a grandes rasgos, dada la imposibilidad absoluta de disponer de la mole inmensa de material que sería necesaria. ¿Recuerdas mi rápido y muy superficial escrito acerca de la Italia meridional y la importancia de B. Croce? Pues bien, querría desarrollar ampliamente la tesis que apunté allí, desde un punto de vista «desinteresado», *für ewig*. Segundo, un estudio de lingüística comparada. Nada menos. Pero ¿qué podría ser más «desinteresado» y *für ewig* que eso? Se trataría, naturalmente, de estudiar sólo la parte metodológica y puramente teórica del tema, que no ha sido nunca tratada completa y sistemáticamente desde el nuevo punto de vista de los neolingüistas contra los neogramáticos. Uno de los mayores «remordimientos» intelectuales de mi vida es el profundo dolor que causé a mi buen profesor Bartoli, de la Universidad de Turín, el cual estaba convencido de que yo era el arcángel destinado a dispersar definitivamente a los «neogramáticos», porque él, miembro de la misma generación y atado por millones de lazos académicos a esa muchedumbre de hombres infames, no quería rebasar en sus formulaciones un determinado límite fijado por las conveniencias y la deferencia para con los viejos monumentos funerarios de la erudición. Tercero, un estudio del teatro de Pirandello y acerca de la transformación del gusto teatral italiano que Pirandello ha representado y ha contribuido a determinar<sup>2</sup>.

En Vasconcelos, por otro lado, ese humanismo quedaría expuesto bajo términos como los que quedan expuestos en este entrañable texto de presenta-

ción o anuncio de la fundación de la histórica revista *El Maestro*, en el contexto de creación de la Secretaría de Educación Pública y de sus pasos por la Universidad Nacional:

La Universidad Nacional, por acuerdo del c. Presidente de la República, va a fundar muy próximamente una revista con los más amplios propósitos educativos. Completará la labor de los establecimientos universitarios, secundarios y primarios de todo el país y llevará a los habitantes de la república entera el dato útil, la información aprovechable, en una palabra, les permitirá sentir las palpitations que producen los más avanzados movimientos de ideas en el mundo, ampliando los horizontes del obrero y del campesino, estimulando el estudio de profesionistas y escolares, animando con sugerencias prácticas a los industriales y explotadores de la tierra y vigorizando el espíritu de todos.

Una publicación de máximo tiraje que llegue a manos de cuantos saben leer y escribir y se interesen por su propio cultivo. Nunca como ahora el gobierno de la república pone al servicio de todas las clases sociales del país, un órgano de divulgación con las ideas más nuevas, que servirá a la vez de vehículo para la difusión de las actividades pensantes mexicanas.

Consecuentemente, la revista pondrá sus columnas a disposición de todos los mexicanos que deseen contribuir a esta obra de cultura que aportará las máximas enseñanzas extranjeras y llevará fuera del país la vibración de nuestra sociedad con las más altas aspiraciones de mejoramiento.

La revista se ocupará de los asuntos de orientación social mexicana, educación moderna, historia

anecdótica mexicana, problemas escolares universitarios, literatura, orientación obrera, asuntos de interés agrícola, fabril, comercial, ferrocarrilero, etc., extensión universitaria, arte mexicano, problemas de organización familiar, secciones de interés para los niños, las verdaderas actividades femeninas, semblanzas de los hombres notables por su ciencia, su bondad, su auténtico heroísmo, etc., derecho constitucional mexicano, economía política mexicana, sugerencias sobre autoeducación, higiene personal y social, etcétera.

Contendrá lecturas amenas en forma de cuentos, leyendas y narraciones y secciones informativas de gran interés práctico sobre las actividades de la Universidad Nacional, la campaña de la lectura, estadísticas y datos prácticos para obreros, estudiantes, agricultores, mineros, escritores, artistas, ferrocarrileros, etcétera. En una sección de respuestas, la revista contestará a todos sus lectores las preguntas de interés general que le dirijan, abriendo así amplia tribuna a todos sus públicos.

Como el gobierno desea hacer una positiva obra de educación, distribuirá gratuitamente la revista a cuantos la soliciten y la lean, para lo cual las oficinas de *El Maestro*, ubicadas en la calle de Gante, número 3, de esta capital, reciben el nombre y dirección de todas las personas que se interesen por tan importante publicación, la primera en su género que se establece en nuestro país.

Han sido nombrados directores de la revista los señores Enrique Monteverde y Agustín Loera y Chávez<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Antonio Gramsci, *Cartas de la cárcel*, ERA, México, 2003

<sup>3</sup> José Vasconcelos, *Ideario de acción. Discursos, artículos, cartas, documentos. 1920-1924*, Cámara de Diputados, México, 2022, p. 28

IV

Teniendo presentes las palabras entrañables y elocuentes de José Vasconcelos, podríamos pensar en el *humanismo vasconceliano* como aquel con el cual podríamos identificarnos, pues se trata de una figura titánica y extraordinaria sin la cual el desarrollo de la educación en nuestro país no puede comprenderse. La vida de Vasconcelos, llena de cumbres y abismos (como es la vida de los grandes personajes de la historia), se va definiendo en función de las dos grandes pasiones que caracterizaron su existencia: la política y el amor, elementos que proyectan su figura como el perfil de un hombre volcánico y febril, atormentado, anhelante y desbordado constantemente por una suerte de urgencia épica. En el primer tomo de sus memorias (*Ulises criollo*), texto crucial y vehemente que todo mexicano debiera leer, se muestran con claridad todas las alternativas que la vida puede ofrecer a un ser humano, mismas que permiten conocer el desprecio, la pasión, el amor, la inteligencia, la redención, el heroísmo, la vida, la entrega, la historia, la traición, el error, los aciertos, la tragedia y, sobre todo, la grandeza, que fue su gran demonio y obsesión.

En este sentido, si se trata de formular una propuesta en torno al sentido mexicano que habría de atribuírsele a cierto horizonte humanista en el que la Cuarta Transformación debería conducirse, podríamos sostener que el humanismo vasconceliano constituye un sello que nos permite aventurar las características más esenciales de ese humanismo capaz de dar cuenta de las transformaciones que hoy estamos buscando impulsar en México, y que tienen en la administración pública y en las instituciones del Estado (en donde se despliega cotidianamente el ejercicio del gobierno) a unos de sus principales escenarios.

La administración pública, entonces, debe estar inscrita en ese ímpetu humanista, circunscribiendo su actuar a los principios y criterios que le dan sentido. Por eso, al modo de las cartas de Antonio Gramsci, nuestra tarea es también la de ayudar a problematizar el sentido del servicio público, buscando que el servidor público cuestione su papel político en una épo-

ca que, como la nuestra, exige de ellos claridad, profundidad y compromiso social; pues el funcionario del Estado, así como el político, tiene que ser un intelectual en el sentido más amplio posible: tiene que saber de historia (como quería Polibio), de teoría política y filosofía (como quería Platón), de teoría del Estado, de historia de las religiones, de relaciones internacionales, de economía (como quería Marx), de administración pública, de historia del derecho, de historia del arte, de historia del arte nacional, de historia de la literatura, de historia de la literatura nacional (como quería Gramsci) y, obviamente, de política (como quería Maquiavelo). Sus divisas deben ser la racionalidad, la universalidad y, como quería Vasconcelos, la grandeza. La guía de sus empeños, el embellecimiento de la *ciudad* y el orden y duración del Estado. Todo eso hace parte del humanismo mexicano.

Además, no podemos perder de vista que nuestra calidad como ciudadanos se define en función directa de nuestro conocimiento de la historia nacional y de la manera en que se dibuja ésta sobre el fondo de la historia universal, al margen de las coordenadas de interpretación que de ella tenga cada uno de nosotros. De la consistencia, coherencia y honestidad ciudadana depende (también) la salud de la república. No olvidemos nunca que no hay nada peor que un analfabeto político, que la ignorancia voluntaria hace ruines a las personas, y que la construcción de un Estado político nacional, al margen de sus contenidos ideológico-políticos —en la lucha por la definición de los cuales se configura la trama de la historia—, debe ser acometida con la misma solemnidad, paciencia y empeño con los que se construye una catedral, que es tarea de siglos.





# Humanismo mexicano en cifras

## ECONOMÍA

- Aumento de más del 100 % en el salario mínimo, con respecto a 2019. Para 2024, el mínimo se colocará en \$249 y \$375 en la frontera norte.
- La cifra de desempleo más baja desde 2005: 2.6 %.
- La mayor inversión extranjera desde 1999: en 2023, 32 mil millones de dólares.
- Reducción de la pobreza en 16 %, lo que se traduce en 8.9 millones de mexicanos que dejaron esa condición.
- 2023 cerrará con un aumento del PIB del 3.6 %.

## PROGRAMAS SOCIALES

- Pensión para Adultos Mayores: 12 millones de beneficiarios.
- Becas Benito Juárez: de 2019 a 2023, 22 millones de estudiantes han sido beneficiados, con una inversión total de 345 mil millones de pesos.
- Pensión para el Bienestar de Personas con Discapacidad: más de 1 millón de beneficiarios.
- Programa Sembrando Vida: 500 mil beneficiarios (de los cuales, 140 mil son mujeres).
- Jóvenes Construyendo el Futuro: desde su creación, tiene 2.8 millones de beneficiarios.

## PROYECTOS ESTRATÉGICOS

- Construcción del Tren Interoceánico del Istmo de Tehuantepec. Esta obra, cuya inversión es de 120 mil millones de pesos y generará en su primera etapa medio millón de empleos, será clave para el desarrollo económico de nuestro país durante todo este siglo.
- Construcción del Tren Maya, con una inversión total de 472 mil millones de pesos. De forma directa, los estados beneficiados son Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Chiapas y Tabasco. Para su construcción, se han generado más de 110 mil empleos directos e indirectos y fueron consultadas un total de 1,078 comunidades indígenas, obteniendo una aprobación del 92.3 %.
- Se invirtieron 233 mil millones de pesos en la construcción de la refinería Olmeca de Dos Bocas, Tabasco. Tiene capacidad de procesar 340 mil barriles de petróleo diarios y ha creado casi 270 mil empleos directos e indirectos.

## SEGURIDAD

Disminución de los siguientes delitos:

- 16.8 %, los crímenes relacionados con la delincuencia organizada.
- 77.6 %, secuestro.
- 28.7 %, feminicidio.
- 24.7 %, homicidio doloso.
- 39.3 %, contrabando de personas.
- 9.8 %, asalto a transeúnte.
- 88.4 %, robo de combustible.

## SOBERANÍA ENERGÉTICA

- Se han invertido 62,898 millones de pesos para recuperar el Sistema Nacional de Refinación (SNR). Lo que ha permitido aumentar la capacidad de refinación, pasando de un 35 %, en 2018, a un 76 %, en 2023.
- Para fortalecer el SNR, se adquirió la refinería de Deer Park, en Texas, con una capacidad de refinación de 340 mil barriles diarios. La inversión fue de 1,200 millones dólares y para pagarla no se contrató deuda.
- Desde 2019 se han invertido 9,329 millones de dólares para la recuperación del Sistema Eléctrico Nacional, lo que ha permitido garantizar que el Estado mexicano tenga una participación mayoritaria del 55.5 % en la generación eléctrica del país.



Visita el micrositio



